

NORA ROBERTS

# EL FINAL DE UN SUEÑO

*Título Original: Waiting for Nick — 1997*

## Capítulo 1

ERA una mujer con una misión. Se había marchado del oeste de Virginia para ir a Nueva York con varios propósitos en mente, perfectamente calculados. Encontraría un lugar perfecto para vivir, triunfaría en su profesión y conocería al hombre de su vida.

Preferiblemente, aunque no fuera indispensable, en aquel orden.

Sin embargo, a ella le gustaba pensar que era una mujer flexible.

Mientras caminaba por la acera del East Side, a primera hora de la mañana, pensó en su hogar. La casa de Shepherdstown, en West Virginia, era en su opinión el lugar perfecto para vivir. Sus padres y sus hermanos vivían en ella. Tenía encanto, era ruidosa, y estaba llena de música y de voces.

No habría sido capaz de marcharse de no haber sabido que podía volver cuando quisiera y que la recibirían con los brazos abiertos.

Había estado en Nueva York muchas veces y conocía a muchas personas en la ciudad, pero echaba de menos los aspectos más familiares de su antigua existencia. Echaba de menos su habitación, en el segundo piso de la vieja mansión de piedra; echaba de menos el cariño de sus hermanos, la música de su padre y la risa de su madre.

Pero Freddie ya no era una niña. Tenía veinticuatro años y debía empezar a vivir su propia vida.

En cualquier caso, se dijo que Maniatan también era su hogar. A fin de cuentas, había pasado varios años allí y no había dejado de visitar la ciudad de vez en cuando. Pero siempre, con su familia.

Esta vez, en cambio, estaba sola. Y tenía un trabajo que hacer. Para empezar, debía hablar con un tal Nicholas Le Beck para convencerlo de que necesitaba una socia.

El éxito y la reputación que había conseguido como compositor durante los años pasados se incrementarían con toda probabilidad si ella escribía sus letras. Cuando cerraba los ojos podía ver sus apellidos, Le Beck y Kimball, en grandes letras iluminadas. Sólo tenía que dejar correr su imaginación para oír la música que escribirían juntos.

Sonrió con ironía y pensó que sólo tenía que conseguir que Nick lo viera del mismo modo. Estaba dispuesta a utilizar sus lazos familiares para persuadirlo, si era necesario. Al fin y al cabo, eran primos.

Sus ojos brillaron cuando pensó en su objetivo más importante. Estaba dispuesta a conseguir que el amor que sentía por Nick, y que siempre había sentido, fuera recíproco.

Llevaba diez años esperándolo. Tiempo más que suficiente, desde su punto de vista.

Pensó que Nick tendría que enfrentarse a su destino. Sin embargo, se sintió algo nerviosa cuando se detuvo ante la puerta de *Lower the Boom*. El popular bar había pertenecido a Zack Muldoon, el hermano de Nick. En realidad, no eran hermanos, sino hermanastros, pero la familia de Freddie se dejaba llevar por el afecto y olvidaba las cuestiones terminológicas. Por si fuera poco, Zac se había casado con la hermana de la madrastra de Freddie, y ahora los Stanislaski, los Muldoon, los Kimball y los Le Beck formaban un clan muy unido. Un clan que Frederica pretendía fortalecer por el procedimiento de unirse a Nick.

Respiró profundamente, se arregló un poco su rojiza cabellera y deseó haber tenido la suerte de heredar la exótica belleza de los Stanislaski. Pero tendría que contentarse con lo que era.

Finalmente, abrió la puerta. La máquina de discos estaba funcionando, y el local olía a cerveza y a comida. Supuso que Río, el cocinero de Zack, estaría trabajando.

Todo estaba como siempre, desde la larga barra a la decoración náutica, con campanas de bronce incluidas, pero Nick no parecía estar por ninguna parte. A pesar de todo, sonrió, caminó hacia la barra y se sentó en una butaca.

— ¿Me sirves algo de beber, marinero?

Zack estaba sirviendo una jarra de cerveza y tardó unos segundos en reconocerla. Cuando lo hizo, sonrió de inmediato.

—Freddie... Pensé que venías el fin de semana.

— Me gustan las sorpresas.

— Bueno, a mí me gustan éste tipo de sorpresas — puntualizó.

Zack dejó la jarra de cerveza sobre la barra, se inclinó sobre Frederica y la besó.

—Sigues tan guapa como siempre.

— Tú tampoco estás mal.

Freddie no había mentido en absoluto. En los diez años que habían pasado desde que lo conociera, Zack no había hecho otra cosa que mejorar. Como algunos vinos, mejoraba con la edad. Su cabello oscuro seguía tan rizado y fuerte como siempre, y sus ojos azules parecían magnéticos. Las arrugas de su rostro, moreno y de rasgos duros, aumentaban su carácter y su encanto. Más de una vez a lo largo de su vida, se había preguntado cómo era posible que estuviera rodeada por personas tan atractivas.

— ¿Qué tal está Rachel?

— "Su señoría" está tan bien como siempre.

La joven sonrió al escuchar el título que había utilizado Zack para referirse a su esposa, la tía de Freddie. Rachel era juez.

— Estamos muy orgullosos de ella. ¿Has visto el mazo que le envió mi madre?

— ¿Que si lo he visto? — preguntó, sonriendo —. Me golpea con él muy a menudo. Eso de tener una juez en la familia no está nada mal. Además, le quedan muy bien las togas negras.

— ¿Y qué tal están los niños?

— ¿El trío terrorífico? Muy bien, como siempre. ¿Quieres tomar un refresco?

Freddie lo miró, divertida.

— Zack, ¿he de recordarte que tengo veinticuatro años?

Zack se frotó la mandíbula y la observó con atención. Freddie casi parecía una muñeca, y de no haber sabido su edad le habría pedido el carnet de identidad para asegurarse.

— Es que aún no puedo creer que haya pasado tanto tiempo...

— ¿Qué tal si me pones una copa de vino blanco?

— Marchando — contestó, mientras sacaba la botella —. ¿Qué tal tu familia?

— Bien, Todos te mandan recuerdos.

Cuando Zack llenó la copa, Freddie la alzó y propuso un brindis:

— Por la familia.

Zack brindó con una botella de agua mineral.

— Bueno... ¿qué planes tienes, Freddie?

— Unos cuantos, te lo aseguro — sonrió.

Frederica tomó un poco de vino y se preguntó qué habría pensado de haber sabido que pretendía casarse con su hermano pequeño.

— En primer lugar, tengo que encontrar una casa — continuó.

— Sabes que puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras.

— Lo sé. O con la abuela y papá, o con Mijail y Sydney, o con Alex y Bess — sonrió de nuevo, encantada de estar rodeada de personas que la querían —. Pero quiero vivir sola. Creo que ya es hora de que viva la vida... y espero que no me des ningún discursito, tío Zack. A fin de cuentas, tú te enrolaste en la marina mercante.

Zack pensó que le había dado de lleno. De joven había sido bastante rebelde.

— De acuerdo, nada de discursos ni de consejos. Pero te vigilaré de todas formas.

— Contaba con ello — dijo, echándose hacia atrás —. ¿Qué tal está Nick? Pensé que tal vez estuviera aquí.

— Está aquí, en la cocina, probando uno de los platos de Río.

— Huele muy bien. Creo que pasaré a saludar.

— Adelante. Y dile a Nick que esperamos que toque algo a cambio de la comida.

— Lo haré.

La joven tomó su copa de vino y tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a arreglarse un poco. Se miró con resignación. Era pequeña y no muy alta, y hacía mucho tiempo que había renunciado al sueño de convertirse en una mujer exuberante.

Su cabello era entre rubio y pelirrojo; tenía pecas en la nariz, hoyuelos en las mejillas, cuando sonreía, y unos grandes ojos grises. En su adolescencia le habría gustado ser alta y refinada, o apasionada y seductora, y le gustaba pensar que con el tiempo terminaría por aceptarse a sí misma.

Sin embargo, a veces tenía la impresión de ser una muñequita de porcelana en mitad de una familia de bellezas esculturales.

Una vez más se dijo que, si quería que Nick la tomara en serio como mujer, no tendría más remedio que empezar a tomarse en serio ella misma.

Decidida a seguir con el plan, abrió la puerta de la cocina. De inmediato, sintió que su pulso se detenía.

No podía evitarlo. Siempre había sido así.

Una y otra vez desde el día en que lo conoció. El hombre que estaba sentado en la mesa de la cocina, dando buena cuenta de unos espaguetis, era todo lo que quería y todo lo que soñaba.

Nicholas Le Beck, el chico rebelde que su tía Rachel había defendido con tanta pasión como convicción en los tribunales. El problemático joven que había conseguido escapar de la violencia de las bandas callejeras gracias al amor, el cariño y la comprensión de una familia.

Ahora ya era un hombre, pero aún tenía el aire rebelde de su juventud. Sus ojos eran de color verde, tormentosos. Su pelo largo, recogido en una coleta, era de color rubio. Tenía la boca de un poeta; la barbilla, de un boxeador; y las manos de un artista.

Había pasado muchas noches pensando en aquellas manos de largos dedos, y en otras partes de su cuerpo que nada tenían que ver ni con sus manos ni con su rostro.

Era un hombre fuerte y alto. Aquel día llevaba unos viejos vaqueros y una camisa con las mangas subidas hasta los codos. Estaba charlando con el enorme cocinero negro mientras comía, mientras Río sacaba unas patatas fritas de la sartén.

— No he dicho que tenga demasiado ajo. He dicho que me gusta mucho el ajo —dijo Nick—. Te estás volviendo muy arisco con la edad.

—No te atrevas a meterte conmigo. Aún puedo darte una buena lección.

— Mira cómo tiemblo —sonrió Nick.

Sólo entonces, reparó en la persona que acababa de entrar en la cocina. Sus ojos se iluminaron. Dejó el pan a un lado, se levantó de la silla y dijo:

— Mira quién acaba de llegar, Río. ¿Qué tal estás, Fred?

Nick se acercó a ella y la abrazó como lo habría hecho un hermano. Pero frunció el ceño al notar que el cuerpo de Freddie ya no era precisamente el de una niña. Retrocedió y se metió las manos en los bolsillos.

— Pensé que no vendrías hasta el fin de semana.

— He cambiado de idea —dijo, más confiada al notar su reacción—. Hola, Río.

— Hola, pequeña. Siéntate y come un poco.

— Creo que no me vendría mal. Mientras venía en el tren no he dejado de pensar en tu comida —sonrió, mientras tomaba asiento—. Venga, Nick, vuelve a la mesa o tu comida se quedará fría.

—Sí, tienes razón... Bueno, ¿cómo está todo el mundo? ¿Brandon sigue jugando al baloncesto?

— Sí, y cada vez es mejor —contestó, mientras el cocinero le servía un gigantesco plato—. Hace unos días pudimos ver a Kattie en una función de ballet, y mi madre lloró como de costumbre. Hasta es capaz de llorar cuando Brandon anota una canasta. En cuanto a papá, acaba de terminar una composición. Pero, ¿qué tal te van las cosas?

— Bien.

— ¿Estás trabajando en algo?

—En otro espectáculo de Broadway —respondió, encogiéndose de hombros.

—Debiste ganar el premio Tony por Last Stop.

— Tampoco estuvo mal que me nominaran.

Fred negó con la cabeza. No era suficiente para Nick, ni para ella.

— Era un musical maravilloso. Bueno, lo sigue siendo —puntualizó, al recordar que seguía llenando los teatros—. Estamos muy orgullosos de ti.

—Bueno, es una forma de vivir como otra cualquiera.

— No lo adules tanto —intervino Río.

—Eh, un día te pillé cantando una de mis canciones —protestó Nick con una sonrisa.

Río se encogió de hombros.

—Tengo que reconocer que había un par de canciones que no estaban tan mal. Venga, comed.

—¿Estás trabajando con alguien ahora?— preguntó Freddie—. Me refiero a la nueva obra.

— No. Apenas acabo de empezar.

Aquello era, exactamente, lo que Freddie esperaba oír.

— Leí en alguna parte que Michael Lorrey estaba trabajando en otro proyecto. Necesitarás un nuevo letrista.

— Sí, es cierto —frunció el ceño—. Y es una lástima. Me gusta trabajar con él. Hay demasiados letristas que son incapaces de oír la música. Sólo se preocupan por lo que escriben.

— Es verdad. Necesitas a una persona con una profunda cultura musical, que encuentre las palabras en la música.

— Exacto —dijo, mientras tomaba un poco de cerveza.

— Pues conozco a la persona adecuada, Nick. Me necesitas a mí.

Nick dejó la botella a un lado y la miró con asombro, como si no hubiera comprendido lo que acababa de decir.

— ¿Cómo?

— He estado estudiando música toda mi vida —respondió—. Uno de los primeros recuerdos que tengo es haber estado sentada en el regazo de mi padre, mientras me enseñaba a tocar el piano. Por desgracia, y aunque lo decepcione, mi primer amor no es la música, sino las palabras. Puedo escribir tus letras mejor que ninguna otra persona —añadió, con ojos brillantes—. No sólo entiendo tu música. También te entiendo a ti. ¿Qué te parece?

Nick suspiró, incómodo.

— No sé qué pensar, Fred. No esperaba algo así.

— Sabes que he puesto letra a varias composiciones de mi padre. Y otras que no tienen nada que ver con él —explicó, mientras tomaba un poco de pan—. A mí me parece algo perfectamente normal. Estás buscando un letrista, y yo estoy buscando trabajo.

— Sí, claro.

La idea de trabajar con ella lo incomodaba bastante. De hecho, Frederica había empezado a ponerlo bastante nervioso durante los últimos años.

— Piénsalo, Nick —sonrió, conociendo el valor de una retirada a tiempo—. Y si estás de acuerdo, házmelo saber.

— Lo haré.

— Vendré de vez en cuando, pero en todo caso puedes localizarme en el Waldorf.

— ¿En el Waldorf? ¿Qué haces en un hotel?

— Es temporal, hasta que encuentre una casa. No conocerás alguna en esta zona, ¿verdad? Me gusta el barrio.

— No sabía que tuvieras intención de quedarte aquí.

— Pues la tengo. Y antes de que empieces con lo de siempre, te aseguro que no quiero vivir con la familia. Me apetece vivir sola.

Tú aún sigues en el piso de arriba de la vieja casa de Zack, ¿verdad?

— Sí.

— Bueno. Si ves algún piso interesante en el barrio, dímelo.

Nick se sorprendió pensando que la llegada de Freddie a Nueva York iba a cambiar su vida. Pero rápidamente se dijo que no la afectaría de ningún modo.

— Pensé que preferirías vivir en otro sitio. No sé, tal vez en Park Avenue.

— Ya viví en Park Avenue hace tiempo, y prefiero un lugar diferente —declaró, mientras se echaba el pelo hacia atrás—. Río, la comida estaba muy buena. Si encuentro una casa cerca de aquí, vendré todos los días a cenar.

— Siempre podríamos echar a Nick para que ocuparas la parte superior de la casa —bromeó el cocinero—. Preferiría verte a ti, la verdad.

La joven se levantó para dar un beso al cocinero, como despedida.

— Bueno, mientras tanto... Zack dijo que quería que tocaras algo en el local a cambio de la comida, Nick.

— Iré enseguida.

— Se lo diré. Puede que me quede un rato para oírte. Hasta luego, Río...

— Hasta luego, pequeña.

Cuando Freddie salió de la cocina, Río regresó al horno y comentó:

— La pequeña Freddie se ha convertido en toda una mujer. Y es preciosa.

— Sí, no está mal — dijo Nick, algo molesto por la atracción que había sentido por ella—. Pero sigue siendo muy inocente. No tiene idea de lo duros que pueden ser esta ciudad y este negocio.

— Pues cuida de ella, o tendrás que vértelas conmigo.

— Bah.

Nick tomó su botella de cerveza y salió de la cocina.

Una de las cosas que más le gustaban de Nueva York a Freddie era que podía caminar unos cuantos metros, en cualquier dirección, y ver algo nuevo. Un vestido en una tienda, un rostro entre la multitud, todo tipo de detalles. Sabía que era bastante inocente, algo lógico en una joven que había crecido en una localidad muy pequeña, al amparo de sus familiares. No era una persona de ciudad, como Nick, pero poseía un gran sentido común. Algo que funcionaba en todas partes.

Mientras daba buena cuenta del croissant del desayuno, contempló la ciudad desde la ventana del hotel. Aún tenía algo importante que hacer. Visitar a su tío Mijail, en su galería de arte, serviría para matar dos pájaros de un tiro. Además de saludarlo, y de saludar a su esposa, Sydney, era bastante probable que pudieran ayudarla a encontrar un piso o un apartamento.

Y en todo caso, no estaría de más que dejara caer la noticia de que pretendía trabajar con Nick. Si lo sabían ellos, pronto lo sabría toda la familia.

Mientras se servía otra taza de café, pensó que no era un truco muy justo. Pero el amor no tenía por qué ser justo. Confiaba en su talento artístico; no obstante, no se sentía tan segura, ni mucho menos, en lo relativo a su habilidad para seducir a Nick.

Estaba segura de que, una vez que empezaran a trabajar juntos, dejaría de mirarla como si sólo fuera una prima pequeña del oeste de Virginia. Nunca podría competir con mujeres más exuberantes o agresivas, así que no tenía más opción que atacar directamente su corazón, a través del amor que compartían: la música.

A fin de cuentas, se dijo que lo hacía por su bien. Ella era la mujer de su vida, la mujer que necesitaba. Sólo tenía que lograr que lo comprendiera. Así que decidió actuar con rapidez y dejar de perder el tiempo. Se levantó de la mesa y corrió al dormitorio para vestirse.

Una hora más tarde, Freddie bajaba del taxi frente a la galería del neoyorquino barrio del Soho. No estaba segura de encontrar allí a su tío. Cuando no estaba en la galería, pasaba el tiempo en su casa de Connecticut, esculpiendo o jugando con sus hijos. Hasta era posible que estuviera ayudando a su padre en cualquier lugar de la ciudad.

Se encogió de hombros y empujó la puerta de cristal. Si no podía encontrar a Mijail, iría a ver a Sydney a su despacho o intentaría localizar a Rachel en los juzgados. Y si tampoco lo conseguía, siempre podía ir al estudio de televisión para localizar a Bess.

Tenía muchos familiares, y opciones para todos los gustos.

Lo primero que llamó su atención fue una de las obras de Mijail. No la había visto hasta entonces, pero reconocía el tema y su sensibilidad. Se trataba de una escultura de Sydney, su esposa, en la que aparecía con un niño en los brazos como si de una virgen se tratara. Era el más pequeño de sus hijos.

Laurel. A los pies de la mujer, había tres niños más de diversas edades. Freddie se inclinó y reconoció a sus primos, Griff, Moira y Adam. Incapaz de resistirse al impulso, acarició las figuras y pensó que un día, en el futuro, tendría sus propios hijos con Nick.

En aquel momento oyó la voz de Mijail, que acababa de entrar en la parte delantera de la galería, procedente de la trastienda.

— ¡No pienso esperar a que llegue el fax! Espera tú, si quieres. Yo tengo trabajo que hacer.

—Pero Mijail... Washington ha dicho que...

—No me importa lo que digan. Tendrán tres obras, no más.

—Pero...

— He dicho que no —repitió.

Mijail cerró la puerta a sus espaldas y murmuró algo en ruso, que Frederica comprendió perfectamente, mientras cruzaba la galería. Estaba tan absorto que no notó la presencia de su sobrina.

—Vaya idioma que utilizas, tío Mijail.

— Freddie —rió al verla—. Vaya, qué sorpresa. ¿Cómo está mi encantadora sobrina?

—Encantada de estar aquí, y de verte.

Mijail era un hombre muy atractivo, con los típicos ojos claros y el pelo rizado de los Stanislaski. A menudo había pensado que, si hubiera sabido pintar, habría inmortalizado a la vena ucraniana de la familia con trazos fuertes y colores vivos.

—Estaba admirando tu trabajo —continuó—. Es precioso.

—Es fácil crear algo bonito cuando se trabaja con algo bonito — declaró, mirando la escultura con profundo amor —. Bueno... así que has venido a la gran manzana.

Freddie lo tomó del brazo y empezaron a caminar por la galería, contemplando las obras.

— Sí, y tengo intención de trabajar con Nick.

—¿Con Nick? — preguntó, arqueando una ceja—. Supongo que para escribir las letras de sus canciones.

Mijail era un hombre de mundo, y había comprendido de inmediato las intenciones ocultas de su sobrina.

— Exactamente. Formaremos un buen equipo, ¿no te parece?

—Sí, por supuesto — sonrió con malicia —. Pero recuerda que Nick puede llegar a ser muy obstinado. Y muy cabezota. Puedo darle un buen golpe si quieres.

Freddie sonrió.

— Espero que no sea necesario, pero lo recordaré por si necesito tu ayuda en el futuro.

La mirada de la joven cambió. De repente, se hizo algo más dura, y su tío comprendió que ya no era una niña.

—Soy muy buena, tío Mijail. Llevo la música en la sangre, como tú llevas la escultura.

— Comprendo. Y cuando ves algo que quieres...

—Encuentro una forma de obtenerlo —declaró, aceptando su propia arrogancia, que también era de familia—. Quiero trabajar con Nick. Quiero ayudarlo. Y voy a hacerlo.

—¿Y qué quieres de mí?

—El apoyo de la familia, si llega a ser necesario. Aunque espero poder convencerlo antes — respondió, echándose el pelo hacia atrás—. Pero, de momento, sólo necesito ayuda para encontrar un piso. Pensé que la tía Sydney podía conocer algún lugar cerca de *Lower the Boom*.

—Es posible, aunque ya sabes que tenemos muchas habitaciones en casa. A los niños les encantaría, y a Sydney...

Mijail se detuvo un momento al observar su expresión. Acto seguido, añadió:

— Le prometí a tu madre que lo intentaría, compréndelo. Natacha está preocupada.

— No tiene razones para estarlo. Tanto ella como mi padre hicieron un buen trabajo conmigo, y sé cómo cuidarme. Sólo necesito un sitio pequeño para vivir. Dile a Sydney que me llame al Waldorf. Si tiene tiempo, me gustaría comer con ella uno de estos días.

— Siempre tiene tiempo para ti. Todos lo tenemos, de hecho.

— Lo sé, e intentaré no molestaros demasiado. Quiero encontrar un sitio donde vivir cuanto antes. De lo contrario, la abuela se empeñará en que me vaya a vivir con ellos a Brooklyn. En fin... tengo que marcharme —se despidió con dos besos—. Ah, cuando hables con mi madre, dile que lo has intentado.

Freddie salió de la galería y paró un taxi.

Pidió al conductor que la llevara a *Lower the Boom* y pocos minutos después bajo frente a la entrada de un edificio. La voz de Nick, que parecía dormido, se oyó a través del portero automático.

— ¿Aún sigues en la cama? —preguntó la joven—. Te estás haciendo viejo, Nicholas.

—¿Freddie? ¿Qué hora es?

—Las diez, pero ¿eso qué importa? Déjame entrar. Tengo algo que me gustaría que vieras. Lo dejaré en la mesa que hay en la entrada.

— Espera un momento, ya bajo yo.

Freddie no se sentía capaz de soportar su visión, recién levantado y probablemente medio desnudo, así que dijo:

—No, no te molestes. De todas formas no tengo mucho tiempo. Abre la puerta y te llamaré más tarde para saber qué te parece.

—¿De qué se trata? — preguntó.

En lugar de contestar, Freddie entró en la casa, dejó la carpeta sobre la mesa y volvió a salir de nuevo.

— Siento haberte despertado — dijo al portero automático —. Si estás libre esta noche, podríamos cenar juntos. Hasta luego.

— Espera un momento...

Freddie no se detuvo a escuchar. Dio la vuelta y se dirigió hacia el taxi, que había estado esperando. Entró en el vehículo, suspiró y cerró los ojos. Si a Nick no le gustaba lo que había hecho, se encontraría como al principio.

Pero tenía que pensar de forma positiva, así que se cruzó de brazos y ordenó al conductor:

— A Saks, por favor.

Iba a cenar con el hombre con el que pretendía casarse, y lo mínimo que podía hacer, en semejante ocasión, era comprarse un vestido nuevo.



## Capítulo 2

NICK se puso unos vaqueros y bajó las escaleras tan deprisa como pudo, pero Freddie ya se había marchado. Ni siquiera pudo maldecirla por haberse dado un golpe en el pie con la mesa de la cocina.

Miró la carpeta que había dejado sobre la mesa de la entrada y se preguntó por las intenciones de su prima. Resultaba bastante extraño que lo despertara tan pronto sólo para dejar una misteriosa carpeta. Gruñó, la recogió y subió de nuevo a la zona de la casa que utilizaba como apartamento. Necesitaba un café.

Ya en la cocina del primer piso, se abrió paso entre el montón de periódicos, ropa y partituras, y dejó la carpeta de Freddie sobre la encimera para preparar el café.

Definitivamente, no le gustaba levantarse tan temprano.

Llenó la cafetera, abrió la nevera y buscó algo de comer. Pero los desayunos no se encontraban en el menú de *Lower the Boom*, así que no tuvo más opción que preparar una tostada.

Tras la segunda taza de café, cuando ya había conseguido despertarse, se sentó en una silla, encendió un cigarrillo y abrió la carpeta.

Sólo esperaba que fuera algo importante. Hasta una jovencita como Freddie debía saber que los bares cerraban muy tarde, y raro era el día que se acostaba antes de las tres de la madrugada.

Bostezó y sacó el contenido de la carpeta. Resultaron ser unas partituras.

Recordó de repente que tenía la intención de trabajar con él, y la conocía lo suficiente como para saber que no estaría dispuesta a renunciar así como así.

Frederica tenía talento. Algo bastante lógico en una hija de Spencer Kimball. Sin embargo, no le agradaba trabajar con gente aunque lo hubiera hecho durante una larga temporada con Lorey. La diferencia estribaba en que Lorey no era de la familia. Ni olía tan bien como Freddie.

Se pasó una mano por el pelo y decidió darle una oportunidad. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Mientras leía las partituras, frunció el ceño. Era un tema musical que había empezado a componer durante una de sus visitas a Virginia. Recordaba haberse sentado al piano en la gran mansión, con Freddie a su lado, aunque no recordaba si había sido el verano anterior o dos años atrás. En todo caso, ya entonces había notado que la joven Freddie se había convertido en una mujer.

Lo suficiente como para sentirse algo incómodo cuando se inclinaba sobre él, o cuando i lo miraba con aquellos enormes ojos grises.

Negó con la cabeza, se frotó la barbilla e intentó concentrarse en las partituras. Freddie había dado unos cuantos toques personales a la composición, y desde luego había añadido una letra, bastante romántica, que iba muy bien con el tema.

Cada vez más interesado, se levantó con las partituras y se dirigió al piano que tenía en el salón.

Diez minutos más tarde, llamó al Waldorf y dejó varios mensajes para la señorita Frederica Kimball.

Freddie regresó al hotel a última hora de la tarde, cargada con bolsas y bastante contenta. Había pasado una tarde maravillosa. Había comido con Rachel y con Bess y luego se había marchado de compras. Dejó las bolsas en la entrada y se dirigió al teléfono con intención de llamar a alguna persona de la familia. El piloto del contestador parpadeaba, pero antes de que pudiera escuchar los mensajes, sonó el teléfono.

—¿Dígame?

— Maldita sea, Freddie, ¿dónde has estado todo el día?

Al oír la voz de Nick, sonrió.

— Dando una vuelta.

— Llevo todo el día intentando localizarte. Estaba a punto de llamar a Alex para que la policía empezara a buscarte.

Nick se había preocupado mucho. Hasta había llegado a pensar que la habían raptado.

— Si lo hubieras llamado, habrías sabido que he estado comiendo con su mujer. ¿Hay algún problema?

— ¿Problema? No, no, en absoluto — contestó con ironía —. Me despiertas al amanecer y después...

— Eran más de las diez.

— Y después, desapareces durante horas— continuó, sin hacer caso del comentario—. Si no recuerdo mal, dijiste que te llamara.

— En efecto — declaró, encantada —. ¿Has visto las partituras que dejé?

Nick abrió la boca para decir lo que realmente pensaba, pero prefirió adoptar una actitud menos entusiasta.

— He echado un vistazo. No está tan mal. Sobre todo, las partes que compuse yo.

— Está muy bien. Y sobre todo, las partes que arreglé yo — dijo Freddie, con mucha dignidad — Pero, ¿qué hay de la letra?

— No puede negarse que tienes talento, Fred.

— Me abrumas.

— De acuerdo... es muy buena — confesó al fin —. No sé qué pretendes, pero...

— ¿Por qué no hablamos sobre ello? ¿Estás libre esta noche?

Nick ya había quedado con otra persona, pero al pensar en las partituras decidió que podía anular la cita.

— En teoría no, pero puedo estarlo.

— En tal caso, te invito a cenar. Puedes venir a mi hotel a eso de las siete y media.

— Mira, ¿por qué no... ?

— Venga, los dos tenemos que cenar. Ponte un traje bonito y nos divertiremos un rato. A las siete y media, ¿de acuerdo?

Freddie se mordió el labio inferior y colgó antes de que Nick pudiera protestar.

Se apoyó en el brazo de una silla, algo nerviosa, y pensó que su plan estaba funcionando. Intentó tranquilizarse, pero no podía. Iba a empezar a seducir al hombre del que había estado enamorada toda su vida. Si no lo conseguía, le rompería el corazón, sufriría una profunda humillación y todos sus sueños saltarían por los aires, destrozados.

Quisiera o no, estaba muy asustada. Tanto que volvió a descolgar el teléfono y llamó a Virginia. La voz que sonó al otro lado del aparato sirvió para que sonriera.

— Hola, mamá.

A las siete y media, Nick se encontraba en el vestíbulo del Waldorf. No le gustaba el lugar, ni le agradaba llevar traje. Odiaba los locales excesivamente elegantes y el pretencioso servicio que ofrecía. Si Freddie le hubiera dado la oportunidad de hablar, había insistido en que se vieran en el bar, donde habrían podido charlar en un ambiente más relajado.

Había logrado el éxito en Broadway y, de vez en cuando, se veía obligado a asistir a ciertos acontecimientos sociales, pero no le gustaba en absoluto. Sólo quería hacer lo que siempre había hecho: escribir música e interpretarla sin presiones de ninguna clase.

Miró a uno de los recepcionistas, que lo observaba con abierta desconfianza, como si no le agradara su aspecto. Nick sonrió para sus adentros. Zack, Rachel y el resto de los Stanislaski lo habían salvado de acabar en la cárcel o de llevar una vida mucho menos acomodada, pero aún latía en su interior el corazón de aquel chico rebelde y solitario.

Su hermanastro, Zack, le había comprado su primer piano diez años atrás, y aún recordaba la profunda emoción que había sentido al comprobar que le importaba a alguien que era capaz de entenderlo. No lo había olvidado, y sabía que nunca podría pagar la deuda que había contraído con un hombre que siempre había estado a su lado.

En realidad, no tardó demasiado en cambiar. Para él era muy importante no avergonzar a una familia que lo había aceptado en su seno sin pedir nada a cambio, salvo su cariño. No obstante, seguía siendo Nick Le Beck, un antiguo ladrón que se había convertido en un artista, el chaval al que Rachel Stanislaski había defendido en los tribunales de justicia.

Que ahora llevara un traje no cambiaba gran cosa.

Se arregló el nudo de la corbata, que apenas podía soportar. Le sorprendió bastante estar pensando en el pasado, algo que raramente hacía y que, sin duda, se debía a la súbita aparición de Freddie. Aquella mujer le afectaba de un modo extraño.

La primera vez que la había visto, apenas tenía trece años y parecía una muñequita de porcelana. Dulce, guapa e inocente. De inmediato, le encantó. Pero de una forma muy familiar. Y el paso del tiempo no había cambiado nada. Aún tenía seis años más que ella.

Sin embargo, la mujer que salió del ascensor no le recordó a la prima que había conocido.

Nick admiró su vestido, con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras se acercaba. Se había recogido el pelo y sus hombros desnudos resultaban sencillamente encantadores. Llevaba pendientes y un collar con un zafiro.

Deseó tocarla, pero se contentó con mantener las manos en los bolsillos. Freddie sonrió y Nick intentó no mirar sus piernas.

— Espero que no lleves mucho tiempo esperando — dijo la joven, antes de besarle en la mejilla —. Te queda muy bien el traje.

— No sé por qué teníamos que vestarnos de forma tan elegante.

— Quería probarme el vestido que me he comprado. ¿Te gusta?

— Desde luego. Pero no tapa mucho. Vas a enfriarte.

— No lo creo. El coche está esperando afuera.

Frederica tomó su mano y los dos caminaron, juntos, hacia la salida del hotel. Una limusina negra esperaba en el vado.

— ¿Has alquilado una limusina para ir a cenar?

— Me apetecía hacer algo extravagante — respondió, sonriendo, mientras entraban en el vehículo —. Ten en cuenta que ésta es mi primera cita en Nueva York.

Freddie lo dijo de forma completamente natural, como si tuviera intención de salir muchas veces, con muchos hombres. Nick se limitó a gruñir.

— Nunca entenderé a los ricos.

— Tú no eres precisamente pobre, Nick. Eres muy conocido en Broadway, estuviste a punto de ganar un Tony y vas a preparar otro musical.

— Pero no voy por ahí en limusinas.

— En tal caso, disfrútalo por una vez — dijo —. El domingo tendremos que cenar en casa de la abuela.

— Ya lo sé.

— Tengo muchas ganas de verlos. Esta mañana estuve en la galería del tío Mijail. ¿Has visto su última escultura?

— Sí — contestó —. Es preciosa, y la niña ha salido muy bien. Por cierto, ¿sabes que Bess está embarazada otra vez.

— Sí, me lo dijo durante la comida. Estos ucranianos son incorregibles. Mi padre tendrá que volver a comprar chicles sin azúcar para que no se estropeen los dientes del pequeño, cuando le salgan.

— No te preocupes por sus dientes — dijo Nick —. Todos los niños de la familia tienen una dentadura de acero.

Freddie rió.

— Su aniversario de bodas es dentro de poco tiempo...

— Sí, el mes que viene.

— Esta tarde estuvimos hablando sobre la posibilidad de hacer una fiesta. Pensamos que odiamos alquilar una sala en un hotel, un salón o algo así, pero supusimos que sería mejor que lo hiciéramos en un lugar más íntimo.

¿Crees que Zack nos prestaría el bar?

— Supongo que sí. Río podría encargarse de la comida.

— Y tú y yo de la música.

Nick la miró con cautela.

— Sí, claro.

— Además, pensamos que podíamos hacerles un regalo sorpresa. ¿Sabías que la abuela siempre ha querido conocer París?

— ¿París? — preguntó, sonriendo —. No. ¿Cómo lo sabes?

— Se lo dijo a mi madre hace poco tiempo. Pero no lo dijo de un modo directo, ya sabes cómo es. Se limitó a comentar que le gustaría comprobar si es una ciudad tan romántica como dicen. Así que hemos pensado que podíamos regalarles un par de billetes y una estancia de dos semanas en el Ritz o en algún hotel parecido.

—Es una buena idea. Yuri y Nadia en París...

— ¿Y tú? ¿Hay algún lugar que siempre hayas deseado visitar?

— ¿Qué? Oh, no. No he salido de Estados Unidos, y el sitio que más me gusta es Nueva Orleans. La música es excelente. Pero supongo que me gustaría conocer el Caribe más a fondo. Aún recuerda el viaje que hicimos Zack, Rachel y yo en un velero, antes de que tuvieran su primer hijo.

— Sí, enviaste una postal desde Saint Marteen— murmuró.

Freddie aún conservaba aquella postal.

— Era la primera vez que salía de Nueva York. Zack decidió que no servía de gran cosa como ayudante en el barco, así que terminé encargándome de la comida. Pero fue un viaje maravilloso.

En aquel momento, el vehículo se detuvo frente a un restaurante. Sus dos ocupantes salieron de la limusina y entraron en el local, un establecimiento de ambiente cálido.

El maitre los llevo a una mesa bastante tranquila. Freddie se dijo que el lugar rozaba la perfección con sus velas encendidas, el olor a comida y las magníficas piezas de cristal. Cabía la posibilidad de que Nick no supiera que lo estaba cortejando, pero ella se estaba divirtiendo mucho.

—¿Quieres tomar vino? — preguntó.

— Sí —respondió él.

Nick había trabajado muchos años en el bar, y sus conocimientos de enología eran bastante profundos. Tanto como para que el maitre lo felicitara por su elección cuando se acercó a la mesa, segundos más tarde.

El músico encendió un cigarrillo y preguntó a su acompañante:

— ¿Has encontrado algún piso?

— Hoy no he hecho gran cosa, pero Sydney me ha prometido que encontrará algo.

— Encontrar un piso en Nueva York no es tan fácil. Y hay mucha gente dispuesta a estafarte. Si yo estuviera en tu lugar, me plana la posibilidad de vivir con alguien de familia.

Freddie arqueó una ceja.

— ¿Quieres una compañera de piso?

— Sabes que no quería decir eso.

— No sé, puede que fuera apropiado si vamos a trabajar juntos.

— Espera un momento. Estás dando por sentado algo que aún no hemos hablado.

— ¿De verdad? — sonrió.

El camarero volvió con el vino y sirvió un poco en una copa para que Nick diera su aprobación, así que no tuvo más remedio que probarlo por mucho que le disgustaran aquellos rituales. Acto seguido, intentó retomar la conversación.

— Escucha, Freddie...

Freddie se llevó su copa a los labios y dijo:

— Una excelente elección, desde luego. ¿Sabes una cosa? Siempre he confiado en el gusto que tienes para ciertas cosas, y ésta es una de ellas. La música es otra. Puede que no te agrade admitir que la pequeña Freddie es tan buena como tú, pero tu integridad profesional lo aceptará sin problemas.

—Nadie ha dicho que seas tan buena como yo, aunque no eres mala.

Nick brindó con su prima, y durante un momento perdió el hilo de la conversación, encantado por aquellos ojos. Rápidamente se aclaró a la garganta y añadió:

— Me gusta lo que haces.

— Vaya, no sé qué decir — parpadeó, coqueta.

— Siempre tienes muchas cosas que decir. Y la letra de esa composición es un ejemplo.

— Pensé que te gustaría — sonrió —. Le puse el título de It was ever you porque he leído el libro en el que se basa tu próximo musical. Una obra muy divertida y romántica. Y si Maddy O'Hurley va a hacer el papel principal...

— ¿Cómo lo sabes?

Fred sonrió de nuevo.

—Tengo mis contactos. Mi padre ha trabajado muchas veces con su marido. Reed Valentine es un viejo amigo de la familia.

— Ya veo —murmuró—. ¿Para qué me necesitas, entonces? Podrías hablar directamente con Valentine. Es el productor de la obra.

— Podría, desde luego, pero no quiero. Quiero trabajar contigo, pero si no estás de acuerdo... Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para convencerte. Sin embargo, supongo que sería capaz de aceptar una negativa.

Súbitamente, un extraño sentimiento dominó a Nick. Tuvo el irrefrenable impulso de tocarla, de acariciar su mejilla con los dedos. Pero, en lugar de eso, apagó el cigarrillo en el cenicero y suspiró.

—Muy bien, Fred, convénceme.

— Lo haré, pero primero podíamos pedir algo de comer.

Frederica escogió la comida sin fijarse demasiado en el menú. Estaba demasiado concentrada en lo que tenía que decir y en el modo de decirlo como para pensar en algo tan insignificante como la comida. Tomó un poco de vino y observó a Nick, que en aquel momento hablaba con el camarero. Cuando terminó, el músico notó que estaba sonriendo.

— ¿Qué ocurre?

— Nada. Pensaba en la primera vez que te vi. Entraste en la caótica casa de la abuela con una expresión de asombro muy graciosa.

— Nunca había visto nada similar — sonrió a su vez —. No podía creerlo. Tantas voces, tantas risas, tantos niños, tanta comida...

— Y Katie se acercó a ti para decirte que salieras con ella.

— Sí, tu hermana pequeña siempre me quiso especialmente.

— Y yo.

Nick rió, pero su risa desapareció en cuanto comprendió que no era nada gracioso.

— Oh, vamos...

—Es verdad. En cuanto te miré, mi corazón empezó a latir más deprisa. Tenías el pelo más largo, y creo que un poco más claro. Y llevabas un pendiente.

Nick se llevó la mano al lóbulo de la oreja izquierda.

— Es cierto. Hace tiempo que no me pongo ninguno.

— Pensé que eras muy atractivo, y exótico, como el resto.

— ¿Como el resto?

—Sí, como la familia, ya sabes. Esos maravillosos ucranianos... mi padre, con sus aristocráticos rasgos; Sydney con su impecable elegancia; Zack, con su dureza... Y tú, que parecías a medio camino entre una estrella del rock y James Dean — suspiró de forma exagerada.

— Bueno, supongo que debo sentirme adulado...

— Desde luego. Dejé de estar enamorada de Harrison Ford y de salir con Bobby MacAroy por tu culpa.

— ¿Bobby MacAroy? ¿Quién es?

— Era el chico más guapo de la clase. Pero no llegó a saber que tenía intención de casarme con él y tener cinco hijos.

— Peor para él.

— Y tú que lo digas... Aquel día apenas pude encontrar el valor para hablar contigo. Compréndelo. La pequeña Freddie, en medio de tantos pájaros exóticos.

— Eras como una muñeca de porcelana — murmuró —. Una rubita de enormes ojos. Recuerdo que dijiste que no te parecías ni a tu hermano ni a tu hermana, y que Natacha era técnicamente tu madrastra, no tu madre.

Sentí lástima por ti porque sentía lástima de mí mismo. Pero lo dijiste con tal naturalidad que comprendí que no debía sentirlo. Fue algo muy importante para mí.

— Vaya, no lo sabía — dijo con suavidad —. Parecías llevarte muy bien con Zack.

— Intenté odiarlo durante mucho tiempo. Pero entonces me enamoré de Rachel.

— ¿De Rachel?

— Sí, cuando tenía diecinueve años. Y estaba convencido de que una mujer como ella se volvería loco por mí. Sin embargo, comprendí que sólo se trataba de un capricho, y no tardé en darme cuenta de la relación tan especial que tenía con Zack.

Freddie lo miró con intensidad y dijo:

— Todo lo que estamos hablando me reafirma en la necesidad de que trabajemos juntos.

Nick tomó su copa de vino y la miró con interés mientras el camarero retiraba los primeros platos.

— ¿Qué quieres decir?

— Tenemos una conexión muy fuerte, Nick— contestó, echándose hacia delante para dar más énfasis a sus palabras—. Y en muchos sentidos. Tenemos una historia común, y muchas similitudes.

— ¿A dónde quieres llegar?

— A que te conozco, Nicholas, y mejor de lo que piensas. Sé lo que tu música significa para ti. La salvación.

Nick perdió todo interés por la comida.

— Una opinión bastante contundente...

— Pero acertada. El éxito no te importa, sólo te importa la música. Lo haces porque te gusta, porque lo necesitas. Y cuando oigo tus composiciones sé lo que quieres decir, porque te conozco y porque te amo.

Nick la observó con mucha intención, a sabiendas de que todo lo que acababa de decir era cierto.

— Seremos un gran equipo, Nick — continuó —. Mucho mejor y más fuerte de lo que seríamos cada uno de nosotros separados.

Nick pensó en la letra de la canción que había dejado aquella mañana sobre la mesa.

Era una canción solitaria y romántica, pero llena de esperanza. En aquel momento, decidió que tenía razón.

— Muy bien, Freddie. Trabajaremos juntos una temporada para ver qué pasa. Y, si conseguimos un par de buenas canciones para el libreto, iré a ver al productor.

— ¿Y si le gusta?

— En tal caso, serás mi socia. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Nick alzó la copa, y Freddie brindó con él.

Cuando Nick la llevó al hotel, aquella noche, el mareo de Fred no se debía únicamente al vino. Riendo, se apoyó en la puerta de su habitación y lo miró.

— Seremos un equipo magnífico, ya lo verás.

Nick echó hacia atrás su cabello y dijo:

— Veremos qué tal salen las cosas. Mañana te veré en mi casa. Ah, y trae comida.

— De acuerdo. Estaré a primera hora de la mañana.

— Si vienes antes del mediodía, te mataré. ¿Tienes la llave?

— Sí, la tengo. ¿Quieres entrar un rato?

— Tengo que trabajar y cerrar el bar. Además...

Nick dejó de hablar cuando Freddie lo abrazó. Sintió un intenso calor y bajó la cabeza, con intención de darle un beso en la mejilla. Pero Freddie torció la cabeza lo suficiente para que la besara en la boca.

Fueron apenas unos segundos, pero más que suficientes para que la joven saboreara la firme textura de sus labios. Después, se apartó con una sonrisa y dijo:

— Buenas noches, Nicholas.

Nick no se movió. Permaneció plantado en el sitio segundos después de que Freddie desapareciera en el interior de su habitación. Sólo el sonido de su respiración pudo romper el hechizo. Se dio la vuelta y caminó hacia los ascensores.

Recordó que Fred era su prima, no una mujer cualquiera con la que pudiera pasar el rato sin más preocupaciones. Apretó el botón del ascensor y, al notar su tembloroso pulso, se maldijo.

Eran primos, con una familia común, y estaban a punto de trabajar juntos. No podía olvidarlo. No debía olvidarlo de ningún modo.

## Capítulo 3

FREDDIE entró en la cocina de *Lower the Boom* y saludó al cocinero.

— Hola, Río.

— Hola, pequeña — dijo el cocinero, que estaba ocupado con la comida —. ¿Qué tal estás?

— Bien. Nick y yo vamos a trabajar juntos— contestó, mientras caminaba hacia la escalera.

— Tendrás suerte si no tienes que sacarlo de la cama tirándole del pelo.

Freddie rió, pero no se detuvo.

—Dijo que estuviera al mediodía, y ya las doce — dijo, sin detenerse.

Cuando llegó a la puerta, llamó y esperó; Pero Nicholas no apareció, así que decid' entrar y gritó para no descubrirlo en alguna situación embarazosa.

Oyó sonido de agua y supuso que estaría duchándose, así que se dirigió hacia la cocina con las bolsas que llevaba.

Le había dicho que llevara comida, y m lo había tomado en serio. Sacó un par de ensaladas, varias cosas para picar y unos cuantos bocadillos. Lo guardó todo y caminó hacia el frigorífico para buscar algo de beber.

No tardó mucho tiempo en comprender que tendría que elegir entre beber cerveza o agua, y que la cocina de Nick necesitaba una limpieza urgente y a fondo.

Cuando apareció, minutos más tarde, la descubrió fregando.

— ¿Qué estás haciendo?

—Este sitio es un desastre — contestó, sin volverse—. Debería darte vergüenza. He sacado, los «experimentos médicos» que guardabas en el frigorífico y los he tirado en esa bolsa. Si yo fuera tú, me libraría de ella.

Nick gruñó y caminó hacia la cafetera.

— ¿Cuándo fue la última vez que fregaste suelo?

—Creo que en septiembre de 1990 — bostezó—. ¿Has traído algo de comer?

— Sí. Está en la mesa.

Nick observó las ensaladas y los bocadillos y preguntó:

— ¿No hay nada para desayunar?

— Ya no es hora de desayunar.

—No todos tenemos el mismo sentido del tiempo, Fred.

— Al menos podías recoger las cosas que hay en el salón. No sé cómo esperas que trabajemos en un lugar tan caótico.

Nick probó uno de los bocadillos que había traído. Le gustó, así que siguió comiendo.

—Limpio el salón el tercer domingo cada mes, sea o no sea necesario.

Freddie se dio la vuelta, con las manos en las caderas.

— Pues recógelo todo ahora. No pienso trabajar en un sitio lleno de ropa, basura y un dedo de polvo.

Nick se apoyó en la mesa y la miró, sonriendo. Su prima se había recogido el pelo.

Sus ojos brillaban y apretaba los labios con fuerza. Parecía un hada ofendida.

— Estás preciosa, Fred.

La mujer entrecerró los ojos.

— Sabes que odio que me digan eso.

— Lo sé — sonrió, aún más abiertamente.

Freddie se limpió las manos con la máxima dignidad que pudo.

— ¿Se puede saber qué estás mirando?

— Te miro a ti. Estoy esperando a que empieces a sollozar. Estás preciosa cuando lo haces— bromeó.

—Deja de tentar tu suerte, Nick.

— Y tú deja de darme órdenes, como haces siempre con Brandon.

— Yo no doy órdenes a mi hermano.

—Claro que sí. Acéptalo, pequeña. Eres una mandona.

— No es verdad.

—Mandona, mimada, y preciosa.

Freddie respiró profundamente para mantener el control.

— Te aseguro que voy a pegarte en cualquier momento.

— Vaya, eso es bueno — sonrió, mientras se servía un café —. Ahora te pones orgullosa. Es casi tan divertido como que solloces.

— He venido aquí a trabajar, no a que me insultes. Si no piensas comportarte mejor, me iré — declaró, indignada.

Nick rió de buena gana. Por primera vez desde que había llegado a Nueva York, tuvo la impresión de que su relación se mantenía al mismo nivel que en el pasado. Una típica relación entre dos primos de diferentes edades.

— Venga, no te enfades.

— No me enfado.

A pesar de todo, le pegó un codazo en el estómago. Nick se limitó a reír de nuevo.

— Oh, vamos, eres capaz de hacerlo mejor. Si quieres hacerme daño, será mejor que lo hagas con más fuerza.

Freddie picó el anzuelo y cargó sobre él. Los dos perdieron juntos el equilibrio y acabaron contra el frigorífico, de tal forma que ella estaba apoyada en la máquina, con las manos en sus fuertes brazos, mientras él la agarraba por la cintura.

Nick dejó de reír al notar el suave contacto de su cuerpo. Miró sus labios, deliciosos, y observó sus grandes y profundos ojos, que lo miraban. Freddie notó el cambio de su propio organismo. Su corazón empezó a latir más deprisa cuando pensó que acababa de suceder lo que había estado esperando durante tanto tiempo.

Acababa de despertarse el deseo entre dos adultos. Guiada por el instinto, puso las manos sobre sus hombros.

Nick estuvo a punto de besarla, pero se apartó. Sabía que no lo habría hecho con el afecto de un primo lejano, sino con el apasionamiento de un hombre que se sentía sexualmente atraído por una mujer muy deseable. Y al hacerlo, habría destrozado toda una década de confianza.

—Nick...

Nick pensó que la había asustado y retiró las manos de sus caderas.

— Lo siento, no debí excederme.

Se sentía tan incómodo que retrocedió hasta el lugar donde había dejado la taza de café.

— Estoy bien —acertó a sonreír la joven—. Pero aún quiero que arregles un poco el salón.

Nick sonrió de nuevo. El momento de peligro había pasado.

— Lo siento, pero ésta es mi casa y tendrás que acostumbrarte a mi piano y a mi desorden. Lo tomas o lo dejas.

Freddie consideró sus palabras durante un momento y asintió al cabo de unos segundos.

— De acuerdo, pero cuando tenga una casa y un piano trabajaremos en ella.

— Es posible — dijo, mientras probaba una de las ensaladas —. ¿Por qué no te sirves un café y hablamos sobre las ideas que tengo para la obra?

— Sobre las ideas que tenemos — puntualizó —. Recuerda que ahora somos socios.

Estuvieron sentados en la cocina durante una hora, discutiendo, analizando y debatiendo sobre el tema central del musical, que iba a llamarse *First, Last and Always*.

La obra trataba sobre la relación de dos personas a lo largo de diez años, desde su juventud al matrimonio, pasando por un divorcio. Pero el final era tan romántico como feliz.

Al cabo de un rato, se dirigieron al piano.

— Debemos tener en cuenta que la protagonista se enamora de él a primera vista — comentó ella.



— No lo creo. Yo diría que se enamora de la idea de estar enamorada. Como él mismo. Son demasiado jóvenes y demasiado estúpidos. Ése es uno de los detalles que dan más realismo y comicidad a la historia.

— Mmmm...

— Escucha — dijo, mientras se acomodaba —. La obra empieza con un montón de gente en el escenario. Mucho movimiento, luces, velocidad... todo el mundo tiene prisa. Así que quiero sorprender a los espectadores con un tema muy acelerado, lleno de energía juvenil.

— Es la escena en la que se conocen, ¿no?

— Exacto.

Nick empezó a tocar una melodía que habría llegado al corazón de cualquiera. La joven cerró los ojos y se dejó llevar.

De inmediato, supo lo que Nick deseaba. Un tema lleno de impaciencia, de rapidez, de fuerza. Pudo imaginar el escenario, lleno de bailarines en una coreografía típicamente urbana, con el ruido del tráfico de fondo y algún cláxon.

— Es un fragmento para instrumentos de viento y piano — murmuró Nick. El músico se detuvo para tomar unas cuantas notas.

— No te detengas ahora. Sigue.

— Sólo quería apuntarlo.

Freddie negó con la cabeza y siguió tocando por su cuenta. Entrecerró los ojos y empezó a poner letra a la música que había compuesto su primo.

Nick se sorprendió al escuchar su voz.

Era una voz muy bella, que casi había olvidado. Baja, suave e increíblemente atractiva.

— Eres muy rápida — murmuró él.

— Soy muy buena — puntualizó —. Imagino la escena con muchos bailarines y muchas voces sobre las que se alzan las voces de los dos protagonistas.

— Sí — dijo Nick —. Ésa es la idea.

Freddie sonrió y dijo:

—Lo sé.

Tardaron tres horas en desarrollar la base de la obertura, y para entonces ya habían dado buena cuenta de dos cafeteras. Como no quería tomar demasiada cafeína, Freddie insistió en que su primo bajara al bar para buscar un refresco. Sola en el apartamento, siguió trabajando con el tema. Pero segundos más tarde sonó el teléfono.

Se levantó y contestó.

— ¿Dígame?

— Hola. ¿Está Nick?

Era una mujer, de voz atractiva y acento sureño. Freddie arqueó una ceja.

— Volverá dentro de un momento. Ha bajado al bar.

— Ah, bueno, entonces esperaré, si no te importa. Soy Lorelie.

— Encantada de conocerte — dijo, aunque no lo sentía —. Yo soy Fred.

— ¿La prima pequeña de Nick?

— En efecto — contestó entre dientes —. La prima pequeña.

— Me alegro mucho de conocerte, cariño — dijo la mujer —. Nick me dijo que tenía que verte, y no me importó que tuviéramos que cancelar nuestra cita. A fin de cuentas eres de la familia...

— Un detalle encantador por tu parte, Lorelie.

— Bueno, una jovencita como tú necesita que un familiar cuide de ella. Sobre todo, si está sola en Nueva York. Yo llevo aquí cinco años, y aún no me he acostumbrado del todo. Las cosas van muy deprisa en la ciudad.

— Algunas sí, y otras no tanto — murmuró —. ¿De dónde eres, Lorelie?

— De Atlanta, cariño. Pero no tengo más remedio que vivir aquí. Es el mejor lugar para trabajar de modelo, o en la televisión.

— ¿Eres modelo?

— Sí, pero últimamente me dedico a hacer anuncios para la televisión. De hecho, conocí a Nick gracias a mi trabajo. Una tarde, después de un rodaje particularmente duro, entré en el bar y le pedí que me

— serviera algo muy frío. Y él dijo que yo lo había dejado helado en cuanto entré — rió, de un modo encantador —. Tu primo es maravilloso, ¿no te parece?

Justo en aquel instante, Nick regresó al apartamento.

— Desde luego que sí. Todo el mundo dice lo mismo en la familia.

— Bueno, de todas formas me alegro que cuide de ti. Tú también eres del sur, ¿verdad, cariño?

— Sí. Podría decirse que casi somos hermanas... Nick acaba de llegar.

Freddie se alejó del teléfono y llamó a su primo.

— Es Lorelie.

Nick dejó los refrescos y las cervezas en el suelo antes de contestar.

— ¿Lorelie?

Fred escuchó atentamente la conversación que mantuvieron.

— Sí, sí, es de Virginia... Oye, estoy trabajando ahora... No, no, esta noche está bien. Pásate por el bar hacia las siete. Sí, yo también tengo muchas ganas de verte... ¿de verdad? Eso suena muy interesante... De acuerdo. Hasta luego.

Cuando colgó, Nick abrió uno de los refrescos y se lo dio a Freddie. Por alguna razón, se sentía muy incómodo.

— Está frío.

— Gracias — dijo ella, con un tono tan helado como la botella —. ¿Debería disculparme por haber estropeado la cita que tenías con Lorelie?

— No. Además, nosotros no estamos...

— Me ha encantado que le hablaras sobre tu prima pequeña de Virginia —dijo, con ganas de estrangularlo —. No puedo creer que haya sacado a colación algo así.

— Bueno, me limité a contarle la verdad.

— ¿Y la verdad es que tienes que cuidar de mí?

— No dije eso, exactamente. Pero, ¿por qué te preocupa tanto? Anoche querías que cenáramos juntos, y tuve que cancelar mi cita con ella.

— La próxima vez dímelo sin rodeos. Puedo cuidarme yo sola — declaró, mientras guardaba las partituras en su maletín —. Y por cierto, no soy tu «prima pequeña». Cualquiera podría darse cuenta de que soy una mujer, perfectamente capaz de vivir su vida sin la ayuda de nadie.

— Yo no he dicho que no fueras...

— No hace falta que lo digas. Se nota cuando me miras, y no entiendo muy bien por qué. Habría muchos hombres dispuestos a cenar conmigo, hombres que no se lo tomarían como una obligación.

— Eh, espera un momento.

— Mírame bien, Nicholas. Ya no soy una niña, y no quiero que me trates como si fuera un perrito al que puedes dar palmaditas en la cabeza.

Nick se pasó una mano por el pelo.

— ¿Qué diablos te pasa?

— ¡Nada! —exclamó, frustrada—. Nada, estúpido. Ve a divertirte con tu chica del sur.

Freddie salió del apartamento y cerró de golpe la puerta. Nick abrió un refresco y movió la cabeza en gesto negativo. No podía creer que, en el pasado, hubiera sido una niña tan dulce.

Freddie dio un largo paseo para tranquilizarse, y cuando lo consiguió se detuvo en una cabina y llamó a Sydney. La conversación sirvió para animarla.

Después, se dirigió a un piso en alquiler que había visto a tres manzanas de la casa de Nick.

Era un sitio perfecto. Mientras paseaba de una a otra habitación, imaginaba los muebles que pondría. Por fin iba a tener su propia casa, y tenía espacio suficiente para poner un piano bajo la ventana y para colocar un sofá donde pudieran sentarse las visitas.

Pero sobre todo, estaba a dos pasos de la casa de Nick.

Mientras contemplaba la vista de Manhattan, se preguntó cómo se lo tomaría. Lo amaba, y no estaba dispuesta a rendirse con facilidad.

Suspiró, se alejó de la ventana y caminó hacia la cocina. No era muy grande, y necesitaba una buena mano de pintura, pero resultaba aceptable. Le gustaba cocinar, y siempre le habían llamado la atención

aquellas estancias. Le encantaba la enorme cocina de su hogar en el oeste de Virginia, y la cocina de su abuela en Brooklyn, siempre llena de gente.

Pasó un dedo por la encimera y se dijo que en aquel lugar cocinaría para Nick, si jugaba bien sus cartas.

Lo había presionado demasiado. Estaba enamorada de él desde hacía mucho tiempo, pero, por desgracia, Nick siempre la había tomado por una simple prima lejana; ni si—quiera de sangre, sino circunstancial. Iba a necesitar algo más que una cena romántica y un poco de trabajo para que cambiara de idea.

Pero cambiaría.

Decidió continuar el paseo por el piso, soñando en el toque personal que le daría. Conseguiría crear un universo lleno de música, de color y de amor.

Y, con un poco de suerte, con Nick.

Casi eran las siete cuando Nick bajó al bar. Zack arqueó una ceja y preguntó:

— ¿Una cita?

— Sí, voy a ver a Lorelie.

— Ah, sí. Esa morena alta y atractiva con una voz preciosa.

— En efecto. Vamos a ir a cenar. Pero volveré pronto para echarte una mano.

— Puedo arreglármelas solo.

— No es ningún problema. Le gusta el bar, así que vendrá conmigo. Y cuando cerremos, ya se nos ocurrirá alguna otra cosa que hacer.

— Seguro que sí. Pero ahora ve a llevar dos cervezas y un whisky a la mesa dos.

— Muy bien.

— Por cierto, ¿sabes lo del piso de Freddie?

— ¿Qué piso?

— Ha encontrado uno a un par de manzanas. Ya ha firmado el contrato. Acaba de marcharse. Estuvo un rato aquí, para celebrarlo.

— ¿Nadie la acompañó para echar un vistazo? ¿Ni siquiera Mijail?

— No dijo nada. Pero esa chica tiene la cabeza encima de los hombros.

— Sí, supongo que sí. Pero debería haber llamado a alguien. Al menos, a Rachel.

Zack rió y puso una mano sobre su hombro.

— Los pajaritos tienen que levantar el vuelo en algún momento.

Nick se encogió de hombros mientras preparaba las bebidas.

— Entonces, habrá regresado al hotel.

— No, se ha ido con Ben.

— ¿Con Ben? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Le has presentado a Stipley? — preguntó, con ojos llenos de furia.

— Claro — asintió —. Me preguntó por la «preciosa rubia», como la llamó, y se la presenté. Parece que se llevan bien.

— Ya veo. Y has permitido que se marche con un extraño.

— Oh, vamos, Ben no es un desconocido. Nos conocemos desde hace años.

— Sí, pero se pasa la vida en los bares.

Zack lo miró, sorprendido y divertido.

— Y nosotros también.

— Eso no tiene nada que ver, y lo sabes. No puedes dejar que Fred se marche con el primer hombre que pasa.

— Me limité a presentarlos. Ya son mayorcitos. Estuvieron charlando un rato y se marcharon al cine.

Nick no podía soportar la idea de que Fred se encontrara a merced de un tipo como Ben Stipley.

— Sí, bueno. Imagino en qué estaba pensando Ben. ¿Estás loco, Zack?

— Bueno, te diré la verdad. Se la vendí por quinientos dólares y una entrada para ver un partido de béisbol. Supongo que ya habrá conseguido que se haga drogadicta— bromeó.

Nick tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

— No es gracioso. Sólo espero que no tengas que arrepentirte si le hace algo malo.

Zack lo observó con atención. Conocía a su hermanastro muy bien, y sabía que estaba furioso.

— Ben no es un psicópata. Y ella sabe cuidarse.

— No lo conoces — murmuró.

— Vamos, Nick, siempre te ha caído bien Ben. Hasta vas a ver los partidos de béisbol con él. Te dejó su coche cuando tuviste que ir a Long Island, el mes pasado.

— Sí, claro que me cae bien. Pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que has permitido que Fred se marche con un hombre que acaba de conocer en un bar.

Zack se inclinó sobre la barra.

— Si no te conociera mejor, pensaría que estás celoso.

— ¿Celoso? — preguntó —. Tonterías, tonterías.

Un simple vistazo a su hermanastro bastó para que Zack empezara a sospechar que estaba ocurriendo algo extraño.

— ¿Qué está pasando entre Freddie y tú, Nick?

— Nada — contestó a la defensiva —. Sólo intento cuidar de ella, que es más de lo que puede decirse de ti.

— Sí, supongo que podría haberla encerrado — bromeó —. O haberme marchado con ellos para vigilarlos. La próxima vez que mantenga una conversación con uno de mis amigos, llamaré a la policía.

— Cierra la boca, Zack.

— Tranquilízate un poco. Tu chica de Georgia acaba de entrar.

— Magnífico.

Nick hizo un esfuerzo para olvidarse de Freddie. A fin de cuentas tenía su propia vida, y Freddie ya no era una niña.

Sonrió a duras penas cuando Lorelie se acercó. Atractiva y exuberante, carecía de prejuicios y afortunadamente era capaz de dejar que la naturaleza siguiera su curso. La recién llegada se sentó en una butaca, se echó el pelo hacia atrás y lo miró con ojos brillantes.

— Hola, Nick. Tenía muchas ganas de verte.

Nick tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para mantener la sonrisa cuando descubrió, de repente, que no estaba interesado en ella.

## Capítulo 4

EN cuanto salió de la ducha, Nick notó el olor a café y a panceta. En otras circunstancias habría bastado para que mejorara su humor, pero había pasado toda la noche en vela, preocupado por Freddie.

Se dirigió al dormitorio para vestirse y pensó que tendría que darle una explicación. Se había pasado buena parte de la noche con un individuo que acababa de conocer, y súbitamente su comportamiento no le parecía apropiado.

La obsesión por Freddie lo llevó a pensar en la educación que había recibido, y finalmente, en su familia y en el amor y la atención que siempre le habían dedicado. Cuando los visitaba, de pequeño, admiraba aquel hogar y sentía cierta envidia.

Su infancia no había sido precisamente fácil. Su madre siempre estaba cansada, obligada a trabajar a destajo para sacar adelante, sola, a su hijo. Cuando se casó con el padre de Zack, las cosas cambiaron un poco. Durante un tiempo, todo mejoró. Tenía un sitio decente para vivir, y su madre ya no estaba asustada.

Hasta había llegado a creer que su madre y Muldoon estaban enamorados. Tal vez no de forma apasionada, pero con el suficiente cariño como para que quisieran vivir juntos.

Pensó que el padre de Zack lo había intentado. Sin embargo, siempre había sido un hombre bastante egoísta, acostumbrado a ver las cosas únicamente desde su punto de vista.

Por suerte para él, Zack siempre había estado a su lado, cuidándolo. A veces pensaba que el afecto que sentía por los niños se debía, sobre todo, al recuerdo de Zack, del joven que le había enseñado a jugar al baloncesto y que permitía que fuera con él a todas partes.

Él sabía muy bien lo que significaba ser pequeño y estar a la merced de los arrebatos de los adultos. Zack había conseguido que sintiera que pertenecía a un lugar; había logrado que se sintiera querido.

Pero la felicidad no duró mucho. Zack se enroló en la marina mercante y Nick se quedó solo.

Cuando su madre murió, la situación se deterioró con rapidez. El sentimiento de soledad del joven Nick se transformó en abierta rebeldía. Se metió en una pandilla callejera y las cosas no empezaron a volver a su cauce hasta que regresó Zack, poco tiempo después de que muriera su padrastro.

Nick no le facilitó las cosas. El recuerdo de aquellos días aún lo incomodaba. Habría sido capaz de hacer cualquier cosa para complicarle la vida, pero tanto el propio Zack, como Rachel y el resto de los Stanislaski, habían permanecido a su lado. Habían cambiado su vida y era algo que no olvidaría nunca.

Supuso que tal vez había llegado el momento de que les devolviera el favor. Freddie ya no era una niña, pero necesitaba que alguien la vigilara un poco. Y, si nadie quería hacerlo, lo haría él.

Mientras se ponía una camisa, se dijo que aún era demasiado inocente. Había crecido en el seno de su familia, en una localidad de provincias donde el robo de una simple prenda de vestir salía en portada de los periódicos. Pero, si estaba decidida a vivir en Nueva York, tendría que aprender deprisa. Y él estaba dispuesto a ser su profesor.

Más decidido, entró en la cocina con intención de darle la primera de las lecciones.

Freddie estaba junto al horno, friendo cebolla, champiñones y pimientos para preparar una tortilla. En realidad, lo estaba haciendo para disculparse con él. Sabía que el día anterior lo había tratado con dureza, empujada por los celos.

Pero también sabía que no tenía derecho a sentirse celoso. Nick era perfectamente libre de salir con quien quisiera, al menos por el momento. Y, en todo caso, enfadarse no era la mejor de las estrategias. Debía ser paciente y comprensiva, por muy difícil que resultara.

En cuanto lo vio, se dio la vuelta y lo miró con una amplia sonrisa.

— Buenos días. Pensé que querrías tomar un desayuno tradicional. El café está preparado. ¿Por qué no te sientas y tomas una taza?

— ¿Qué pretendes, Fred?

— Nada — contestó, sin dejar de sonreír, mientras le servía la panceta y las tostadas —. Ayer me comporté bastante mal contigo, y pensé que debía hacer algo para excusarme.

— Sí, bueno. Y hablando de eso, quería...

— Me excedí — continuó ella, sin hacer demasiado caso —. No sé qué me pasó. Supongo que el cambio de venir a vivir a Nueva York me ha puesto algo nerviosa.

— Sí, puede ser, pero debes tener cuidado con las posibles consecuencias.

— ¿Consecuencias? — preguntó, sorprendida —. No creo que un pequeño conflicto justificara un enfado demasiado profundo.

— ¿Un pequeño conflicto? ¿Es que te peleaste con Ben?

— ¿Con Ben? — preguntó, mientras servía la tortilla —. No, ¿por qué lo dices?

— Acabas de decir que... ¿De qué diablos estabas hablando?

— De lo que pasó ayer, de la actitud que mantuve después de que Lorelie llamara por teléfono. ¿A qué te referías tú?

— A cierto desconocido que conociste en el bar. ¿Estás loca, o eres idiota?

— ¿Cómo? — preguntó, alterada —. ¿Te parece mal que fuera al cine con un amigo de Zack?

— No volviste a casa hasta la una de la madrugada.

— ¿Y cómo sabes cuándo llegué?

— Porque estaba en el vecindario — contestó —, y te vi salir del taxi cuando regresaste al hotel. Era la una y cuarto.

El recuerdo de la noche anterior volvió a empeorar su humor, pero no fue suficiente para quitarle el apetito, aunque había pasado un buen rato en una esquina, solo, vigilando el hotel.

— ¿Cómo te has atrevido a espiarme? — preguntó, muy irritada.

— No te estaba espiando. Estaba cuidando de ti, ya que tú misma no eras capaz de hacerlo.

Freddie le arrojó la paleta que tenía en la mano, pero Nick se apartó a tiempo.

— Deja de tirarme cosas.

— Haré lo que quiera. Y pensar que me sentía culpable por haberte gritado...

— Tenías razones para sentirte culpable. Y, desde luego, no debiste marcharte con un hombre que apenas conocías.

— Zack nos presentó. Además, no pienso discutir mi vida social contigo.

Nick no estaba dispuesto a permitir que se fuera a bailar con el primer cretino que conociera en un bar, y necesitaba dejarlo bien claro.

— Vas a tener que dar una explicación, te guste o no. ¿Adónde demonios fuisteis?

— ¿Quieres saber dónde fuimos? Muy bien. Cuando salimos del bar nos fuimos a su casa y pasamos varias horas haciendo el amor apasionadamente.

Nick entrecerró los ojos, muy alterado. Le habían molestado sus palabras, pero sobre todo el hecho de que podía imaginar perfectamente una situación similar. Pero no entre Freddie y Ben, sino entre la joven y él mismo.

— No tiene gracia, Fred.

— Lo que hago no es asunto tuyo, Nick, como no es asunto mío lo que tu hagas con esa especie de Scarlett O'Hara.

— Se llama Lorelie — puntualizó, entre dientes —. Pero lo que tú hagas es asunto mío. Soy responsable de...

— De nada — se apresuró a decir —. Ya soy mayor de edad, y no tienes derecho a inmiscuirte en mi vida. No eres mi padre, así que deberías dejar de actuar como si lo fueras.

— No, no soy tu padre — declaró, a punto de perder el control —. Tu padre tal vez no sería capaz de decirte lo que les pasa a las mujeres que no saben lo que hacen. No podría decirte lo que le ocurre a la mujer que tiene la desgracia de acabar con un hombre equivocado.

— ¿Y tú sí?

— Sí.

Esta vez, Freddie quiso arrojarle una espátula. Pero Nick se adelantó y se la quitó de la mano.

— Basta ya.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó Nick, acorralándola contra una esquina —. ¿Piensas pedir socorro? ¿Crees que alguien te haría caso?

Freddie sintió miedo.

— No seas ridículo — declaró, intentando mantener una actitud digna —. Basta ya, Nick.

— ¿Qué pasaría si el hombre con el que salieras no te respetara? ¿Qué pasaría si sólo quisiera probarte, te gustara o no? Se limitaría a tomar lo que quisiera, aun sin tu consentimiento. ¿Y qué harías entonces para detenerlo? ¿Qué piensas hacer para detenerme?

Freddie no se lo pensó dos veces y pasó los brazos alrededor de su cuello. Los ojos de Nick se oscurecieron, y un segundo después, se besaron.

La mujer se apretó contra él. Se abrazaban con apasionamiento, sin dejar de besarse. Freddie supo entonces que la deseaba, y habría dado igual que acabaran de conocerse, o que fueran amantes de toda la vida.

Nick había perdido el control. La boca de Freddie era un verdadero festín para él, y el contacto de su cuerpo resultaba mucho más intenso de lo que había soñado. Ya no le importaba quiénes eran, ni dónde estaban. Lo dominaba un desgarrado deseo que lo empujaba a llegar más y más lejos.

Pudo oír el gemido de Freddie cuando introdujo ambas manos por debajo de su jersey y tocó sus senos. La joven empezó a temblar, y al sentir su reacción se sintió muy avergonzado. Asustado por lo que acababa de hacer, retrocedió lentamente.

Tenía la impresión de que Freddie estaba sollozando, aunque en realidad sólo se trataba de su respiración, acelerada.

— Lo siento, Fred. ¿Te encuentras bien?

Freddie no contestó.

— Si no te encuentras bien — continuó, enfadado —, habrá sido culpa tuya. Ése es el tipo de tratamiento que podrías recibir si no tienes cuidado con las personas que eliges. De no haberse tratado de mí, podría haber sido mucho peor. Siento haberte asustado, pero tenía que darte una lección.

Fred había estado a punto de tocar el cielo gracias a Nick, pero el amor de su vida estaba a punto de estropearlo todo con discursitos y consejos.

— ¿De verdad? Me pregunto quién le ha dado la lección a quién. Acabo de besarte, Nicholas. Te he besado y he notado tu deseo.

— Mira, Fred, será mejor que no confundamos las cosas.

— Sí, supongo que será mejor. Pero ahora no estabas besando a tu primita. Estabas besándome a mí — dijo, avanzando hacia él —. Y yo te besaba a ti.

Nick sintió un nudo en la garganta, asombrado por el carácter de aquella mujer, que estaba consiguiendo acorralarlo.

— Es posible que las cosas se hayan salido de quicio durante unos segundos...

—No, ésa no es la cuestión — sonrió.

— Esto no está bien, Fred.

— ¿Por qué?

— Porque... lo sabes de sobra, maldita sea.

— Creo que ni siquiera tú lo sabes. Me pregunto qué harías si te besara otra vez, Nick.

— Basta, Fred. Sería mejor que nos tranquilizáramos un poco.

—Puede que tengas razón — sonrió de nuevo con dulzura —. Yo diría que necesitas más tiempo para acostumbrarte a la idea de que te sientes atraído por mí.

— Yo no he dicho eso.

— Aceptar los cambios en las personas que conocemos no resulta tan fácil. Pero tenemos todo el tiempo del mundo.

— Fred — suspiró —. Estoy intentando ser razonable, pero no sé si funcionará. Puede que algunas cosas hayan cambiado, pero parece que ya no nos llevamos tan bien como antes. Si trabajar juntos significa que arriesguemos nuestra amistad...

— ¿Te pone nervioso trabajar conmigo?

Freddie no podría haber utilizado mejor estrategia. El joven rebelde que había sido permanecía en su interior, y aquella pregunta bastó para despertar su orgullo.

— Por supuesto que no.

— Si eso es cierto, entonces no tendremos ningún problema. Pero si crees que no eres capaz de controlarte cuando estoy cerca...

— No volveré a tocarte.

— Muy bien — sonrió —. Sugiero que comamos antes de que se enfríe el desayuno. Luego podemos empezar a trabajar.

Nick fue fiel a su palabra. Trabajaron durante horas, sin ningún tipo de contacto físico. Pero fue muy difícil para él. Freddie estuvo coqueteando todo el tiempo, aunque de forma sutil. Tantos pestañeos, inclinaciones y movimientos varios lo llevaron a tal punto que al final del día creyó estar volviéndose loco.

— Muy bien — murmuró Freddie, mientras observaba las partituras de Nick —. Una cantante como Maddy O'Hurley será capaz de interpretarla maravillosamente bien.

— No he dicho que fuera un «solo» de Maddy — dijo Nick.

Sin embargo, Nick sabía que su prima tenía la habilidad de leer sus pensamientos y su música con tanta claridad que se sentía como un pez que hubiera mordido un anzuelo.

— Es posible que pretendiera utilizar la canción para segundas figuras — continuó.

— No, no es cierto. Pero si quieres que sea así... tengo unas cuantas ideas para las letras. No encajan muy bien en el tema, pero puedo ajustarlas si aceleras un poco el ritmo.

— No quiero acelerarlo. Me gusta así.

— Si es para segundas figuras, no está mal, pero si es para Maddy...

— ¿Estás intentando que me enfade?

— No, sólo intento que trabajemos juntos. Bueno, creo que será mejor que descansemos un rato.

— Sé muy bien cuándo necesito descansar — dijo, mientras encendía un cigarrillo —. Cállate un momento y deja que siga con la melodía.

— Por supuesto.

Freddie se levantó y se estiró. Era consciente de que Nick estaba intentando resistirse, y le agradaba porque eso quería decir que creía tener algo de lo que defenderse. Puso las manos sobre sus hombros y empezó a darle un masaje.

— Basta, Fred.

— Estás muy tenso.

— He dicho que basta.

— Bueno, bueno, como quieras. ¿Te apetece beber algo?

— Una cerveza.

Freddie arqueó una ceja. Raramente bebía nada que no fuera café mientras trabajaba. Se dirigió a la cocina, y mientras abría la cerveza y el refresco, oyó que alguien llamaba a la puerta. Era Alexi Stanislaski.

— Quedas detenido por tener a mi sobrina trabajando toda la tarde.

— ¿Dónde está tu compañero, policía? — preguntó Nick.

— Vengo solo. ¿Dónde está Fred, Le Beck?

— ¡Tío Alex! ¡Cuánto me alegro de verte! — exclamó Fred, mientras se arrojaba a sus brazos —. Ha sido horrible. Todo un día de trabajo ininterrumpido.

— Bueno, cariño, he venido para salvarte — la besó —. Bess dijo que estabas más bella que nunca, y tiene razón. ¿Te ha complicado las cosas este tipo?

— Sí — contestó, sonriendo a Nick —. Creo que deberías encerrarlo por presionar demasiado a un ser humano.

— Ya veo... bueno, ¿qué te parece si te salvo llevándote a cenar?

— Me encantaría. Así podrías contarme ese asunto del ascenso que comentó Bess.

— Oh, no es nada — murmuró Alex.

— No es eso lo que yo he oído — intervino Nick —, capitán Stanislaski.

— Aún no es oficial — dijo, pegando un golpecito a Nick.

— Vaya, vaya, brutalidad policial — bromeó Nick, mientras iba a buscar una cerveza para el recién llegado —. La policía siempre me ha perseguido.

— Debí encerrarte para toda la vida la noche en que te detuvimos cuando intentabas robar en una tienda de electrónica.

— La memoria de los policías es como la de los elefantes.

— Cuando se trata de individuos como tú, sí. Bueno, tengo entendido que estáis trabajando juntos, ¿no es cierto?

— Eso creo — contestó la joven —. Aunque Nick divide su energía entre trabajar conmigo y actuar como si fuera mi padre.



- ¿Cómo?
- Anoche me espió porque fui a tomar algo con un amigo.
- No es cierto — protestó, disgustado —. Es que cree que ya es adulta.
- Yo la veo bastante crecida.
- Gracias, tío. ¿Nos vemos mañana a la misma hora, Nick?
- Sí, claro.
- Tú también puedes venir a cenar, Nick. La invitación era para todos.
- No, gracias. Tengo muchas cosas que hacer.
- Como quieras. Vámonos, Fred. Estoy hambriento.

Fred dio un beso de despedida a Nick y se marchó en compañía de Alex. Cuando ya habían salido de la casa, su tío preguntó:

- ¿Qué tal van las cosas?
- ¿A qué te refieres?
- A ti y a Nick.
- No tan bien como me gustaría — confesó.
- ¿Personal, o profesionalmente?
- Profesionalmente va muy bien. Tendrá algo que llevar al productor la semana que viene. ¿Qué te parece si tomamos el metro en lugar de parar un taxi? A esta hora de la tarde no encontraremos ninguno.
- De acuerdo — contestó —. Entonces... te referías a asuntos más personales.
- Sí, en efecto — sonrió —. Me alegro mucho de verte, tío Alex.
- Y yo de verte a ti. Pero... ¿De qué tipo de cuestiones personales se trata?

Freddie suspiró.

- Exactamente de lo que estás pensando.
- Mira, ya sé que Nick y tú os llevabais particularmente bien de pequeños, pero...
- ¿De verdad? — preguntó, divertida.
- Sí, todos los sabíamos.
- Pues, al parecer, Nick no.
- Bueno, tarda tiempo en darse cuenta de las cosas. Sin embargo, ya no sois ningunos niños.
- Así que te preocupa que hagamos algo de lo que podamos arrepentirnos...
- Si pensara que él puede arrepentirse de algo así, lo obligaría a tocar durante un mes.

Freddie rió.

- Oh, vamos, para ti es como un hermano.

— Pero eso no evitaría que le rompiera todos los huesos de las manos si supiera que las ha usado para algo inadecuado.

Freddie prefirió no mencionar lo que había hecho con aquellas manos unas horas antes.

— Lo amo, tío Alex. Eres la primera persona que lo sabe. Ni siquiera se lo he dicho a mis padres — declaró.

Al notar su gesto de asombro, rió y añadió:

- ¿Tan sorprendente parece?
- Mira, Freddie...

— No, escúchame tú a mí — lo interrumpió, mientras subían a uno de los vagones —. Sé que piensas que no conozco la diferencia entre un capricho y el amor. Pero la conozco. No estoy enamorada del joven que conocí hace años, sino del hombre que es ahora. Con todos sus defectos y sus virtudes. Lo amo, y puede que él no lo sepa todavía, o que no me ame, pero eso no cambiará lo que siento por él.

Alex suspiró.

- Ya veo que has crecido.

— Sí, he crecido. Y he tenido los mejores profesores del mundo. No sólo mis padres, sino también tú, y Bess y el resto. Y sé que el amor es un sentimiento duradero cuando se ama de verdad.

— Nick es tan importante para mí como tú o cualquier otra persona de la familia — dijo, escogiendo con cuidado las palabras —. Y te aseguro que no es un hombre muy asequible.

—Lo sé, pero no me preocupa demasiado— dijo, acariciando su mejilla —. Y te agradecería que no se lo contaras a nadie. Me gustaría tener más tiempo antes de que toda la familia empiece a hacerme preguntas.

Aquella noche, cuando regresó al hotel, Freddie vio que alguien había dejado un mensaje para ella en recepción. Intrigada, abrió el sobre y lo leyó mientras subía al ascensor.

Era una nota de Nick, que decía:

De acuerdo, tenías razón. Será un solo para Maddy. Quiero que mañana traigas la letra para la canción, y espero que sea buena. Tenemos que ir a ver a Valentine y al resto del equipo. No me falles.

Se puso tan contenta que casi bailaba cuando llegó a su habitación.

Dos horas más tarde, estaba subiendo de dos en dos los escalones de la casa de Nick.

Sabía que estaría trabajando en el bar, y no quería molestarlo. Así que entró en el vacío apartamento, se sentó al piano, pulsó los botones de la grabadora que usaban para trabajar y dijo:

— Ya tengo tu letra, Nick, y es muy buena. Escucha.

Emocionada, empezó a interpretar la melodía. Cuando terminó de cantar, cerró los ojos. Un segundo más tarde, alguien preguntó:

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Freddie se sobresaltó. Nick estaba en el umbral, y no parecía de muy buen humor.

— Estaba dejándote un mensaje. Querías tener la letra de la canción, y ya la tienes.

— Sí, lo he oído. Pero ¿sabes qué hora es?

— Supongo que alrededor de la media noche. Pensé que estarías trabajando abajo, en el bar.

— Lo estaba. Pero Río me dijo que te había visto.

— No era necesario que subieras. Es que estaba tan emocionada que no podía esperar hasta mañana — dijo, algo nerviosa —. ¿Has oído toda la canción?

— He oído lo suficiente.

— ¿Y qué te parece? — preguntó, impaciente —. ¿Te gusta?

— Sí. Y creo que también le gustará a Valentine y a los demás.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

— ¿Que quieres que diga?

— Quiero que digas lo que sientes.

Nick no sabía lo que sentía. Aquella mujer despertaba en él emociones que nunca había experimentado, y que no quería experimentar.

— Creo que es una letra maravillosa, una de esas letras que llegan al corazón de la gente. Y creo que, cuando la gente salga del teatro, saldrá tarareando la música.

Freddie estaba tan contenta que apenas podía hablar. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Lo que has dicho es muy bonito. No lo esperaba...

— Sabes muy bien que tienes talento.

— Sí, no dejo de repetírmelo — comentó, algo más calmada —. Como no dejo de repetirme otras muchas cosas. Cosas que no siempre consigo controlar cuando estoy sola, por la noche.

Nick no podía dejar de mirarla. Ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a avanzar hacia ella.

— Mañana llevaré la partitura a Valentine. Puedes tomarte el día libre.

— Bien, dedicaré el día a arreglar el piso que he alquilado. E intentaré no morirme de los nervios.

Como empujado por un hechizo, Nick tomó una mano para ayudarla a levantarse.

La habitación casi estaba a oscuras, apenas iluminada por la lamparita que había sobre el piano.

— No has debido venir esta noche.

— ¿Por qué?

— Porque pienso en ti demasiado, y no precisamente en los términos en los que debería pensar.

— Los tiempos cambian, y las personas también.

— Cierto, pero no siempre quieres que ocurra, y no siempre es para mejor. Esto no es para mejor.

Nick inclinó la cabeza sobre ella y la besó. Freddie esperaba un beso apasionado, pero no fue así. Fue un beso profundo, dulce y desesperado. Su cuerpo reaccionó como una vela que fuera consumiéndose poco a poco.

— He mentido — murmuró Nick —. Dije que no volvería a tocarte.

— Quiero que me toques.

— Lo sé. Pero creo que será mejor que vuelvas al hotel ahora mismo. Te llamaré en cuanto haya hablado con Valentine.

— Tú deseas que me quede — murmuró —. Quieres estar conmigo.

— No, no quiero —dijo con sinceridad—. Somos de la misma familia, y trabajamos juntos. No quiero complicar nuestra relación. Y en realidad, tú tampoco quieres. Ahora quiero que te marches y que digas a Río que te busque un taxi.

Freddie se sentía tan frustrada que tuvo deseos de gritar, pero la angustia de la mirada de Nick era tan evidente que dijo:

—Está bien, Nick. Esperaré hasta que me llames. Sin embargo, vas a pensar mucho en mí. Demasiado. Y te aseguro que serán pensamientos muy distintos a los del pasado.

Cuando Freddie cerró la puerta, Nick se sentó al piano. Se llevó las manos a la cara. Sabía que tenía razón.

Nada volvería a ser como antes.

## Capítulo 5

UNA cena dominical en la casa de los Stanislaski nunca era un acontecimiento solemne y tranquilo. Empezaba a última hora de la tarde, con el sonido de los gritos de los niños, las discusiones de los adultos y el ladrido de los perros. Y siempre se notaba el maravilloso olor que llegaba de la cocina.

La familia había crecido mucho, pero la casa de Brooklyn bastaba para todos ellos. Los niños se sentaban en el suelo o en el regazo de los mayores, y había juguetes por todas partes, sobre las bien cuidadas alfombras.

Cuando llegaba la hora de comer, todos se sentaban a la mesa sin dejar de charlar.

La casa de Mijail y Sydney en Connecticut era mucho más grande. El piso de Rachel y Zack, más cómodo; y el de Alex y Bess, más espacioso. Pero se mantenía la tradición de cenar en casa de Yuri y de Nadia.

Aquel era el lugar donde había nacido la familia. Y Freddie pensó que, independientemente del lugar donde vivieran, nunca dejaría ser el hogar de todos.

— Súbeme —exigió Laurel.

Freddie tomó a la niña y dejó que se sentara en su regazo. Tenía la sonrisa de su padre y la mirada fría de su madre.

— ¿Te gusta el piso que has alquilado?— preguntó Sydney.

— Me encanta. Y te agradezco que me hayas ayudado. Es exactamente lo que estaba buscando.

— Me alegro — dijo Sydney, mientras vigilaba a su hijo mayor, que andaba molestando a su hermana.

— Supongo que estarás buscando muebles...

— Bueno, de momento sólo he comprado un par de cosas. Ya me encargaré de arreglar el piso cuando me mude, la semana que viene.

— En el centro hay una tienda con muebles a muy buen precio. Te daré la dirección.

— ¿Zack?

— ¿Sí?

Zack estaba viendo un partido de fútbol en la televisión, pero al oír la voz de su esposa se fijó en su hijo, que estaba a punto de tirar una silla.

— Gideon, estate quieto.

El niño no hizo caso, así que su padre se levantó, lo tomó en brazos, y se lo lanzó a Rachel, que lo agarró en el aire.

— Por cierto, ¿dónde está nuestro temperamental Nick?

Freddie se estaba preguntando lo mismo.

— Supongo que llegará dentro de poco.

Nunca se pierde una comida. Hablé ayer con él.

Sin embargo, aún no sabía qué había dicho el productor de la obra. Y la espera la estaba volviendo loca.

De todas formas, estaba acostumbrada a esperar. No en vano, había estado esperando a Nick durante diez años.

Unos segundos más tarde se las arregló para escabullirse y se dirigió a la cocina. Bess estaba sentada en la mesa, dando los últimos toques a una ensalada mientras Nadia se encargaba del horno.

Era una cocina preciosa; y casi todas las superficies tenían algún dibujo, con colores muy vivos, cortesía de los nietos de Nadia. Siempre había alguien junto al horno, y siempre había una caja de galletas para los pequeños.

Se prometió que, algún día, ella tendría un hogar similar.

— Abuela — dijo Freddie —, ¿puedo ayudarte?

— No. Siéntate y toma una copa de vino. Ya somos demasiados en la cocina.

Bess guiñó un ojo a Freddie.

— Sólo me ha dejado que la ayude porque estoy aprendiendo a cocinar. Nadia piensa que necesito unas cuantas lecciones.

— Todos mis hijos cocinan — dijo Nadia.

— Nick, no — puntualizó Freddie.

— Bueno, no he dicho que todos cocinen bien — sonrió Nadia.

La abuela era una mujer pequeña, de pelo canoso y rostro sereno y feliz.

— Cuando aprendas — continuó, dirigiéndose a Bess —, podrás enseñar a tus hijos.

— No quiero ni pensarlo. La semana pasada, Carmen se tiró encima una bolsa de harina, y añadió varios huevos al experimento.

— Serás una buena profesora — sonrió Nadia —. Te daré las recetas que aprendí de mi madre. Por cierto, Freddie, ¿preparas el pollo al estilo de Kiev tal y como te enseñé?

— Sí, abuela. Cuando me haya instalado en el piso os haré una buena cena a ti y a papá.

En aquel momento oyeron que alguien había llegado a la casa. El nivel de las voces subió bastante. Nadia abrió el horno para comprobar su asado y dijo:

— Nick ya ha llegado. Comeremos en seguida.

— ¿Quieres beber algo, Bess? — preguntó Freddie.

— No me importaría un zumo de naranja— contestó.

Nick no tardó mucho tiempo en aparecer en la cocina. Llevaba un ramo de flores en una mano, y dos niños lo perseguían.

— Siento llegar tarde.

Nick le dio el ramo de flores a Nadia.

— Me has traído unas flores, así que no hace falta que te disculpes.

—Vaya, ha servido de algo.

— Eres un chico bastante malo — rió la mujer —. Anda, ve a ponerlas en agua. Y usa el jarrón bueno.

Nick abrió un armario, y el pequeño Kyle se acercó a él.

— Súbeme en brazos, por favor...

— Espera un momento...

— Kyle, deja en paz a Nick— dijo Bess.

— Pero mamá... antes tomó en brazos a Laurel.

— Pues espera tu turno — dijo Nick, mientras llenaba el jarrón para meler las flores —. ¿Qué tal estás, Freddie?

— Dímelo tú — contestó —. ¿Has sabido algo del productor?

— Es domingo, y estará con su familia en Hamptons, o en Bar Harbor. Sabremos algo dentro de unos días.

— Pero tiene que haber reaccionado de algún modo, no sé...

— No puedo decirte nada más.

— ¿Oyó la grabación?

— Sí.

— ¿Y qué dijo cuando la oyó?

— Nada en absoluto.

— Tuvo que decir algo — dijo entre dientes—. No sé, cualquier cosa.

Nick se encogió de hombros y quiso robar un trozo de zanahoria de la ensalada que estaba haciendo Bess. Pero Bess lo impidió por el procedimiento de darle un manotazo.

— Diablos, Bess, ¿quién va a notarlo?

— Yo. Intentó que la ensalada tenga buen aspecto. Toma este trozo que acabo de cortar.

— Muchas gracias. ¿Qué estabas diciendo, Fred? Ah, sí. Olvídate del asunto y concéntrate en tu piso. Te llamaré en cuanto sepa algo.

— ¿Quieres que me limite a esperar?

— En efecto. Y no quiero que se te ocurra la idea de llamar a Valentine. Sea o no amigo de tu familia, no acostumbro a actuar de ese modo.

— No veo qué tendría de malo que...

— He dicho que no.

— Eres un cabezota. Tía Bess, ¿a ti te parece mal que se utilicen los contactos, cuando se tienen?

Bess la miró y dijo:

— Creo que será mejor que me mantenga al margen.

En cuanto estuvieron a solas, Bess y Nadia se dedicaron a comentar el evidente interés que había entre Freddie y Nick.

— Parece que se gustan mucho — dijo Nadia —. Freddie hará que Nick se tranquilice un poco.

— Sí, y Nick la volverá menos mandona.

— Nick es un chico tan cariñoso... Necesita tener una familia.

— Los dos los necesitan.

— Eso es bueno.

Bess rió, tomó un poco de zumo y sentenció:

— Es magnífico.

Aquella fue la primera de una larga serie de conversaciones que incomodaron bastante a Freddie y a Nick.

Mucho más tarde, cuando Bess y Alex ya se habían metido en la cama de su casa, la mujer dijo:

— Alexi...

— ¿Sí? — preguntó —. ¿Necesitas algo? Aún quedan fresas en el frigorífico.

Bess estaba embarazada, y rara era la noche que no tenía algún capricho.

— No. En realidad, estaba pensando en Freddie y en Nick.

— ¿Y qué pensabas?

— ¿Crees que saben que están locos el uno por el otro, o imaginas que siguen sin saber muy bien lo que sienten?

— ¿Cómo?

— No sé en qué situación se encuentran. Pero estoy segura de que, habida cuenta de las circunstancias, debe resultar muy extraño para ellos.

— ¿Cómo sabes que están enamorados?

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que los escritores son tan observadores como los policías? ¿Es que no lo has notado? ¿No has notado cómo se miraban?

— Tal vez lo haya hecho — contestó, aunque aún no le agradaba del todo la idea —. Y alguien debería decírselo a Natacha.

— Alexi — suspiró su esposa —, comparados con las madres, los policías y los escritores no se enteran de nada. Por cierto, ¿qué habías dicho de unas fresas?

Al otro lado de la ciudad, Rachel y Zack estaban metiendo a los niños en la cama. Cuando cerraron la puerta del cuarto de la pequeña, Zack comentó:

— La niña cada vez se parece más a ti.

— Pero tiene tu mandíbula y es tan obstinada como tú.

Caminaron hacia el dormitorio de los chicos, que ya estaban durmiendo. La escena era tan entrañable que Rachel preguntó:

— ¿Estás seguro de que son nuestros?

— Me pregunto lo mismo todos los días. Esta noche pillé a Gideon mientras decía a uno de los chicos de Mijail que si ataban varias sábanas podrían subirse al tejado de la casa y salir volando a Manhattan.

— No sigas — se estremeció —. Es mejor que no sepa ciertas cosas. Por cierto, ¿qué te parece lo de Freddie y Nick?

— ¿Te refieres a que trabajen juntos? Me parece muy bien.

— No, me refiero a su relación amorosa.

— ¿Amorosa? — preguntó, asombrado.

— Claro. ¿Es que no te has dado cuenta?

— ¿De qué estás hablando?

— De que Freddie está enamorada de Nick. Y de que Nick siempre se mete las manos en los bolsillos cuando está a su lado, como si tuviera miedo de lo que pudiera pasar si la toca.

— Espera un momento... ¿Estás insinuando que se gustan?

— Desde luego — contestó, divertida —. ¿Qué te pasa, Muldoon? ¿Te preocupas por tu hermanito?

— No, bueno, sí — respondió, frustrado —. ¿Estás segura?

— Claro que lo estoy. Si no siguieras creyendo que Nick es un quinceañero, también tú te habrías dado cuenta.

— Es posible que ya me haya dado cuenta. Se comportó de forma muy extraña el día que Freddie salió con Ben.

— ¿Estaba celoso? Vaya, creo que me he perdido algo importante.

— Estuvo a punto de estrangularme por haberlos presentado —rió—. Caramba. Fred y Nick. ¿Quién lo habría pensado?

— Cualquiera persona con ojos en la Ella ha estado enamorada de Nick de siempre.

— Tienes razón, y desde luego es muy tinada. Creo que mi hermanito tiene un buen problema —sonrió—. Y hablando de amor, querida esposa...

Zack se inclinó sobre ella y murmuró a su oído.

— Vaya, vaya. Una sugerencia muy interesante, Muldoon. ¿Quieres que la discutamos en el dormitorio?

— Pensé que nunca lo ibas a decir.

Sydney estaba tumbada en la cama, al lado de su marido, en la casa de Connecticut. Su corazón aún latía a toda velocidad. Después de muchos años de matrimonio, aún no se había acostumbrado al placer que Mijail era capaz de dar. Y esperaba no acostumbrarse nunca.

— ¿Tienes frío? —preguntó él.

— ¿Bromeas? Eres tan atractivo, Mijail...

— Oh, no empieces otra vez.

— Te amo, Mijail —dijo, besando su pecho.

— Ya has empezado otra vez —suspiró—. Por cierto, ¿crees que tendremos que planear otra boda dentro de poco?

Sidney no preguntó sobre la boda a la que se refería. Sabía muy bien de qué estaba hablando.

— Nick aún no sabe lo que quiere. En cuanto a Freddie, sabe que está enamorada de él. Pero tampoco ha pensado demasiado en ello. Es maravilloso ver cómo se miran.

— Me recuerda a otra época. Y a otra pareja —murmuró.

— ¿Ah, sí? —sonrió.

— Eras muy obstinada.

— Y tú, muy arrogante.

— Es cierto —aceptó, nada ofendido—. Y si no hubiera sido tan arrogante, ahora serías una solterona que sólo viviría para su trabajo. Pero te salvé.

Sydney se puso sobre él y preguntó:

— Y ahora, ¿quién va a salvarte a ti?

Freddie descolgó el teléfono de su nuevo apartamento y marcó el número, nerviosa.

Sabía que su padre estaría en clase; pero podría hablar con su madre.

— Adivina quién soy. Sí, soy yo, mamá —rió—. Es—maravilloso, sí... en efecto, los vi el domingo, durante la cena... La abuela hizo un magnífico asado. No, no olvidado su aniversario... ¿Un regalo? ¿De papá? Sí, claro que me quedaré con vosotros todo el día. Pero, ¿de qué se trata?

Freddie alzó los ojos, mientras su escuchaba a su madre.

— Bueno, tendré paciencia. Sí, he recibido las cosas que enviaste. Muchas gracias, mamá. Sí, voy a comprar una cama... pensaba comprar una como la que hay en mi dormitorio. De ese modo, me sentiría

como en casa. Ah, y dile a Brandon que aún no he ido a ver ningún partido de béisbol. Pero tengo entradas para el ballet.

Freddie había comprado dos entradas, con intención de llevar a Nick.

— Ah, espera un momento, mamá. Alguien está llamando al portero automático. No cuelgues, ¿vale?

— ¿Señorita Frederica Kimball? Traemos algo para usted.

— ¿Abuelo?

— ¿Quién si no? ¿Pensabas que era Frank Sinatra?

Freddie pulsó el botón para que pudiera entrar, abrió la puerta y acto seguido volvió al teléfono.

— Sí, es el abuelo. Supongo que querrá hablar contigo, si tienes tiempo. Tendrías que ver el precioso ascensor del edificio... sí, uno de esos viejos ascensores del siglo pasado. Ah, y mi vecina es una poeta que siempre viste de color negro y anda descalza por toda la casa... Ah, ya han llegado... ¡Abuelo!

Yuri no estaba solo. Tras él apareció Mijail, que llevaba una enorme caja.

— Son herramientas de cocina —dijo Mijail—. Tu abuela teme que no tengas nada para cocinar.

— Gracias. Mamá está al teléfono.

— Deja que hable con ella —dijo Mijail.

Yuri abrazó a Freddie y preguntó:

— ¿Qué tal estás?

— Muy bien —contestó.

Yuri era un hombre alto y fuerte. Olía a tabaco, a menta y a sudor, como siempre. Freddie siempre había asociado aquel olor a la seguridad del hogar.

— Vaya, ya veo que necesitas unas cuantas estanterías...

— Bueno, estaba pensando que si conociera a algún carpintero que tuviera tiempo...

— Yo me encargaré de eso. Pero, ¿dónde están los muebles?

— Estoy comprándolos poco a poco.

— Tengo una mesa en el taller que podría quedar muy bien aquí.

Yuri caminó hacia las ventanas y comprobó todas las cerraduras. Estaba echando un vistazo a las encimeras de la cocina cuando apareció Nick.

— ¿Has venido a ayudarnos con las cajas?— preguntó Yuri.

— No —contestó Nick, que llevaba una violeta africana consigo—. He venido a traer un regalo a Freddie.

Freddie no se habría sentido más contenta si se hubiera inclinado ante ella para ofrecerle un anillo de compromiso.

— Es preciosa, Nick, muchas gracias.

— Recordé que te gustaban mucho las plantas y supuse que te gustaría tener una —dijo, mirando a su alrededor—. Pensé que habías dicho que era un piso pequeño.

Nick pensó que era un piso suficientemente grande para dos personas. Pero de inmediato dejó de pensar en ello.

— No deberías dejar la puerta abierta —continuó.

— Bueno, no puede decirse que esté precisamente sola.

— Yuri, Tash quiere hablar contigo. Fred, ¿tienes algo de beber?

— Sí, en el frigorífico —contestó a Mijail, para dirigirse después a Nick—. ¿Has venido para dar tu aprobación al piso?

— Más o menos —contestó el músico—. ¿Dónde piensas dormir?

— Estoy esperando que me traigan un sofá cama. Quiero una cama de verdad, pero necesito tiempo para buscar.

— Será mejor que cierres bien esas ventanas. La escalera de incendios es un peligro.

— No soy tonta, Nicholas.

— No, pero eres algo ingenua. Y tienes que cambiar la cerradura de la entrada.

— El cerrajero vendrá a las dos. ¿Alguna otra cosa?

Nick se limitó a mirarla. Estaba a punto de contestar cuando sonó nuevamente el telefonillo. Al parecer, Freddie estaba a punto de recibir más paquetes.

— Probablemente sean los del sofá —dijo la mujer.



Nick encendió un cigarrillo y buscó un cenicero para echar la ceniza.

Sin embargo, no se trataba del sofá. Freddie se quedó paralizada cuando vio a tres hombres que cargaban un enorme piano.

— ¿Dónde quiere que lo pongamos, señorita?

— Oh, Dios mío. Oh, Dios mío...

— Pónganlo ahí —dijo Nick—. Es un Steinway. Como de costumbre, sólo queremos lo mejor para ti.

— Oh, cállate, Nick — dijo, entre lágrimas. Freddie le quitó el teléfono a Yuri para poder decirle a su madre lo que había pasado.

Mientras tanto, los hombres siguieron con sus ocupaciones. Treinta minutos más tarde, Nick se maldijo a sí mismo por haber permanecido en la casa cuando todos los demás, excepto Freddie, se habían marchado.

La joven no dejaba de tocar su nuevo piano.

— Déjalo ya, ¿quieres?

— A algunas personas no nos importa expresar nuestras emociones. Además, vamos a trabajar juntos en este sitio. Si aún quieres.

Nick se acercó y se sentó a su lado.

— Ahora te enseñaré cómo se hace una canción decente. Escucha esto.

El músico empezó a tocar. Al cabo de un rato, dijo:

—Ah, por cierto, les gustó mucho el tema, Valentine me dijo que Maddy estaba encantada, y que quería más canciones. Le gustó mucho la canción de amor. Aunque, claro está, se enamoró sobre todo de mi música.

— Sí, claro...

—No empieces a quejarte. Eres una profesional.

—Soy una compositora. Y los dos formamos un equipo.

—Eso parece. Pero tienes que dejar de ponerte eso.

—¿A qué te refieres?

— A ese perfume. Me distrae.

— Me gusta «distraerte».

Nick tuvo que resistirse al impulso de besarla apasionadamente.

— Freddie... mantenemos una relación profesional, y no quiero estropear las cosas con...

— ¿Con qué?

—Con asuntos de hormonas — respondió —. Hace tiempo que pienso con la cabeza, y no con lo que tengo entre las piernas. Tú deberías hacer lo mismo.

Freddie se humedeció los labios con la lengua.

— ¿Quieres decir que te excito, Nick?

— Cállate — se levantó—. Creo que será mejor que establezcamos ciertas normas.

—Muy bien — sonrió —. ¿Qué tipo de normas?

— Ya las conocerás. Mientras tanto, quiero que recuerdes que somos socios, pero nada más. Simples profesionales que trabajan juntos.

Nick estuvo a punto de estrechar su mano para sellar el pacto, pero no lo hizo. Su contacto podía resultar muy peligroso. Sus manos eran demasiado suaves y sensibles.

—Es cierto, somos profesionales — dijo, cruzándose de piernas—. Entonces... ¿cuándo empezamos, socio?

## Capítulo 6

NICK sabía muy bien que Freddie no estaba concentrada en el trabajo. Habían estado trabajando juntos durante dos semanas, pero a medida que se acercaba el día del aniversario de Nadia y de Yuri, y por tanto la visita de su familia, su trabajo se iba resintiéndolo más.

No quería echárselo en cara. Pero había perdido completamente la concentración y no estaban consiguiendo avanzar. Pasaba todo el tiempo hablando sobre los canapés que tendría que preparar Río, sobre la lámpara que había comprado para su salón, o sobre temas similares.

—¿Por qué te no te vas de compras y de paso te haces la manicura o te dedicas a hacer algo realmente importante?

Freddie lo miró con cara de pocos amigos y miró su reloj. Faltaban tres horas para que llegara su familia.

— No creo que se hunda el mundo si me tomo libre una tarde.

— Tenemos un trabajo que hacer, y me lo tomo en serio.

—Yo también. Sólo estaré fuera unas horas.

—Sí, claro, unas horas aquí y unas horas allá — dijo, sin mirarla —. Ya te has tomado muchas horas libres durante los últimos días. Debe de resultarte muy difícil conciliar tu vida social y tu divertimento. ¿Por qué no intentas hacer tu trabajo? Estoy harto de hacer las cosas por ti.

—Estoy aquí, ¿no es verdad? No tienes que hacer nada por mí.

—Pues intenta concentrarte un poco. Algunos no contamos con el dinero de nuestros papás, y tenemos que trabajar para vivir.

—Eso no es justo.

—Es la verdad. Y no quiero una socia que sólo quiere trabajar cuando le apetece, o cuando no tiene nada en su apretada vida social.

—He estado trabajando tan duro como tú. Siete días a la semana durante las últimas tres semanas.

— Excepto cuando te marchas de compras o tienes que ir a tu apartamento para esperar a que te envíen una cama.

— No habríamos perdido tanto tiempo si no te hubieras opuesto a trabajar en mi casa.

— Sí, habría sido maravilloso. Trabajar en un mar de polvo mientras Yuri se encarga de hacer unas estanterías.

— Necesito estanterías. Y no fue culpa mía que la cama llegara tres horas tarde. Terminé el coro del primer solo del segundo acto mientras esperaba.

— Ya te he dicho que necesita un retoque.

— Está bien así.

— No está bien.

— De acuerdo, lo retocaré. Pero sería más fácil si la melodía no fuera tan mala.

— No me digas que la canción es mala. Si no eres capaz de encontrar la letra adecuada, lo haré yo.

—Ah, ¿de verdad? — preguntó con ironía —. Vamos, Lord Byron, demuestra tu talento literario.

—No te hagas la culta, Fred —espetó, mirándola con intensidad—. Ni la universidad a la que fuiste, ni tus contactos, harán de ti una compositora. Te estoy dando una oportunidad, y deberías aprovecharla.

— Eres un maldito egocéntrico — gruñó, furiosa —. Ni siquiera te necesito. Además, si no estás satisfecho con mi manera de trabajar, o con los resultados, habla con el productor.

Freddie se dio la vuelta y recogió el bolso.

—¿A dónde crees que vas?

— A hacerme la manicura.

— Aún no hemos terminado. Siéntate y haz lo que tienes que hacer.

—Vamos a dejar algo claro, de una vez por todas. Somos socios. Socios, Nicholas, lo que significa que no eres mi jefe. He tolerado tu mal humor y tus vicios porque supuse que eran buenos para tu creativi-

dad. Trabajo en tu casa, hago lo posible para acoplarme a tu horario y hasta intento mejorar canciones de segunda categoría. Pero no aceptaré insultos ni amenazas.

— Nadie te ha amenazado. Todavía. Y ahora, si eres capaz de tranquilizarte un poco, volvamos al trabajo.

Nick no esperaba aquella reacción. Freddie le dio un codazo en el estómago, y antes de que pudiera reaccionar, ya había abierto la puerta.

— Vete al infierno — dijo, como única despedida.

Nick quiso seguirla, pero no lo hizo. Tenía ganas de estrangularla, o de besarla. Y en cualquiera de los dos casos, habría cometido un error.

Mientras regresaba al piano, se preguntó qué le estaría sucediendo. Siempre había sido una chica agradable y con buen genio, pero al parecer no soportaba ninguna crítica.

El coro necesitaba un buen arreglo. Sus letras eran cada vez peores.

Disgustado, se frotó las sienes. Pensó que tal vez había sido demasiado duro con ella, pero necesitaba que alguien le dijera la verdad. La habían mimado toda su vida, y era perfectamente capaz de olvidarse del trabajo sólo por atender a su vida social.

Frunció el ceño y miró a su alrededor. Freddie tenía razón en una cosa: aquel lugar era un verdadero desastre.

Las paredes necesitaban urgentemente una buena mano de pintura, pero podía encargarse de ello en un fin de semana. A fin de cuentas podía trabajar en cualquier sitio. No necesitaba un palacio, como ella.

Le irritaba que su propia casa hubiera empezado a parecerle un lugar sucio y pequeño por culpa de aquella mujer. Pero, a pesar de todo, era su casa y no necesitaba que nadie le dijera cómo tenía que vivir.

Decidido a olvidarse del asunto, se sentó al piano y empezó a tocar. Pero no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que la canción, como había dicho Freddie, era bastante mala.

Freddie estaba dando los últimos toques a su piso, antes de que llegara su familia. Se arrepentía de no haber alquilado una casa más grande, para que no tuvieran que marcharse a dormir con Alex y Bess.

Sin embargo, iban a estar un rato en la casa, y quería que todo saliera bien, que todo estuviera perfecto.

Pensó que aquel era el peor de sus problemas. La perfección. Nunca le satisfacía nada si no era totalmente perfecto. No se contentaba con algo maravilloso, ni bueno. No se contentaba con nada que no fuera perfecto, y hasta se había enfadado con Nick por la misma razón.

Se dijo a sí misma que se lo merecía. Había conseguido que se sintiera una niña mimada, y sus palabras le habían hecho daño. Lo amaba, y necesitaba su respeto. Pero Nick no parecía darse cuenta de lo que sentía por él.

Estaba junto al hombre que amaba, pero su corazón sufría. Estaba trabajando con él, pero el miedo al fracaso pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Nick no sabía que, si fallaba como su socia, fallaría en todo lo que deseaba. Para ella no se trataba de un simple trabajo, y desde luego, no era ningún divertimento. Se trataba de su vida.

Inquieta, intentó concentrarse en la velada que tenía por delante.

Todo tenía que salir bien, y saldría bien. Sería maravilloso que toda la familia asistiera para celebrar el aniversario. Era tan importante para ella que había planeado perfectamente el evento. Había escogido las flores, ayudado a Río a preparar el menú y trabajado a destajo en infinidad de detalles.

Aquella mañana, mientras Nick dormía, se había encargado de decorar el bar. Zack, Rachel y ella misma se dedicaron a limpiar todas las superficies mientras Bess colgaba los globos y Alex ayudaba en lo que podía.

Sydney y Mijail pasaron más tarde para echar una mano a Río con la comida.

Todo el mundo había ayudado. Todos, menos Nick.

Pero no quería pensar en él. Tenía que con—centrarse en el aniversario de sus abuelos.

En aquel instante sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Somos nosotros.

— ¡Papá! Llegáis muy pronto. Subid. Es en el quinto piso.

Freddie corrió hacia la puerta, quitó la cadena y se dirigió al ascensor, incapaz de esperar.

Segundos más tarde aparecieron su padre, su madre, Brandon y Katie.

— Tienes una casa preciosa — dijo su hermana Katie, cuando entraron en el piso —. Hay una academia de baile al otro lado de la calle. Puede verse desde la ventana.

— Vaya cosa —dijo Brandon—. ¿Dónde está la comida?

—Está preparada, no temas — dijo Freddie, mientras lo besaba —. Papá... me alegro tanto de verte. Te he echado de menos. Os he echado de menos a todos.

— La casa no es la misma sin ti — dijo Natacha —. Pero fijaos en ella... está preciosa. Spencer, ¿dónde está nuestra pequeña?

—Se ha convertido en una mujer —dijo su esposo—. Por cierto, Freddie, te hemos traído un pequeño regalo.

— ¿Más regalos? —rió la joven—. Aún no tengo tiempo de disfrutar del piano. Es maravilloso, papá. Muchas gracias.

—Y lo has puesto en el lugar perfecto — declaró el hombre, admirándolo.

Fred estuvo a punto de decir que había sido Nick el que había elegido el lugar, pero no lo hizo.

— Cualquier lugar habría sido perfecto.

En aquel momento oyeron la voz de Katie, que los llamaba desde el dormitorio.

— Mamá, papá... venid a ver esto.

—Es mi cama — dijo Freddie a sus asombrados padres —. Llegó ayer.

Era una cama magnífica, de hierro forjado.

— Vaya —dijo Brandon.

—Es preciosa, ¿verdad?

— Como de un cuento de hadas —contestó su madre.

—Exacto. El abuelo ha hecho las estanterías. En cuanto al espejo, lo compré en un anticuario del centro. Aún no he encontrado un escritorio.

—Has hecho muchas cosas en menos de un mes —observó su padre—. He oído que Nick y tú habéis avanzado mucho.

—Sí, bueno...

Freddie sonrió de forma forzada y los llevó al salón. Brandon ya se había acomodado en el sofá, y Katie no dejaba de mirar por las ventanas.

— Aún tengo que cambiarme de ropa para ir a la fiesta — dijo Fred—. Tenemos que llegar pronto. ¿Tienes los billetes, papá?

—Sí, en el bolsillo de la chaqueta. Dos billetes para París, con la vuelta abierta, y las reservas en el hotel Ritz.

—Los abuelos en París —murmuró Natacha—. Después de tanto tiempo, por fin podrán ir.

—No es tan excitante como viajar por las montañas en una carreta — dijo su marido.

— No —sonrió—. Pero creo que lo preferirán. Creo que tú y los chicos deberíais ir al bar para ver si Nick y Zack necesitan ayuda. Yo me quedaré aquí con Freddie.

Spencer la miró con curiosidad, pero asintió.

— Muy bien.

Cuando se marcharon, Natacha se dirigió a su hija y dijo:

—Enséñame lo que vas a ponerte esta noche.

Freddie le enseñó el vestido de seda.

— Cuando lo compré, pensé que sería la mujer más atractiva de la ciudad. Pero, después de verte, imagino que tendré que contentarme con ser la segunda.

Natacha rió.

— No menciones nada sobre ser la mujer más atractiva de la ciudad. Tu padre aún no se ha acostumbrado a la idea de que te marcharas. Te echa de menos, y yo también— confesó—. Pero los dos estamos orgullosos de ti. Y no sólo por tu trabajo, sino por tu manera de ser.

Natacha se sorprendió muchísimo cuando su hija se sentó en la cama y empezó a llorar.

—¿Qué te ocurre, cariño?

— Lo siento. Es que llevo una semana muy dura... no sé, creo que es posible que sea una niña mimada.

—¿Mimada? Tú no eres una niña mimada. ¿Quién ha metido esa estúpida idea en tu cabeza?

— Oh, mamá... hoy he tenido una discusión horrible con Nick.

— Bueno, a veces nos peleamos con las personas que queremos. No deberías darle importancia.

— Pero nos dijimos cosas terribles. No parece que me respete, ni que respete lo que hago. Y en lo que a mí respecta, actúo como si todo fuera un juego porque sé que podría volver con vosotros si fuera necesario.

—Y podrías, desde luego. Para eso está la familia. Pero eso no quiere decir que no seas fuerte, que no seas capaz de cuidar de ti misma.

—Lo sé, lo sé. Pero Nick piensa... Oh, ojalá no me importara tanto lo que piensa. Pero lo amo.

— Lo sé.

—No, mamá... No me refiero a que lo quiera, como quiero a los demás. Lo amo.

— Sí, lo se — dijo, acariciando su pelo —. ¿Crees que no me había dado cuenta? Hace años que dejaste de amarlo como una niña. Y ciertas cosas duelen.

Freddie apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

— No sabía que fuera tan difícil. Y fíjate en mí... llorando como una tonta.

— Tienes sentimientos, ¿no? Pues, entonces, tienes derecho a expresarlos.

Freddie sonrió.

— Desde luego, los he expresado, y en voz muy alta, esta tarde. Le dije que era un egocéntrico.

—Lo es.

Freddie rió y se levantó.

—Es verdad, pero también es amable, generoso y encantador. Aunque se empeña en parecer muy duro.

— Su vida no ha sido muy fácil, cariño.

—Y la mía, en cambio, sí. Papá trabajó muy duro para que yo tuviera una casa decente. Y luego, llegaste tú y completaste el círculo. Tú y toda la familia. En cambio, Nick casi era un hombre cuando aparecimos en su vida. Pero lo amo.

—Entonces, tendrás que aprender a aceptarlo tal como es.

— Empiezo a darme cuenta. Había trazado un plan para lograr mis objetivos, pero las cosas no son tan fáciles. No es tan sencillo que un hombre se enamore de una.

—¿Creías que iba a ser fácil?

—Sí. Pero ahora no sé qué hacer.

— Sé tú misma. Sé fiel a ti misma y a tu corazón. Y, sobre todo, ten paciencia. Deja de presionarlo y espera. Si se acerca a ti, tendrás lo que quieres.

—Paciencia — repitió ella, suspirando —. Supongo que podría intentarlo. Mamá... ¿soy mandona?

—Un poquito, sí.

—¿Y obstinada?

— Puede que más que un poquito.

Freddie sonrió.

— ¿Y eso es malo, o bueno?

— Las dos cosas — contestó —. Pero ahora ve a lavarte la cara. Supongo que querrás arreglarte, y hacer que Nick sufra un poco...

— Buena idea.

Nick estaba decidido a no pensar en ella. Era el aniversario de los abuelos, y no merecían que se preocupara por Freddie.

Pero se sentía culpable. Sobre todo, cuando bajó las escaleras y comprobó el trabajo que había hecho en el bar. Si le hubiera pedido su ayuda, se la habría dado. Pero no lo había hecho.

De todas formas, él nunca habría pensado en la multitud de detalles decorativos. No habría pensado en poner globos, ni flores, ni velas en las mesas. Ahora comprendía que debía haber tardado mucho tiempo en organizarlo todo, y supuso que debería haber sido más paciente con ella.

— ¿Has probado las albóndigas, Nick?

Nick se dio la vuelta y sonrió a Brandon.

— Estuve a punto de comérmelas todas.

—A Río no le habría hecho mucha gracia. ¿Has visto la cama de Freddie?

— ¿La cama? No, claro que no.

— Es preciosa, y gigantesca — dijo Brandon—. ¿Quieres una cerveza?

— Bueno.

Nick se dirigió al bar y abrió una botella.

—Yo también quiero.

—De eso nada, eres muy joven.

Natacha estaba imponente. Llevaba un vestido de seda rojo, pero Nick no dejaba de mirar a Freddie.

Se había puesto un vestido gris que parecía brillar como la luna y que marcaba su preciosa figura. Por si fuera poco, no podía dejar de pensar en la cama a la que se había referido Brandon.

Natacha lo vio y se dirigió a él para abrazarlo. Fred se limitó a sonreír de manera distante.

—¿Es nuevo el traje? — preguntó Freddie.

Nick se había puesto un traje negro que le quedaba muy bien.

— Sí. Supuse que la ocasión lo merecía.

Sin embargo, no se había puesto una corbata. A pesar de todo, estaba muy atractivo con el cuello de la camisa abierto y la cerveza en la mano. Pero se dijo que no merecía sus cumplidos.

— Estás muy atractivo — dijo Natacha.

— Gracias.

— Todo está muy bien, de hecho. Me divertí mucho organizando la fiesta — declaró Freddie.

— Has hecho un gran trabajo —dijo Nick—. Se nota que te has esforzado. Pero habrás necesitado mucho tiempo...

— Bueno, hay quien piensa que el tiempo me sobra. Brandon, ¿puedes echarme una mano? Mijail aparecerá en cualquier momento con los abuelos.

— No vendrán con él —dijo Nick.

—¿Qué quieres decir? Le dije que los acompañara.

— Pero yo cambié los planes. Llegarán en una limusina.

— ¿En una limusina? — preguntó, atónita.

—Alguien que no recuerdo me dio la idea —explicó—. A fin de cuentas, es su aniversario. No es como si fueran, simplemente, a cenar.

—Un gesto muy considerado por tu parte, Nicholas — acertó a decir Freddie —. Estoy segura de que lo agradecerán. Además, no se tarda mucho tiempo en descolgar un teléfono y alquilar un coche. En fin, voy a ver si puedo ayudar a Río.

Nick gruñó y dejó la cerveza a un lado. Al parecer, iba a ser una noche muy larga.

## Capítulo 7

A FREDDIE le molestaba bastante no poder odiar a Nick. Apenas conseguía estar irritada con él. Había tantas personas en el bar, y la fiesta estaba saliendo tan bien, que se encontraba de muy buen humor.

Pero no podía seguir enfadada con él después de lo que había hecho por sus abuelos.

En cualquier caso, no era ni el momento ni el lugar más adecuado para pensar en ello.

Lamentablemente, Nick ni siquiera se había dignado a sacarla a bailar. Había bailado con sus tías, con su madre, con Nadia, con multitud de amigas de la familia y, por su puesto, con la bellísima Lorelie. No obstante, estaba dispuesta a jugar la partida en sus términos.

—Una fiesta maravillosa —dijo Ben, de repente.

— Desde luego —sonrió—. Me alegra que hayas venido.

— No me la habría perdido por nada del mundo. Conozco a la familia de Zack desde hace años. Son maravillosos.

— Son los mejores —declaró—. Los mejores.

En aquel momento, Ben tropezó y estuvo a punto de pisarla.

— Lo siento. Al parecer, las clases de baile no me han servido para mucho.

— Lo estás haciendo muy bien. ¿Has probado la comida? Río se ha esmerado esta vez.

— En tal caso, podíamos ir a comer algo.

Nick contemplaba la escena, frunciendo el ceño. No le agradaba que Freddie estuviera coqueteando con Ben. Cualquiera, excepto su amigo, se habría dado cuenta de que en realidad no estaba interesada en él.

Sólo lo hacía para molestarlo.

—Nick, cariño... —dijo Lorelie—. No estás prestando atención. Me siento como si estuviera bailando sola.

Nick hizo un esfuerzo y sonrió.

— Me preguntaba si debería ir a echar una mano en el bar...

— Estuviste hace cinco minutos, pero bueno... ¿por qué no me traes una copa de champán?

Lorelie era una mujer inteligente, y sabía cuándo no le estaban prestando atención. Por atractivo que fuera Nick, sabía tomárselo con filosofía. No en vano, no estaba loca por él.

— Por supuesto.

Nick se marchó, bastante aliviado. Lorelie se había pasado la noche pegada a él, tan posesiva como la hiedra con un árbol. No le gustaba la situación, pero no quería hacerle daño. La experiencia le decía que las mujeres no se tomaban muy bien las negativas. Tendría que hacerlo con delicadeza, y cuanto antes, mejor para los dos. La decisión que acababa de tomar mejoró su humor mientras abría la botella de champán.

— ¿Cómo es que no has tocado nada? —preguntó Yuri—. ¿Eres pianista, o no?

— Lo soy, pero me tienen muy ocupado.

— Quiero que toques. Es mi fiesta, ¿recuerdas?

—Entonces, tocaré. Toma la botella, pero no te la bebas. ¿Ves a aquella morena? ¿La que tiene unas grandes... una gran personalidad?

Yuri sonrió.

—Sí, desde luego que la veo.

—Pues llévasela. Explícale que estaré tocando un rato, y no seas demasiado «encantador» con ella.

— De acuerdo.

Nick se dirigió hacia el piano, dispuesto a divertirse un rato. Pero su sonrisa se desvaneció cuando vio que Freddie se había sentado frente al instrumento.

— Estás sentada en mi sitio.

— Quieren que toquemos los dos.

— De eso, nada.

— Es la fiesta del abuelo.

— Supongo que sí — gruñó.

Nick se sentó a su lado, pero evitó rozarla.

— ¿Qué quieren que toquemos?

— Algo de Cole Porter, o de Gershwin.

— Bueno, podemos empezar con *Embraceable You*.

Freddie se encogió de hombros y empezó a cantar la canción.

Veinte minutos más tarde, estaba tan concentrada en las canciones que se había olvidado de su enfado.

Nick también se estaba divirtiendo. Freddie sabía cómo improvisar, y lo seguía muy bien. Pero su perfume lo estaba volviendo loco.

— Puedes marcharte un rato si quieres. Puedo seguir tocando yo. Ben se sentirá muy solo...

— ¿Ben? — preguntó ella, sorprendida —. Ah, sí, claro. Creo que sobrevivirá sin mí. Pero tú puedes descansar si quieres. Lorelie te echará de menos.

— No es muy posesiva — mintió.

— ¿De verdad? Cualquiera lo diría. Se ha pasado toda la noche a tu lado. Aunque algunos hombres... eh, fíjate en eso.

Al parecer, Ben y Lorelie habían decidido presentarse por su cuenta y se estaban dedicando a pasar un buen rato.

— Está sentada en su regazo... — dijo ella.

— Ya lo veo.

— ¿No te parece que hacen una preciosa pareja? — sonrió.

— Adorable — sonrió Nick, a su vez —. Mira, ahora van a bailar.

— Peor para ella. Ben es un buen tipo, pero baila horriblemente mal. Estuvo a punto de dislocarme el brazo.

— No te preocupes, Lorelie se las arreglará. Pero será mejor que toquemos algo más tranquilo, antes de que Yuri termine matándose.

Nick cambió de tema y empezó con *Someone To Watch Over Me*. Freddie suspiró. Siempre le habían encantado las canciones románticas. Se dejó llevar por las notas y miró a Nick.

— Fue un bonito detalle que alquilaras esa limusina.

— Tampoco es para tanto. Una simple llamada telefónica, como dijiste.

— Pero no se trata sólo del coche. También están las flores que compraste, y el caviar, y el vodka... has sido muy atento.

— Supuse que les gustaría. Por cierto, sé que estuve un poco duro contigo. Debí tener en cuenta el tiempo que has tardado en preparar la fiesta y en arreglar tu casa. Aunque no comprendo cómo pudiste tardar tanto en comprar una simple lámpara.

— ¿Por qué no sigues disculpándote? — preguntó, encantada.

— Has hecho un gran trabajo con la fiesta.

— Gracias. Y tú has sido tan amable que te perdono.

— No lo decía por...

Nick no pudo terminar la frase. Freddie se levantó y se marchó. Al cabo de unos segundos, Spencer ocupó su lugar.

— Mujeres — dijo Nick.

— Exacto. Freddie se ha convertido en una mujer independiente y muy atractiva.

— Era una niña maravillosa. No debiste permitir que creciera.

Spencer asintió y miró a Nick. Pensó en la relación que mantenía con su hija y sintió cierta tristeza al pensar que ya no era ninguna niña. Pero, al mismo tiempo, se sintió orgulloso.

Nick y Spencer empezaron a tocar, al alimón, un tema de Ray Charles.

— Los chicos ya empiezan a venir a casa para salir con mi hija, con Katie...

— No lo permitas — dijo Nick —. Si tuviera una hija, no lo permitiría.



— La vida es así y no puedes hacer nada para evitarlo. ¿Sabes una cosa? Me tranquiliza pensar que cuidas de Fred. Me preocuparía bastante más si no supiera que estás a su lado.

— Sí, bueno... — dijo, incómodo—. ¿Me perdonas si voy a tomar algo?

— Claro.

Spencer sonrió para sus adentros y siguió tocando.

Natacha puso las manos sobre sus hombros y murmuró:

— No has debido tomarle el pelo de ese modo.

— Como padre, tengo que hacer de su vida un infierno. Y con la práctica que estoy adquiriendo, imagina cómo seré cuando le llegue el turno a Katie.

— No quiero ni pensarlo.

La fiesta terminó hacia las dos de la madrugada. Sólo quedaron Freddie, Nick, y unos cuantos miembros de la familia. Fred miró a su alrededor, satisfecha.

Parecía que habían librado una batalla en aquel lugar.

El suelo estaba sucio; las mesas, destartaladas; y de la preciosa tarta de cinco pisos que había preparado Río sólo quedaban las sobras. Había copas y vasos por todas partes. Alguien se había dedicado a levantar una pirámide con copas de champán, bastante impresionante. Un número incontable de servilletas se acumulaba por todas partes, y hasta descubrieron un zapato de tacón alto, de color dorado.

Se preguntó cómo era posible que su dueña se hubiera marchado sin darse cuenta. Zack estaba apoyado en la barra del bar. Sonrió y dijo:

— Parece que todos se han divertido.

—Es cierto — dijo Rachel —. Yuri se marchó bailando, y aún puedo oír esas canciones ucranianas.

— Tú cantaste unas cuantas — dijo Zack.

—El vodka me afecta demasiado. ¿No os pareció maravilloso? Se alegraron mucho cuando recibieron el regalo.

— La abuela lloró — murmuró Freddie.

— Y Yuri no dejaba de decir que se tranquilizara. Mientras lloraba él mismo —dijo Nick.

—Fue una idea magnífica — comentó Rachel —. Maravillosa, romántica, perfecta.

—Sabía que queríamos regalarles algo especial. Pero no lo habría pensado si mi madre no hubiera mencionado el asunto.

— No pudiste elegirlo mejor — dijo Rachel —. En fin, voto para que dejemos las cosas como están y limpiemos mañana por la mañana.

— Estoy de acuerdo —dijo Zack, tomando su mano—. Las ratas abandonan el barco.

— Marchaos — dijo Freddie —. Yo me quedaré.

Rachel se sintió culpable y dijo:

— Supongo que podríamos...

— No, de eso nada, Marchaos a casa. Tenéis que cuidar de vuestros hijos. Pero yo no tengo ese problema.

—Una hora más no importará — dijo Zack.

Rachel comprendió lo que sucedía, así que no insistió más.

— Bueno, en tal caso nos marchamos.

—Pero...

Rachel pisó a Zack, que se dio por aludido.

—Oh, bueno, tienes razón. Tenemos que echar un vistazo a los niños. Además, estoy muy cansado —dijo, fingiendo un bostezo—. Terminaremos de limpiar mañana, si dejáis algo por hacer. Buenas noches, Freddie.

Buenas noches, Nick.

— Hasta luego — dijo Nick.

Cuando se marcharon, el músico preguntó:

—¿No te ha parecido que Zack actuaba de forma extraña?

— Estaba cansado, nada más.

— No, no era eso. Era algo raro. Pero ahora que lo pienso... creo que tenían razón. Es tarde. ¿Por qué no nos marchamos y limpiamos mañana?

— Márchate tú si estás cansado — dijo, mientras caminaba hacia la cocina —. No podría dormir dejando el bar tan sucio.

—Eh, te aseguro que yo no soy el único culpable del desorden.

— ¿Has dicho algo? — preguntó, ya en la cocina.

— No, nada.

Nick la siguió. Freddie estaba llenando el lavaplatos.

— Si dejas los platos en la pila no irás al infierno, te lo aseguro.

—Pero tampoco me darán un premio. Vete a la cama. Yo me encargo de todo.

— Bueno, te ayudaré.

Estuvieron trabajando durante veinte minutos, en silencio. Por alguna razón, Freddie se sintió mucho mejor cuando limpiaron los restos de comida y dejaron limpio y reluciente el bar. Nick no parecía estar tan contento con la labor, pero su humor había mejorado bastante.

— Lorelie y Ben se han marchado juntos.

— Ya veo que te fijas en todo —dijo Nick—. Se divertieron, como todo el mundo.

— No estás triste, ¿verdad?

Nick se encogió de hombros.

— Lorelie y yo no teníamos nada serio.

Freddie sintió una inmensa alegría, pero lo disimuló y se dedicó a subir las sillas a las mesas mientras Nick fregaba el suelo.

— Bueno, creo que será mejor que lo dejemos. Si limpiamos más, Zack pensará que no lo necesitamos, y no quiero herir sus sentimientos. Por cierto, esta noche no has bailado conmigo.

—¿No? — preguntó, aunque lo sabía de sobra.

— No. Y no querrás herir mis sentimientos, ¿verdad?

Freddie caminó hacia la máquina de discos y la puso en funcionamiento. Después, pasó los brazos alrededor de Nick y juntos empezaron a bailar.

Los movimientos de Nick eran sorprendentemente suaves. Era un buen bailarín. Siempre lo había sido. Pero esta vez, había algo más en aquel ritual. Ya no era una adolescente, como la primera vez que había bailado con él, sino una mujer.

Nick pensó que las cosas, definitivamente, habían cambiado. Aquella niña no olía de ese modo, ni recordaba que su cabello le hubiera acariciado los labios al me.

Estaban solos, escuchando una bonita canción. Nick siempre había sido muy susceptible a la música. Y en aquel momento casi lo empujaba a besar su sien o jugar con su oreja.

Giraron sobre sí mismos, y Freddie siguió sus movimientos como si estar en sus brazos fuera lo más natural del mundo. Parecía anticiparse a él mientras la llevaba. Y entonces, la mujer levantó la cabeza y Nick la besó.

En aquel momento, Nick ya no escuchaba la música. Estaba concentrado en la íntima sinfonía que interpretaban los dos. La deseaba tanto que le habría gustado absorberla, literalmente. Devorar su piel, su olor, su generosa boca.

Mientras se besaban, pensó que sería muy fácil tomarla en brazos y subir las escaleras, hacia la cama. Pero la nitidez de la imagen lo devolvió a la realidad y se apartó.

— Fred...

—No digas nada, límitate a besarme. Bésame.

Fred quiso besarla de nuevo, pero él la mantuvo a distancia.

— No podemos seguir —dijo.

—¿Por qué?

—Porque estás pisando terreno peligroso. Ahora recoge tus cosas, tu bolso, lo que sea. Te llevaré a casa.

— Quiero quedarme aquí, contigo. Quiero subir y acostarme contigo.

—He dicho que recojas tu bolso. Es tarde.

La experiencia de Fred era bastante limitada, pero sabía cuándo retirarse. Así que se apartó y recogió el bolso.

— Muy bien, jugaremos a tu modo. Pero no sabes lo que te pierdes.

Nick lo sabía, y se pasó una mano por el pelo.

— ¿Vienes, o no? — preguntó ella.

En aquel instante, el músico pensó que tal vez habría sido mejor idea que tomara un taxi. Pero ya estaba esperándolo en el exterior del bar.

— Espera un momento — dijo, mientras echaba el cierre al bar.

— Es una noche preciosa...

— Sí, es cierto. Dame tu bolso.

— ¿Qué?

— Que me lo des.

Nick abrió el bolso, sacó las cosas que llevaba de valor y las guardó en el bolsillo. Por primera vez, notó sus pendientes.

— Seguro que no son de imitación, ¿verdad?

— No — contestó, mientras se llevaba una mano a los pendientes de diamantes y zafiros.

— Pues no deberías ir por ahí con tanto dinero en las orejas.

— No sirven de nada si no me los puedo poner.

— Hay un lugar y un momento para cada cosa. Y caminar por el Lower East Side a las tres de la madrugada no es una buena idea con ese aspecto.

— ¿También vas a guardarlos en tus bolsillos? — preguntó con ironía.

En aquel momento, alguien llamó a Nick.

— ¡Eh, Nick!

Nick reconoció de inmediato al individuo.

— Sigue caminando — dijo en voz baja —, y no abras la boca.

El desconocido llegó rápidamente a su altura.

— Hola, Nick, ¿cómo te van las cosas?

— No puedo quejarme, Jack.

— Vaya, es una chica muy guapa — bromeó el recién llegado —. Siempre tuviste mucha suerte.

— Sí, bueno... perdónanos ahora, Jack, tenemos prisa.

— Seguro. Pero tengo un problema... ando corto de dinero.

— Pásate mañana por el bar y te daré algo.

— Gracias, pero lo necesito ahora.

Sin dejar de caminar, Nick metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte dólares.

— Gracias, amigo. Te los devolveré en cuanto pueda.

— Claro. Hasta luego, Jack.

— Siempre serás uno de nosotros, Nick.

Cuando se marchó, Nick estaba furioso por el encuentro.

— Ese tipo estaba contigo en la banda a la que pertenecías, ¿verdad?

— Sí. Pero ahora es un yonqui.

— Nick...

— Es extraño que no te reconociera, aunque no me extraña, en su estado. Si te lo encuentras de nuevo, aléjate de inmediato. Sólo puede darte problemas.

— De acuerdo.

Fred deseó animarlo de algún modo, pero no pudo. Cuando legaron ante la entrada del edificio, Nick sacó las llaves y abrió.

— Ahora sube a casa y cierra la puerta.

— Sube conmigo, por favor.

Nick quería tocarla, aunque sólo fuera una vez, pero no lo hizo.

— ¿Sabes lo que acaba de pasar, realmente? — preguntó él —. Acabamos de encontrarnos con una parte de mi vida. Y, si yo no hubiera estado contigo, Jack habría hecho algo más que robarte esos preciosos pendientes.

— Ese tipo no forma parte de tu vida. No es amigo tuyo. Pero le has dado dinero.

— Para que no tenga que atracar a la próxima persona que vea.

— Ya no eres uno de ellos, y dudo que lo fueras nunca.

De repente, Nick se sintió muy cansado. Apoyó la frente contra su cabeza y dijo:

— No tienes idea de lo que era, ni sabes lo que soy. Márchate a casa, Fred.

— Nick...

Para evitar que siguiera hablando, Nick la tomó por los hombros y la besó hasta dejarla sin aliento. Después, la introdujo en el ascensor.

— Cuando entres en casa, cierra bien la puerta.

Nick miró a ambos lados de la calle para asegurarse de que no había nadie en los alrededores, y permaneció en la entrada hasta que vio luz en el piso de Fred.

Sólo entonces, volvió a casa.

## Capítulo 8

FRED tuvo unos sueños maravillosos. Apenas durmió unas horas, pero no podía quejarse. Se levantó completamente nueva. Pero tenía cosas que hacer, así que caminó hacia Village y pasó la mañana de compras.

Cuando regresó al piso para dejar las cosas que había comprado, empezaba a tener una sensación extraña.

Pero el día era tan bonito que prefirió no preocuparse y volvió a salir.

La primavera avanzaba poco a poco hacia el verano, pero aún no hacía demasiado calor. Pensó que era una de las mujeres más afortunadas del planeta. Vivía en una hermosa ciudad y acababa de dar los primeros pasos en una carrera con mucho futuro. Era joven y estaba enamorada. Y, a menos que su intuición le fallara, estaba a punto de conseguir el amor del hombre de su vida.

Todo estaba saliendo bien.

Decidió detenerse en un puesto callejero para comprar un par de perritos calientes para Nick y para ella misma.

Mientras pagaba, vio al hombre con el que se habían topado la noche anterior. Estaba apoyado en una pared, al otro lado de la calle.

Reconoció su rostro enjuto y sus ropas desgastadas. Era Jack, sin duda. Fred se estremeció, pero se animó un poco cuando sus miradas se cruzaron y comprobó que no la reconocía. No tenía ninguna intención de hablar con él, pero si no se acercaba no tendría que contarle a Nick que se había encontrado con uno de sus antiguos compañeros de la banda.

— Se alejó del puesto y aceleró el paso sin volver la vista atrás.

Cuando llegó al bar ya no se acordaba de Jack. Entró en la cocina y charló durante unos minutos con Río. Después, subió las escaleras.

— Llegas tarde — dijo Nick.

— No sabía si te habrías levantado. Anoche nos acostamos muy tarde.

— Pues llevo un buen rato despierto, y trabajando, que es más de lo que puedo decir de ti.

Nick había pasado una noche terrible.

Apenas había conseguido dormir una hora, y había sido una hora intranquila, llena de pesadillas. Además, lo dominaba una especie de frustración física que no había experimentado hasta entonces. Una frustración que procedía de la mujer que estaba ante él, tan radiante como siempre. A pesar de su mal humor, Freddie sonrió.

Nick no se había afeitado, pero no le importó. El brillo enfadado de sus ojos acentuaba su atractivo.

— ¿No has dormido bien? Te he traído un perrito caliente.

— ¿No hay mostaza?

— Si no recuerdo mal, tienes mostaza en la cocina —dijo, mientras caminaba hacia el piano—. ¿Trabajamos un poco?

— Yo ya he estado trabajando. ¿Qué has estado haciendo?

— Ir de compras.

— Me lo imaginaba.

— Pero, antes de que empieces con tus discursitos, debes saber que he terminado la letra de *You Are Not Here*. Lo hice antes de que abrieran las tiendas.

Nick murmuró algo ininteligible, pero su humor mejoró bastante, a su pesar, cuando empezó a leer la letra de la canción. Era perfecta.

— No está mal — comentó.

— Gracias, hombre.

— De nada. Por cierto, ¿qué te has hecho en el pelo?

— Nada, sólo me lo he recogido.

— Pues me gusta más cuando lo llevas suelto.

Como para demostrar su opinión, Nick empezó a quitarle las horquillas.

— Basta, Nick — dijo, ruborizada.

— Ahora estás mucho mejor.

— ¿Es que piensas dedicarte a la peluquería?

— No, pero estás mucho más atractiva con el pelo suelto y algo revuelto.

— Revuelto — repitió ella—. Vaya, muchas gracias.

La pequeña diferencia de pareceres derivó en el juego de costumbre, hasta que, al cabo de unos segundos, Nick la arrinconó. Sin embargo, Freddie notó enseguida que ya no estaba sonriendo. La miraba con intensidad. Su pulso se aceleró. Sus piernas estaban entrelazadas con las del músico, y la situación no habría resultado más íntima de haber estado sentada en su regazo.

— Nick...

— Estamos perdiendo el tiempo — dijo, apartándose de ella —. Será mejor que sigamos trabajando.

— Muy bien. Cuando tú quieras.

Después de un comienzo algo difícil, consiguieron concentrarse en la música y trabajar juntos como dos colaboradores, como dos amigos.

Estuvieron trabajando más de tres horas, hasta que apareció un sonriente Río con la comida que había sobrado del día anterior.

Fred y Nick dieron buena cuenta de la comida mientras seguían discutiendo sobre cuestiones musicales.

— Debería ser más romántico.

— No, más cómico — dijo Nick.

— Ten en cuenta que es su noche de bodas...

— Exacto. Pero se han casado de forma apresurada, tres días después de conocerse.

— Están enamorados.

— No saben si lo están. Se han casado con una ridícula ceremonia en un juzgado y ahora se encuentran en la habitación de un hotel barato, sin ser muy conscientes de lo que han hecho y sin saber muy bien lo que va a pasar.

— Puede ser, pero de todas formas es su primera noche, y estás convirtiendo el tema musical en una tragedia.

Nick sonrió.

— ¿Es que siempre tienes que mirar la vida con gafas de color rosa? No querrás que toque la marcha nupcial, ¿verdad?

— Bueno, supongo que tienes razón. Sigue tocando y déjame pensar.

Mientras interpretaba el tema para la obra, Fred se preguntó por la atracción que sentía por él. No sabía muy bien a qué se debía. No era por su aspecto, aunque su atractivo era indudable. Tampoco era por sus modales. Nick siempre había sido algo brusco, aunque no tuviera intención de herir los sentimientos de los demás.

En realidad, lo amaba por su gran corazón. Siempre la había atraído, y siempre lo haría.

No obstante, se preguntó qué habría sentido si acabaran de conocerse, si fueran perfectos desconocidos.

Probablemente se habría sentido insegura, o asustada. O, tal vez, excitada.

Estuvieron discutiendo un buen rato sobre la canción. Freddie estructuraba la letra del tema sobre la marcha, y Nick daba su opinión. Mientras trabajaban, Fred fue acercándose más y más al músico, hasta que sus senos se apretaron contra su espalda y Nick protestó.

— Fred, deja de hacer eso.

— Oh, perdón — dijo, aunque no lo sentía en absoluto.

— Aléjate de mí, Fred...

Sin embargo, Fred no hizo caso. Nick se dio la vuelta y contempló sus enormes ojos grises.

— ¿Te pongo nervioso, Nicholas? — preguntó en un murmullo.

— Me vuelves loco — confesó.

— Me alegro.

Freddie se inclinó sobre él y lo besó en los labios antes de que pudiera apartarse.

— Tú me vuelves loca desde hace años. Ya era hora de que las cosas cambiaran.

— Esto no es ningún juego, Freddie. Ni siquiera conoces las reglas.

La mujer acarició sus brazos y fue subiendo poco a poco hacia sus hombros. Después, se acercó a él hasta que sus labios estuvieron a punto de tocarse.

— Bueno, podrías enseñarme.

— Si supieras lo que me gustaría enseñarte, correrías a pedir ayuda a tu papá.

— Pruébalo — lo retó.

Nick sabía que aquello era un error. Una y otra vez había intentado convencerse de que sólo pretendía que se asustara para que se marchara de allí, por su propio bien. Pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Al final, no pudo resistirlo por más tiempo y la abrazó.

— Maldita sea... Esta vez no escaparás de.

— No soy yo quien ha estado huyendo, Nick. Y, desde luego, no tengo intención de hacerlo ahora.

— Pues que Dios te ayude. Que nos ayude a los dos.

Una vez más, la besó. Pero esta vez la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

La cama no estaba hecha, y el sol de la tarde entraba por las ventanas. En otro momento se habría preocupado por el ambiente, pero en aquel instante se limitó a dejarla sobre la cama.

Nick empezó a acariciarla y a quitarle la ropa. Freddie no protestó en modo alguno por la urgencia de sus movimientos. Después de tantos años de espera, parecía lo más apropiado. Sin embargo, estaba algo asustada en el fondo. Se preguntó si sería doloroso, si se sentiría humillada.

Mientras la besaba de nuevo, pensó que no había imaginado que fuera algo tan intenso, tan excitante. Todas sus fantasías palidecían ante la realidad.

Nick la deseaba tanto que nada lo satisfacía por completo. Había estado esperando aquel momento toda su vida. Freddie era un verdadero festín para los sentidos, y él estaba hambriento. Su piel era clara y cálida, y cada uno de sus movimientos incrementaba su excitación.

Sabía que era inocente, pequeña, delicada. Podía notar su frágil piel y sus sutiles curvas bajo las manos. Así que, casi de forma inconsciente, empezó a tocarla con más delicadeza, a saborearla con un ritmo mucho más tranquilo.

Suavemente besó su cuello y decidió tomarse las cosas con calma, con cuidado. Podía notar su respuesta a las caricias. Estaba tan excitada como él, y no había razón alguna para las prisas.

Freddie no podía abrir los ojos. Era como si sus párpados fueran de plomo. En cambio, sentía una increíble ligereza en el resto de su cuerpo. Como si de repente fuera de cristal. Y Nick la tocaba con exquisita delicadeza, como si supiera que podía romperse.

Entonces, empezó a besar sus senos. Freddie se estremeció y empezó a tocarlo a su vez. Deseaba sentir sus duros músculos. Nick notó su estremecimiento y decidió que había llegado el momento de ir más lejos.

Cuando se colocó sobre ella, Freddie estaba preparada.

La mujer abrió los ojos, por fin, cuando lo sintió en el interior de su cuerpo. Se arqueó contra él, dominada por un increíble placer. Nick empezó a moverse y ella gritó mientras clavaba las uñas en su espalda.

La tensión fue subiendo hasta que, al cabo de un rato, Fred alcanzó el orgasmo. Creyó haber oído que Nick también gemía, y que se deshacía en su interior. Pero empezó a moverse de nuevo, con tanta rapidez y tanta experiencia que no pudo hacer nada salvo dejarse llevar.

Nick apretó los puños. Suponía que la primera vez habría resultado dolorosa para Freddie. Pero no fue así.

Frederica estaba completamente relajada, como si hubiera pasado toda la vida esperando aquel momento.

Nick se maldijo una y otra vez por lo que había hecho, pero no era capaz de moverse. Estaba tumbado sobre ella, aún en su interior, intentando recobrar el orgasmo de su vida.

Pensó que no tenía derecho a haberla tomado. Y mucho menos, a divertirse con ello. Quería decir algo, cualquier cosa con tal de saber cómo manejar aquella situación.

Pero Freddie no hacía nada. Estaba tumbada bajo él, muy quieta, con una mano sobre su espalda.

Se recordó que lo sucedido era su responsabilidad, y tan suavemente como pudo, se apartó. Fred gimió con un sonido vagamente felino, parecido a un ronroneo.

— No hay nada que pueda hacer para disculparme por lo que ha sucedido — acertó a decir.

— Nada — repitió ella, con un suspiro.

— ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un brandy, tal vez?

— ¿Un brandy? — preguntó, asombrada —. No he sufrido un accidente, ni he sido víctima de una avalancha, Nick. ¿Para qué diablos quiero un brandy?

— Por... la sorpresa — contestó —. No sé. ¿Un poco de agua? Algo, lo que sea.

Freddie lo miró y contempló el brillo de culpabilidad que había en sus ojos.

— No me digas que sientes lo que ha pasado...

— Lo siento. No debí tocarte. No debí permitir que las cosas llegaran tan lejos. Sabía que era la primera vez que lo hacías.

— ¿Cómo lo sabías?

— Digamos que era obvio, nada más.

— Ya veo —dijo, algo humillada—. ¿Es que hice algo inadecuado?

Nick suspiró. Primero lo había seducido y ahora quería saber si había hecho algo inadecuado.

—No, en absoluto. Has estado maravillosa.

— ¿De verdad? —sonrió—. ¿Maravillosa?

—Sí, pero ésa no es la cuestión.

— No sé si es la cuestión, pero me agrada oírlo. Nick, siempre supe que serías mi primer hombre. Siempre quise que lo fueras.

Nick se estremeció.

— Me he aprovechado de ti.

— De eso, nada — rió —. Puede que prefieras culparte por haberte acostado con una mujer virgen, pero he sido yo quien te ha seducido. Y me ha costado bastante, por cierto.

—Estoy intentando asumir la responsabilidad de lo que ha ocurrido — dijo con paciencia—. Y me lo estás poniendo difícil.

— Me has hecho feliz — murmuró —. Espero que los dos seamos felices. Así que, ¿por qué iba a querer que lo sintieras?

Nick se sorprendió a sí mismo sonriendo.

— En teoría deberías estar asustada, sollozando y temblando.

— Oh, bueno — dijo, apretando los labios —. Tal vez lo haga si empezamos de nuevo.

Un buen rato más tarde, Nick bajó al bar para hacer su turno. Por primera vez en mucho tiempo, se sorprendió a sí mismo mirando el reloj. Y aunque sirvió las copas con tanta profesionalidad como de costumbre, no fue precisamente simpático con los clientes.

En cuanto salió la última persona que quedaba en el local, se apresuró a cerrar. Apenas limpió antes de volver a subir al piso.

Frederica estaba dormida, con la cabeza apoyada en la almohada y un brazo extendido sobre el espacio de la cama que Nick pensaba ocupar. Sonrió por el simple placer de observarla y de oír su lenta respiración.

Una idea cobró forma en su mente. Empezó a desabrocharse la camisa y dejó la ropa en el suelo. Después, se puso a los pies de la cama, apartó las piernas de la joven y empezó a lamerla. Freddie se despertó y suspiró. Pero se asustó enseguida y se sentó sobre el lecho.

— ¿Nick? — preguntó, parpadeando —. ¿Qué estás haciendo?

— Despertarte.

Los ojos de Nick brillaron como los de un lobo. Freddie, por su parte, corrió a cubrirse los senos con los brazos en cuanto vio que estaba desnuda.

—Demasiado tarde — murmuró —. Ya te he visto desnuda.

Freddie se sintió completamente estúpida y bajó los brazos. Pero sólo un poco.

— Al llegar me ha asaltado una fantasía —explicó Nick —, y pensaba divertirme un rato.

—Ah — dijo, ruborizándose —. Anda, métete en la cama.

—Ahora voy.

— Quiero que...

Freddie no terminó la frase. Nick empezó a lamer su rodilla. Segundos más tarde, el músico dijo:



- Teniendo en cuenta que antes me sedujiste, pensé que ahora yo podía hacer lo mismo por ti.  
Freddie nunca habría creído que una rodilla podía ser tan sensible.  
— Bueno — dijo con debilidad —. Supongo que es justo.

Cuando Freddie regresó a su piso, a la mañana siguiente, estaba cantando. No sólo estaba enamorada, sino que Nick y ella eran amantes.

Hizo unas cuantas piruetas en el salón, olió la violeta africana que le había regalado y volvió a girar sobre sí misma.

De repente, todo le parecía perfecto.

Habría sido capaz de marcharse de su casa recién alquilada y marcharse a vivir al caótico apartamento en el que vivía su amante. Pero supuso que a Nick no le habría gustado nada la idea.

Se habría asustado.

Se recordó a sí misma que no debía apresurarse. Aunque tendría que actuar si no lo hacía él, y pronto.

De momento estaba más que contenta.

Sólo quería ducharse y cambiarse de ropa. Tenía que regresar al apartamento de Nick en una hora. Aún tenían que trabajar.

Estaba saliendo de la ducha cuando sonó el telefonillo. Se puso una bata y corrió a contestar.

— ¿Sí?

— Abre, Fred.

El sonido de la voz de Nick bastó para excitarla de nuevo.

— Nick, deberías dejar de seguirme.

— Anda, abre. No habría tenido que venir si hubieras contestado el teléfono.

— Estaba en la ducha — dijo.

Freddie regresó a la ducha para ponerse una toalla en la cabeza y volvió al salón.

Abrió la puerta antes de que llegara Nick.

— Hazme el favor de no abrir nunca la puerta de ese modo — dijo él, en cuanto llegó.

— Pero si sabía que estabas subiendo...

— No lo hagas nunca — repitió, mirándola —. ¿No te habías duchado en mi casa?

— Sí, pero más que ducharme nos dedicamos a jugar.

Nick miró su bata y preguntó:

— ¿Cómo llamas a esa prenda?

— Una bata — contestó —. ¿Por qué lo dices?

— Porque para mí es una invitación. Lamentablemente no tenemos tiempo. Haz las maletas.

— ¿Es que me marcho?

— Nos marchamos los dos. Maddy O'Hurley llamó cinco minutos después de que te marcharas. Quiere que pasemos unos días en su casa, en Hamptons.

— ¿Ahora?

— Sí, ahora. Es su casa de campo, y su familia estará con ella. Quiere tener la oportunidad de que trabajemos juntos.

— Suena bien.

— Bueno, date prisa — dijo, impaciente—. Tengo que volver al piso para hacer las maletas. Y luego hay que alquilar un coche y buscar a alguien para que ocupe mi puesto en el bar.

— De acuerdo, de acuerdo. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Terminaré antes que tú.

— Yo no apostaría nada. Dios mío... — dijo, asomándose a su dormitorio —. ¿Qué es eso?

— Una cama — contestó —. Mi cama. Es magnífica, ¿no te parece?

— Desde luego. Parece salida de las Mil y una noches o de la Bella durmiente, no sé de cuál de las dos.

— Algo a mitad de camino — arqueó una ceja—. Es más grande que la tuya.

— Es tres veces más grande — dijo, pasando un dedo por la colcha.

Lentamente, Nick volvió al cabeza y la miró con ojos brillantes, llenos de deseo.

—¿Cuánto tiempo dices que tardarás en hacer las maletas? —preguntó.

—Muy poco —prometió ella.

Acto seguido, se tumbaron en la cama.

## Capítulo 9

FREDDY no veía por qué razón no podía conducir. El descapotable que había alquilado Nick era una maravilla, y le encantaba viajar sintiendo el viento en su cabello y oyendo música. Pero habría preferido ir al volante.

— ¿Por qué tienes que conducir tú?

— Porque tengo que ir contigo y me gustaría llegar cuanto antes. Eres muy lenta.

— No soy lenta. Me limito a obedecer el código de circulación.

— Eres lenta — insistió, mientras aceleraba —. Si condujeras tú, no llegaríamos hasta la semana que viene.

— Sí, pero ya has conseguido que te pongan una multa.

La policía los había detenido cuando se encontraban a quince kilómetros de Nueva York.

— Las patrullas de carretera no tienen sentido del humor — dijo—. Pero olvídate de eso y mira el mapa para ver cuándo tenemos que tomar la desviación. Debemos estar cerca.

— Oh, vaya, creo que te la has pasado.

— Bueno, no hay problema.

Ni corto ni perezoso, Nick dio la vuelta en redondo.

— Menos mal que los ciudadanos del resto del país pueden vivir tranquilos sabiendo que vives en Manhattan y que no tienes coche. Ahora tienes que torcer a la izquierda. Pero no vayas tan deprisa. Me gustaría llegar viva.

Nick bajó un poco la velocidad, aunque no demasiado. En seguida empezaron a pasar ante enormes mansiones que, en opinión de Nick, apestaban a dinero.

Imaginaba que estaban llenas de alfombras persas y carísimas antigüedades. O suelos brillantes y muebles de diseño. Y todas con piscinas, terrazas y grandes jardines llenos de árboles. Justo el tipo de lugar del que lo habrían echado un año antes. Y ahora, en cambio, estaba invitado.

— Es aquella casa — dijo Freddie—. La del cedro.

Nick tomó el vado de la casa y en poco tiempo pudieron ver la enorme mansión.

— No está mal — dijo el músico—. Debe tener veinte habitaciones.

— Es probable. Me pregunto sí...

Freddie dejó de hablar cuando apareció toda una horda de niños, de todas las edades y tamaños.

— Ya veo que Maddy hablaba en serio cuando dijo que estaba con su familia. Al parecer, con toda su familia — comentó Freddie —. Creo que aquel chico es uno de sus hijos, y está intentando asesinar a uno de los hijos de Trace.

En aquel momento, una preciosa niña pelirroja los vio. De inmediato, llamó a su madre.

— ¿Mamá! ¡Mamá! ¡Tenemos visita!

Acto seguido, la niña corrió hacia el coche.

— Hola, soy Julia. ¿Te acuerdas de mí?

— Por supuesto que sí — dijo Freddie, mientras la pequeña subía al descapotable —. Nick, te presento a Julia Valentine.

— Hola, Julia. Ya veo que tenéis una buena pelea...

— Sí — sonrió la pequeña —. Nos gusta pelear. Somos irlandeses.

Nick sonrió.

— Sí, claro.

El músico pareció gustarle bastante a la niña, que en seguida confesó:

— Voy a ser bailarina en Broadway, como mamá. Y tú podrás escribir las canciones.

— Muchas gracias.

En cuanto bajaron del coche, se acercó un niño con ojos brillantes que llevaba una rana en la mano.

— Deja a la rana en el suelo, Aaron —ordenó Julia—. Ese bicho no asusta a nadie.

— Lo hará cuando le salgan dientes —dijo el pequeño.

— Es mi hermano pequeño —explicó Julia—. Es muy pesado.

Antes de que pudieran abrir la boca, apareció una mujer de pelo rojo, que llevaba pantalones y una enorme camiseta y caminaba descalza. Era Maddy O'Hurley, la niña mimada de Broadway.

— Aaron, ¿qué estás haciendo? Te dije que dejaras la rana en el acuario.

La mujer le quitó la rana al chico y se la dio a su hija.

—Julia, hazme el favor de llevártela.

Acto seguido, se volvió hacia Freddie.

— Me alegro mucho de verte.

— Y yo de verte a ti.

— Tú debes ser Nick... —sonrió la mujer—. Encantada de conocerte. Me gusta mucho tu trabajo.

Nick no tomó en consideración el típico comentario de una mujer que llevaba mucho tiempo en el mundo del espectáculo. No en vano, él acababa de empezar.

Maddy tenía el mismo aspecto al natural que en los escenarios. Una mujer de rostro expresivo, piel de porcelana, y cuerpo de bailarina.

— La primera vez que vi una obra en Broadway tú eras la protagonista —dijo Nick—. Hace unos diez años. Y debo confesar que nunca había visto algo tan bello.

— Muchas gracias. Creo que vas a gustarme. Pero entremos en la casa. Ya sacaremos más tarde vuestras maletas.

La casa era muy luminosa, con grandes ventanales y balcones. De vez en cuando, tropezaban con algún juguete.

Al llegar a una habitación particularmente espaciosa tuvieron la ocasión de conocer a una verdadera leyenda de Hollywood. Se trataba de Chantel O'Hurley, que estaba descansando con los ojos cerrados. Junto a ella había un hombre bastante fuerte. Nick supo de inmediato que era un policía, o un guardaespaldas.

Quinn Doran, el esposo de Chantel se aproximó y dijo:

— Brent es su ángel guardián. Puede que sea algo brusco, pero es un buen tipo.

—Nick, Freddie... —dijo Maddy—, os presento a mi hermana Chantel y a Quinn Doran.

—Freddie —dijo Chantel, admirando a Nick—. Tienes muy buen gusto con los hombres.

—Eso creo.

Nick sonrió bajo el atento escrutinio de la impresionante rubia.

— Creo recordar que eres el compositor del nuevo musical de Maddy. Por lo que me han dicho, tienes tanto talento que conseguirás que mi hermana parezca una profesional.

Maddy se defendió.

— Sólo está celosa porque yo he ganado dos Tony y ella sólo ha conseguido un Óscar. Vamos, seguidme. Veamos a quién más podemos encontrar.

Siguieron el paseo por la casa y enseguida se encontraron con otro de los familiares de Maddy, Trace.

— Hola, Freddie —dijo el hombre—. ¿Qué tal está mi pequeña?

— Muy bien. Tracy, te presento a Nick Le Beck.

— Encantado de conocerte.

Nick pensó que era un hombre bastante agradable. Pero una vez más, tuvo la impresión de que también él miraba como un policía.

— Casi todos los demás están en la cocina— explicó Trace—. Abby está cocinando.

— Gracias a Dios —dijo Maddy—. Es la única cocinera decente que tenemos. ¿Tenéis hambre?

— Bueno, yo... —dijo Nick.

— Oh, seguro que tienes hambre. Yo siempre estoy hambrienta cuando hago un viaje.

La cocina era tan grande como el resto de las habitaciones de la casa, y estaba llena de gente que no dejaban de hablar y de moverse de un lado para otro. Sólo una mujer rubia, que se encontraba junto al horno, permanecía en una relativa tranquilidad.

Una pareja estaba bailando, evitando casi de un modo milagroso todos los obstáculos que estaban en su camino. Nick supuso que tendrían algún tipo de radar interno.

Eran Frank y su esposa, Molly. El hombre dejó a su mujer en los brazos de un individuo que estaba apoyado en la encimera y siguió bailando con la esposa de Trace, Gillian. Pero la cosa no se detuvo allí. Freddie entró en el juego y, en poco tiempo, Nick se quedó solo. Frank se dio cuenta y preguntó:

— ¿No bailas?

La mujer que estaba junto al horno, Abby, decidió intervenir en su favor. Era la hija de Frank.

— Papá, deja que descansen un poco. Bienvenido a Bedlam. Soy Abby Crosby.

— Recuerda que ante todo eres una O'Hurley — dijo su padre.

— Es cierto. Soy Abby O'Hurley Crosby — corrigió la mujer—. Y si no te sientas pronto, mi padre te obligará a aprender unos cuantos pasos.

Nick descubrió pronto que era una familia bastante extravagante. Antes de que conociera a su propia familia, nunca habría pensado que podían existir personas como ellos. Y, desde luego, eran tan ruidosos y animados como los Stanislaski.

Era la típica familia donde todos hablaban con todos. De vez en cuando se peleaban, pero siempre se mantenían unidos como una piña.

Enseguida supo que iba a divertirse con ellos. Y de hecho, hasta empezó a reconocer a unos cuantos niños después de la caótica comida que compartieron.

Cuando limpiaron la cocina, Freddie y Nick aceptaron la sugerencia de Maddy, que quería practicar varios números del musical que estaban preparando.

Nick no tardó demasiado tiempo en acostumbrarse al frenético ritmo de la casa, e incluso consiguieron trabajar un rato entre multitud de interrupciones.

— Mamá, Douglas está molestándome otra vez — dijo la hija mayor de Maddy.

— Es un hombre, cariño — dijo Maddy—. Tienes que ser paciente con él.

Reed miró a su esposa de forma crítica, como si no estuviera muy de acuerdo con sus opiniones sobre hombres y mujeres.

— Cassie, tu madre está trabajando, ¿recuerdas?

— Sí, lo recuerdo — suspiró la niña—. No quiere que la interrumpamos a no ser que la cosa acabe con sangre. Pero puede que la haya.

— ¿Por qué no seguimos con la segunda estrofa? — preguntó Maddy.

Maddy no parecía estar muy preocupada por las trifulcas de los pequeños. Minutos más tarde apareció Frank, que parecía muy interesado por su trabajo.

— Una canción muy bonita — dijo a Nick —. Ha conseguido que me ponga a silbar. De hecho, estaba pensando en los movimientos de los bailarines. Si consiguiéramos que...

— Papá, de momento tenemos bastante con las canciones. Será mejor que dejemos la coreografía para otro momento — dijo Maddy —. ¿Dónde está mamá?

— Con los chicos. Pero como decía...

— Probablemente habrán ido a comprar helado.

— ¿Sí? En tal caso iré a ver si los encuentro. No debemos mimar demasiado a los niños. De lo contrario, tendremos que pagar una enorme factura al dentista.

— Lo siento — se disculpó Maddy, cuando se marchó Frank —. Mi familia es así.

— No te preocupes — dijo Nick —. Yo procedo de una familia bastante parecida. Pero sigamos por donde decías... la segunda estrofa, ¿no?

Chantel apareció en aquel preciso instante, pero corrió a tranquilizarlos:

— No os preocupéis por mí. Me sentaré en la esquina y no diré nada.

— Márchate, Chantel — dijo Maddy —. Estás molestando a mi compositor.

Chantel se encogió de hombros.

— Bueno, si vas a enfadarte me marcharé a la piscina. Puede que alguno de los chicos quiera nadar un rato.

Chantel sonrió de forma bastante coqueta a Nick y desapareció.

— No te preocupes por ella — dijo Maddy, dirigiéndose a Nick —. Le encanta coquetear con todos los hombres.

— Segunda estrofa, Nick — intervino Freddie.

— Sí, claro, sólo estaba pensando...

Nick tuvo que hacer un esfuerzo para continuar trabajando. Por desgracia, Abby se asomó a la ventana y empezó a reír. Su marido la perseguía con una pistola de agua. Reed negó con la cabeza y preguntó:

—¿Por qué no os olvidáis del trabajo? Creo que no estaría mal que nos diéramos un baño.

— Una idea brillante — dijo Maddy.

—Id vosotros — dijo Freddie —. Me gustaría seguir trabajando durante unos minutos.

— Bueno, venid cuando hayáis terminado. Si es que os atrevéis, claro.

Nick miró hacia la piscina, asustado.

— ¿Es que no piensa ponerse un bikini?

Freddie arqueó una ceja.

— ¿Maddy?

Todos sabían de sobra a quién se estaba refiriendo Nick. Cuando Maddy y Reed desaparecieron, Nick preguntó:

— ¿Crees que Abby también se bañará?

—Será mejor que dejes de fijarte en mujeres casadas. Y ahora, si eres capaz de controlar tus hormonas, me gustaría seguir trabajando con *You Are Not Here*. Puede que Maddy quiera ensayarla más tarde.

— Aún no está terminada.

—Lo sé, pero es la canción central de la obra.

— De acuerdo. Estaba pensando que si lo intentáramos de este modo...

Nick empezó a tocar y Freddie cerró los ojos. Al cabo de unos segundos, empezó a cantar.

Maddy oyó la melodía desde la piscina. Alzó una mano para que le prestaran atención y dijo:

— Escuchad.

— Es una canción preciosa —dijo Abby—. Preciosa y triste. Se nota mucho que Freddie está enamorada de tu compositor.

Maddy se dejó llevar por la música y miró a su alrededor.

Allí estaba Dylan, jugando con una de las niñas de Trace. Y también estaban los trillizos de Chantel, que jugaban al fútbol con Gillian y Cassie como árbitros. En cuanto a Douglas, se estaba divirtiendo echando agua a la otra hija de Trace. Su padre estaba sentado, tomando helado con los gemelos de Trace en el regazo.

Ben y Cris, los chicos que había criado Abby durante cierto tiempo, se habían convertido en dos jóvenes altos y atractivos que en aquel momento discutían sobre la cinta que iban a poner en el radiocasette.

Quinn y Trace estaban sentados a la sombra de un árbol, compartiendo dos cervezas y unas cuantas historias de la guerra, mientras Molly aplaudía los saltos desde el trampolín de la única hija de Abby, Eva.

Y finalmente, Aaron, el hijo pequeño de Abby y Julia estaban jugando en el césped.

Maddy pensó que aquella era su familia. Al completo. Saludó a Reed con una mano, respiró profundamente y dijo:

— Me siento muy bien. Y tengo la impresión de que ciertas personas que están al piano van a ayudarme a conseguir otro Tony.

Incapaz de resistirse, Chantel miró a su hermana.

— ¿Es que ya has conseguido alguno?

Chantel rió y huyó a toda velocidad, perseguida por Maddy.

Mucho más tarde, aquella noche, cuando la casa ya se había quedado en silencio, Nick atrajo a Freddie hacia sí. Maddy había decidido darles habitaciones contiguas, y Nick se había apresurado a meterse en la cama de Fred.

El simple hecho de estar allí, a su lado, era maravilloso. Era algo tan natural que Nick se preguntó cómo era posible que hubiera conseguido dormir, alguna vez, sin ella.

—¿Estás cansada?

— No, sólo relajada. Ha sido un día terrible. Estoy muy contenta de volver a verlos a todos. Los niños han crecido mucho...

— Son un grupo interesante.

— Desde luego que sí. Y es magnífico que todos puedan arreglar sus apretadas agendas para coincidir con los demás durante una o dos semanas al año. A veces van a la granja que tienen Dylan y Abby en

Virginia —suspiró—. Una vez fuimos a visitarlos. Es un lugar precioso, con colinas verdes y caballos que pastan libremente. Muy espacioso.

— Supongo que necesitas mucho espacio cuando se tienen tantos niños. Las gemelas son de Ahby, ¿no es cierto?

— No, son de Trace y de Gillian. Abby tiene cuatro hijos. Ben, Chris, Eva y Jed. Pero ningún gemelo.

—Cuatro —se estremeció.

—Venga, si te encantan los niños...

— Desde luego, pero siempre me sorprende que algunas personas quieran tener tantos hijos. No es precisamente fácil.

Freddie lo miró, encantada con su rostro escultural y sus preciosos ojos, apretada contra él.

— A mí me gustan las familias grandes. Fui hija única durante una larga temporada. No me sentía sola, porque mi padre siempre estaba conmigo, pero las cosas cambiaron por completo cuando llegó Natacha. Yo quería tener una hermana, pero Brandon fue el primero. Sin embargo, no me importó demasiado.

Nick también había sido hijo único. A diferencia suya, empero, no había contado con el apoyo de ningún padre.

— Yo siempre quise tener un hermano. Y al final encontré a Zack. Pero se fue a la marina, y me quedé solo.

— Supongo que fue algo muy duro para ti.

— Hizo lo que tenía que hacer. En aquella época creí que se marchaba por mi culpa, pero lo soporté bastante bien.

— Bueno, ahora tienes un hermano y una familia enorme. No volverás a estar solo a menos que quieras. Por eso quiero tener, por lo menos, tres niños.

Nick pensó que Freddie era muy joven y que no sabía lo que significaba tener tantos hijos. Miró al techo y dijo:

— Bueno...

Freddie, por su parte, prefirió olvidar el tema. A fin de cuentas, era demasiado pronto para plantearse un asunto tan serio como la descendencia.

— Chantel no tiene aspecto de madre — comentó Nick, para cambiar de conversación.

—Pues lo es. Y si me permites un consejo, estaría mejor que no la miraras con cara de bobo cada vez que entra en una habitación.

—¿Es que estás celosa?

Freddie lo sorprendió estallando en una carcajada. De hecho, no podía dejar de reír.

— Te estás pasando un poco...

— ¿Celosa? Oh, vamos, Nicholas... ¿Crees que dejaría a Quinn para marcharse contigo? Cuando están juntos en la misma habitación, el ambiente se carga de electricidad.

— ¿Y cómo crees que se toma su marido esas escenas amorosas que hace en el cine?

— No lo sé. Pero supongo que sabe de sobra que no actúa cuando se acuesta con él. A fin de cuentas se supone que las relaciones no sólo se basan en el amor y la pasión, sino en el respeto.

— Supongo que sí — dijo Nick —. Zack va a sentir mucha envidia cuando sepa que la he conocido. Ha visto casi todas sus películas, y hasta sabría citar los diálogos de corrido.

— Mejor para ti.

— Desde luego.

Nick la miró, nuevamente relajado. Freddie estaba preciosa, iluminada por la luz de la luna, que entraba por las ventanas. Tenía el pelo revuelto, como más le gustaba, y sonreía.

—Así que no estás cansada...

Fred acarició su pecho. Estaba pensando en lo mismo que él.

— Me preguntaba si te gustaría que lo hiciéramos otra vez — dijo ella.

— Bueno... estaba recobrando fuerzas.

— Me alegro, porque vas a necesitarlas.

Fred sonrió y se puso encima de él.

## Capítulo 10

¿ESTÁS diciendo que has conocido a Chantel O'Hurley?

—En efecto — contestó Nick, que sabía que la rubia era una de las fantasías de Zack —. La misma Chantel de las películas que corres a alquilar en el videoclub.

— Espera un momento, sólo un momento... ¿Quieres decir que la has conocido, en carne y hueso?

— Sí, y permíteme que te diga que tiene la carne muy bien puesta. Hasta cené con ella un par de veces. Claro que sus hermanas tampoco están mal. De hecho, son bastante...

— Sí, bueno, ya hablaremos más tarde sobre sus hermanas. ¿Cenaste con ella, de verdad? — preguntó Zack, casi sin habla —. No puedo creerlo.

— Pues créelo. Ya te dije que iba a pasar un par de días con Maddy y Reed.

Nick evitó comentar que no había cenado a solas con ella, sino con una familia tan grande como la suya.

— Sí, pero no caí en la cuenta. Pero si has cenado con ella... dime, ¿cómo es?

Nick no dijo nada.

— Oh, vamos, contéstame. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo se comporta?

— Digamos que el bikini le queda muy bien.

—¿Bikini? ¿La viste en bikini?

—Hicimos unos cuantos largos juntos —contestó. En realidad, sólo había estado nadando con sus hijos, y en compañía de Freddie, pero prefirió no perder el tiempo con tecnicismos.

— Has nadado con ella. Dios mío... Y hasta habrás hablado con ella.

— Todo el tiempo. Es una mujer muy inteligente. Y eso la hace más atractiva. A fin de cuentas no soy un animal, como otros.

— No puedo creerlo...

— Pues no sólo la conocí, sino que la besé.

— Oh, vamos...

— Bueno, bueno, admito que no es verdad. No la besé. En realidad, fue ella quien me besó a mí, aquí mismo, en los labios.

—¿Estás diciendo que Chantal O'Hurley te besó en la boca?

— ¿Crees que te mentaría?

—No —contestó—, supongo que no.

Antes de que Nick pudiera apartarse, Zack lo agarró y lo besó en la boca.

—¡Maldita sea, Zack!— protestó su hermanastro —. ¿Es que te has vuelto loco?

— Ten en cuenta que no creo que vaya a verla en toda mi vida. Y pensé que no es mal que besara el único sitio que sé que ha besado.

— Pues mantente lejos de mí —dijo, mientras se limpiaba la boca —. ¿Qué habría pasado si alguien nos hubiera visto?

— Sólo estamos tú y yo, hermanito. Y por cierto, gracias por haber venido a ayudarme con el bar.

— Olvídalo.

—¿Y qué tal está Freddie? ¿Le gustó la aventura con los ricos y famosos?

— Ten en cuenta que ella está acostumbrada a esa vida.

— Supongo que tienes razón.

Estuvieron cargando unas cuantas cajas de bebidas. Cuando terminaron, fueron a la cocina para tomar algo.

— Hace bastante calor — comentó Zack —. Tendrás que poner el aire acondicionado en tu apartamento.



— Creo que sí, estaba pensando que tu carrera va tan y te están pasando tantas cosas que... tal vez quieras marcharte pronto de aquí.

—¿Marcharme del piso de arriba?

—Sí, y dejar el bar.

Nick dejó a un lado su cerveza, asombrado.

— ¿Estás despidiéndome?

— No, claro que no. De hecho, no sé qué haría sin ti. Pero temía que te sintieras obligado. Ya sé que no quieres ser camarero.

—Ni tú.

— Eso es distinto. Me gusta este local. Ahora soy feliz en él, aunque en el pasado no lo fuera tanto, Pero no quiero que olvides que tú tienes otras metas en la vida.

— ¿Aún sigues cuidando de mí?

—Es la costumbre.

Nick sonrió.

—Seré sincero contigo. Más tarde o más temprano tendrás que buscarte otro camarero, pero de momento pienso seguir aquí. Además, si la obra en la que estoy trabajando resulta un fracaso, necesitaré un trabajo seguro.

—No será un fracaso.

— Espero que no. Pero prefiero que las cosas sigan como están, al menos por una temporada — dijo, mirando su reloj —. Maldita sea, es muy tarde. Le dije a Freddie que empezaríamos a trabajar hace media hora. Te veré más tarde.

Zack se quedó solo en el bar. Tal vez no tuviera el trabajo que siempre había soñado, ni estuviera, con una famosa actriz. Pero era un hombre feliz.

Nick había decidido que había llegado el momento de dar una oportunidad al piano de Frederica. A pesar de las continuas distracciones e interrupciones que habían sufrido en la mansión de los O'Hurley, habían conseguido avanzar bastante con el trabajo.

Personalmente habría preferido descansar durante un par de días, pero Freddie quería continuar.

Así que aquella tarde se vieron en el piso la joven y se dedicaron a dar los últimos retoques a uno de los actos.

— Me alegra que no termináramos el tema cuando estábamos con los O'Hurley. Frank se habría empeñado en desarrollar la coreografía.

— Me gusta bastante, pero creo que...

—Eh, ya hemos terminado de trabajar.

Nick la obligó a levantarse y la abrazó.

— Suéltame. Aún no hemos empezado con la obertura del segundo acto.

— Lo haremos mañana.

—No, lo haremos hoy. Tenemos todo el día por delante.

— Mejor que mejor.

— Siempre eres tú quien se pone pesado con el trabajo.

— Sólo lo hacía porque quería evitar lo que deseo hacer ahora — declaró.

La tomó en brazos y la llevó a la cama.

—Pero aún no hemos terminado nuestra cuota del día... y no me refiero a la cuota que tienes en mente.

— ¿Vas a seducirme otra vez?

— No. Bueno, tal vez... si puedes.

Nick le quitó la camisa y la dejó sobre la cama. Pero después se limitó a sentarse en el borde y mirar.

— No creo que mirarme sea algo muy excitante.

— Pues lo es. No me cansaría nunca de hacerlo.

—Eso es muy romántico —sonrió—, pero deja que me levante. Ahora no me apetece...

— Claro que te apetece. Puedo notar cómo late la arteria de tu cuello...

Él se inclinó sobre ella y la besó.

—Me estás molestando...

— Mientes. Cuando algo te molesta, frunces el ceño.

— No quiero que...

— ¿Qué?

— Mmmm...

— Lo que yo pensaba.

Nick pensó que ningún hombre habría podido resistirse a aquella mujer, ni a sus ronroneos, ni a sus besos.

Deseaba hacer el amor con ella, muy despacio, para poder notar cada cambio, por pequeño que fuera, en sus cuerpos. Una caricia, y se apretaría contra él. Un murmullo, y gemiría de placer.

Deseaba verla en aquel momento, con el sol entrando por las ventanas y el ruido del tráfico como fondo. Poco a poco, empezó a desnudarla.

Freddie notó su propia excitación y se dijo que todo resultaba tan sencillo como perfecto cuando se encontraba a su lado. La brisa que entraba por las ventanas acariciaba su cuerpo, de tal manera que vacilaba entre el ligero fresco del viento y el calor de las manos de Nick. Cuando le quitó el sujetador y los pantalones, se arqueó contra él y empezó a quitarle la camisa.

No supo exactamente cuándo empezaron a acelerar el ritmo, ni cómo se incrementó el calor que sentían. Los dominaba una terrible urgencia, instintiva, y, de repente se vio, desnuda, a su lado.

— Te deseo, Nick.

El placer de sus caricias era muy superior a cualquier placer que Nick hubiera experimentado. Era algo tan voraz, tan intenso, que ambos se estremecieron.

De repente, la mujer se colocó encima de Nick y lo rodeó con sus piernas.

— Ahora — dijo ella.

Sorprendido por el cambio que se había producido en Frederica, y dominado por su propio deseo, Nick agarró sus caderas y dejó que marcara el ritmo.

Mucho más tarde, Nick pensó que nunca era romántico con ella. Aún no le había regalado nada, salvo la violeta africana, ni la había llevado a cenar a ningún lugar íntimo y cálido, con velas y una buena botella de vino.

Freddie merecía algo mejor. Al principio, había intentado convencerla de que merecía algo mejor que él, pero teniendo en cuenta que no había conseguido convencerla, lo menos que podía hacer era darle algo a cambio.

De hecho, le habría gustado poder dárselo todo.

Suspiró y se preguntó cuándo se había enamorado de ella. Pero prefirió no pensar en aquel asunto. Alguien debía mantener el control, así que se concentró sobre el asunto del romanticismo.

—Tienes unos vestidos preciosos en el armario.

— Bueno, en Virginia también vamos de compras. Y hasta de vez en cuando nos vestimos bien para alguna ocasión especial.

— No digas eso... Virginia me gusta mucho.

Nick había crecido en las calles de Nueva York, pero no olvidaba que Freddie era de un lugar muy distinto.

— Estaba pensando que podrías ponerte uno de esos vestidos para que saliéramos a algún sitio.

—¿Salir? ¿Adónde?

— A donde tú quieras. Podríamos ir a ver algún musical. Pero no te preocupes, no iremos a ver ninguno mío.

—Es un poco tarde para comprar entradas...

—No si se tienen los contactos adecuados— dijo acariciando su brazo —. Después, podemos ir a cenar a algún sitio. Por ejemplo, al restaurante francés que tanto te gusta. Anda, levántate... voy a llamar por teléfono a cierta persona para que me consiga unas entradas. Te espero en mi piso dentro de una hora.

Nick se inclinó sobre ella y la besó. Segundos después, se había marchado.

Freddie pensó que tal vez no fuera Sir Lancelot. Pero en cualquier caso, con o sin armadura, era un hombre muy atento.

Freddie tardó bastante tiempo en decidirse por un vestido de seda que esperaba que fuera del agrado de Nick. Pero cuando salió a la calle, deseó que se hubieran encontrado en su propia casa Caminar por las aceras de Nueva York con zapatos de tacón alto no resultaba tan fácil.

Cuando llegó al bar, saludó a Río y subió las escaleras.

— Está vez he terminado antes que tú —dijo ella.

— Tuve que ayudar a Zack con una entrega.

— Vaya, me había olvidado de tu trabajo...

Nick se puso la chaqueta y dijo:

—Es mi noche libre, no te preocupes. Estás muy guapa.

— Siempre tan atento con los cumplidos...

—¿Y qué te parece este cumplido?

Nick la abrazó y la besó.

— Yo diría que es bastante bueno — contestó ella, casi sin aliento.

—Aún tenemos tiempo para tomarnos algo. ¿Qué te apetece?

— Una copa de vino blanco.

—Bien... creo que tengo una botella que será de tu agrado.

Nick sacó una de las mejores botellas de vino de Zack, y Freddie comentó:

— Ya veo que ésta va a ser una noche memorable.

— Ésa es la idea.

El músico descorchó la botella, llenó dos copas y propuso un brindis:

—Por la familia.

Freddie sonrió y alzó su vaso.

— ¿Qué te pasa esta noche? Estás de muy buen humor.

— Ni yo mismo lo sé.

A pesar de que no sabía muy bien por qué actuaba de aquel modo, Nick no estaba nada nervioso. Era feliz cada vez que la miraba.

— ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro.

—¿Y por qué me miras de ese modo?

— ¿De qué modo?

—Como si fuera la primera vez que me ves.

—No lo sé — mintió Nick.

En realidad, era la primera vez que la veía. Era la primera vez que reconocía estaba enamorado de ella.

— Sentémonos un rato, Freddie.

— De acuerdo —dijo, mientras se dirigía al sofá—. Si no te encuentras bien podemos salir otro día...

— Estoy perfectamente.

—Pues no lo pareces. Estás pálido.

— Fred, las cosas han ido muy deprisa entre nosotros...

Freddie arqueó una ceja.

— ¿Dices que han ido muy deprisa? Pero si nos conocemos desde hace una década...

— Sabes muy bien lo que quiero decir.

— ¿Estás intentando librarte de mí de un modo educado, Nick?

—No — contestó, asustado ante la idea de llegar a perderla —. No, en absoluto. Te deseo. Y empiezo a darme cuenta de hasta qué punto.

— Me tienes, Nick. Siempre me has tenido.

— Las cosas han cambiado —declaró, sin muy bien cómo expresar lo que sentía—.Y no sólo porque nos hayamos acostado juntos, ni porque mi relación contigo sea la más intensa que haya vivido hasta ahora.

— Nunca me habías dicho nada semejante... No pensé que lo hicieras.

— No quiero presionarte, pero creo que deberías saber que...

El súbito sonido de unos pasos interrumpió la declaración de Nick. Miraron hacia la puerta y, al cabo de unos segundos, apareció Río.

— Nick, será mejor que bajes.

— ¿Le pasa algo a Zack?

— No, no se trata de Zack. Pero será mejor que bajes de todas formas.

— Quédate aquí, Fred — ordenó Nick.

— No, es mejor que baje con nosotros — dijo Río—. Se trata de Marla.

— ¿Marla? ¿Qué le ocurre?

Freddie no sabía quién era Marla. Hasta llegó a pensar que podía tratarse de alguna antigua novia que hubiera entrado borracha en el bar, o algo así.

Pero la escena que la esperaba en la cocina bastó para que comprendiera que no era así.

Marla era una mujer delgada, que probablemente había sido muy atractiva en su juventud, antes de que el cansancio hiciera mella en su rostro, lleno de cicatrices.

Estaba sentada en una silla. Un niño se aferraba a una de las patas, mientras otra niña descansaba en el suelo. Una tercera criatura, apenas un bebé, lloraba en el regazo de la mujer.

Nick se acercó a ella y acarició su mejilla. Una vez había amado a aquella mujer, cuando apenas era una niña.

— Lo siento, Nick... No sabía dónde ir.

— Hola, Carlo — dijo Nick, intentando sonreír al chico—. Has hecho muy bien en venir, Marla. ¿Pero quién es esta niña tan maravillosa? ¿Es Jenny?

Nick levantó a la niña y la sentó sobre su regazo.

— Río, ¿por qué no preparas un bocadillo para los niños?

— Claro, Nick.

— Jenny, ¿quieres sentarte con Río y ver cómo prepara los bocadillos?

La niña asintió y Nick dejó que se alejara. Después miró a Carlo para que se marchara con ella, y el chico obedeció.

— No quiero crearte problemas — dijo Marla.

— ¿Quieres un café? El bebé tiene hambre, Marla...

— Lo sé, pero no puedo darle el pecho. No tengo leche.

— ¿Quieres que prepare un biberón? — intervino Freddie—. ¿Me dejas que la tome en brazos?

— Claro. Es una niña encantadora, pero...

Freddie tomó al bebé y empezó a mamar.

— Estoy muy cansada — acertó a decir Marla.

— Te ha vuelto a pegar ese canalla, ¿verdad? — preguntó Nick.

— Nick... — protestó Freddie, para que no hablara delante de los niños.

— ¿Es que crees que no saben lo que pasa? — preguntó el músico, aunque bajó la voz—. Bienvenida a la realidad. Marla, ¿vas a llamar a la policía esta vez?

— No puedo, Nick. No sé qué haría si la denunciara. Se vuelve loco. Sabes cómo se comporta Reece cuando bebe.

— Lo sé. Pero creo recordar que dijiste que ibas a abandonarlo.

— Y lo hice. Te lo aseguro. Estuve viviendo en el apartamento que me ayudaste a encontrar, después de que me pegara por última vez.

Nick lo recordaba perfectamente. Aquel la había tirado por las escaleras estaba embarazada de seis meses.

— Entonces, ¿de dónde vienen esas cicatrices, y ese ojo morado?

Río se llevó los niños a otra habitación, para que pudieran comer tranquilamente. Marla se lo agradeció y finalmente contestó pregunta de Nick.

— Empezó a llamar por teléfono. Decía que quería ver a los niños.

— No tiene ningún derecho sobre ellos.

—Lo sé, pero parecía tan triste... además, un día vino y les regaló unos helados. Pensé que había cambiado. De todas formas, no tenía intención de volver con él. Creí que no pasaría nada si dejaba que los viera de vez en cuando, siempre y cuando no estuviera borracho. Pero esta noche, cuando volví a casa, lo encontré en el dormitorio con el bebé. Jenny le había dejado entrar. Noté que estaba borracho y le dije que se marchara, pero fue demasiado tarde.

— Tranquilízate, Marla... todo ha pasado.

—Empezó a tirarlo todo. Me llevé a los niños al dormitorio para que no les hiciera ningún daño. Pero sólo conseguí que se enfadara aún más. Vino por mí, y de algún modo logré escapar, entrar en el dormitorio y escapar con los niños por la escalera de incendio.

— Nick, toma tú al bebé —intervino Freddie—. Voy a limpiar las heridas de Marla.

Freddie empezó a curarla, poco a poco. Cuando se tranquilizó, agarró su mano para animarla.

— Hay sitios a los que puedes ir. Lugares seguros para ti y para tus hijos.

— Es mejor que llames a la policía —dijo Nick.

—Nick tiene razón —observó Freddie—, pero comprendo que tengas miedo. Si quieres puedes pedir ayuda en el centro de mujeres maltratadas. Ellas se encargarán de tus hijos.

— Nick sugirió que lo hiciera, hace tiempo, pero pensé que sería mejor que arreglara esto por mi cuenta.

—Todo el mundo necesita ayuda, de vez en cuando.

Marla cerró los ojos y dijo:

— No puedo permitir que haga daño a mis niños. Iré si tú dices que es lo que tengo que hacer, Nick.

— Fred —dijo Nick—. Sube a mi casa y abre el cajón que hay bajo el teléfono de la cocina. Busca el número de Karen, llámala y explícale la situación.

— De acuerdo.

Freddie se marchó, y apenas había terminado de hablar con Karen cuando apareció Nick.

— Siento mucho que la velada se haya estropeado.

— No te preocupes. Pobre mujer...

Los ojos de Nick se oscurecieron.

— Quiero que la lleves a ella y a los niños al centro de mujeres maltratadas. Me sentiré mejor si estás a su lado.

— Por supuesto. Volveré en cuanto...

— No, no, márchate a casa. Yo tengo algo que hacer.

— Nick...

— No tengo tiempo de discutir contigo.

Nick se dio la vuelta y se marchó.

Nick tenía algo que hacer. Supuso que no tardaría mucho en localizar al antiguo jefe de su banda. Reece seguía frecuentando los mismos lugares que frecuentaban en su juventud.

De hecho, lo encontró a unas cuantas manzanas del bar, en un bar no precisamente elegante. El ambiente estaba muy cargado, y la suciedad se acumulaba por todas partes.

— Reece.

Reece había engordado bastante. No se trataba de la musculatura típica de la edad, sino de la pesadez provocada por el consumo exagerado de alcohol. El individuo se dio la vuelta y lo miró.

— Vaya, vaya, si es Le Beck en persona. Ponle una copa a mi amigo, Gus —dijo, dirigiéndose al camarero—, y cárgalo a su cuenta.

— Déjalo —dijo Nick al camarero.

— ¿Es que eres demasiado bueno para compartir una copa con un viejo amigo?

— No bebo con tipos que me disparan, Reece.

—Eh, no tenía intención de dispararte a ti. Además, pagué por lo que hice, ¿recuerdas? Cinco años, tres meses y diez días en la cárcel. Supongo que no estarás aún enfadado porque me liara con Marla. Siempre le gusté. Me acostaba con ella cuando tú creías que sólo te quería a ti.

— Un hombre inteligente se olvida de ciertas cosas, pero tú no eres un hombre inteligente. Sin embargo, tienes razón en una cosa. He venido por Marla. No quiero que vuelvas a acercarte a ella, nunca más. Si vuelves a hacerlo, te mataré.

— ¿Esa bruja ha ido a pedirte ayuda?

— Al menos, esta vez no ha tenido que ir hospital.

— Un hombre tiene derecho a demostrar a su mujer quién lleva los pantalones. Se lo ha buscado, como siempre. Así que no vengas a decirme lo que tengo que hacer.

— No pienso decírtelo. Pienso demostrártelo. Levántate, Reece.

Los ojos de Reece se enrojecieron por la ira.

— ¿Me estás amenazando?

— Levántate — repitió.

El camarero lo miró con cara de pocos amigos, así que Nick sacó un billete y lo dejó sobre la barra del bar.

— Por los posibles desperfectos — dijo.

Gus se guardó el billete y asintió.

— Muy bien.

Reece estaba borracho, pero el alcohol incrementaba su energía. Pegó un buen puñetazo a Nick en la cabeza, y casi de inmediato su estómago. Nick se inclinó, pero consiguió dar un buen derechazo en la mandíbula de su oponente.

Después, siguió golpeándolo de forma metódica. Siempre en la cara. Le rompió la nariz y lo arrojó sobre una mesa, que se rompió bajo su peso.

Reece cargó contra Nick, enfurecido, pero el músico se apartó a tiempo. Sin embargo, el bar era bastante pequeño y no tenía mucho espacio para maniobrar.

Un segundo más tarde, Reece consiguió agarrarlo por el cuello, pero Nick no tardó demasiado tiempo en librarse. Se lanzó contra él y lo tiró al suelo. Oyó que algo de cristal se rompía y sintió que se despertaba el animal que había en su interior, alimentado por el odio.

Podía oler la sangre, incluso saborearla. Y no dejó de golpear a Reece después de que su oponente perdiera el conocimiento.

— Ya basta — dijo el camarero, que se apresuró a detenerlo con la ayuda de dos clientes —. No quiero que maten a nadie en mi local. Ya has hecho lo que tenías que hacer. Ahora, márchate.

Nick se limpió la sangre de la boca y dijo:

— Cuando se despierte, dile que terminaré el trabajo si vuelve a acercarse a su mujer.

## Capítulo 11

FREDDIE consideró la posibilidad de marcharse a casa cuando dejó a Marla y a sus hijos en el centro de mujeres maltratadas. Estaba agotada, mental y físicamente.

No había llegado a pasar de la recepción del centro, pero le había alegrado observar que parecía un lugar bastante serio.

Había dibujos de niños en las paredes, y una pequeña sala de estar a la derecha de la entrada, con aspecto de ser bastante cómoda.

La mujer que las había recibido se había portado en todo momento con gran delicadeza. Freddie apenas estuvo allí el tiempo suficiente para ver cómo se llevaba a Marla hacia unas escaleras, intentando animar por el camino.

Con todo, no volvió a casa, tal y como le había dicho Nick. Prefirió regresar al bar para esperarlo.

Cuando Río la vio, dijo:

— Ya suponía que volverías aquí. ¿Qué tal están Marla y sus niños?

— Bien, parece un buen lugar. Estarán a salvo. No creo que fuera consciente de lo que estaba pasando. Se limitó a quedarse allí, como sus hijos.

— Has hecho todo lo que podías hacer. Anda, será mejor que comas algo ahora. Y no discutas conmigo.

— No pienso discutir, pero... ¿quién es Marla, Río?

— Una antigua amiga de Nick. No la ha visto muy a menudo desde que vino a vivir con nosotros. Cuando se quedó embarazada de su primer hijo, Carlo, su familia la echó de casa.

— ¡Qué horror! ¿Cómo puede ser tan cruel gente? ¿Y qué hay del padre?

— Supongo que no estaba muy interesado — respondió —. Pero, por si te interesa, Carlo no es hijo de Nick.

— No era necesario que lo dijeras, Río. Sé Nick no lo habría abandonado nunca si fuera suyo — declaró —. Ese individuo, el tipo que la ha pegado... ¿es el padre de Carlo?

— No. Empezó a vivir con ella hace cuatro años, cuando ya había nacido el chico.

— Ya veo.

— Reece es un canalla — dijo, mientras le servía un té —. Aunque supongo que su nombre no te dice nada.

— No — frunció el ceño —. ¿Debería?

— Estuvo a punto de matar a Nick. Hace diez años, apareció aquí con un par de miembros de su banda. Estaban borrachos, y armados hasta los dientes. Supongo que querían robar. Reece quiso matar a Zack.

— Lo recuerdo... Y Nick empujó a Zack para salvarle la vida.

— En efecto, pero recibió un balazo a cambio. Pensé que iba a morir, pero Nick siempre ha sido un tipo duro.

— ¿Y dónde está ahora? ¿Dónde ha ido?

Río pensó en la posibilidad de mentir. Pero prefirió decir la verdad.

— Seguro que ha ido a buscar a Reece. Y lo habrá encontrado.

Freddie se quedó sin respiración.

— Tenemos que decírselo a Zack. Tenemos que...

Río puso una mano sobre su hombro y dijo:

— Zack y Alex han salido a buscarlo, pequeña. No podemos hacer nada, salvo esperar.

Freddie esperó, pero su tensión era tal que al final subió al apartamento de Nick y empezó a andar de un lado a otro. Cada sonido de la calle, cada ruido que procedía del bar, sobresaltaba. Cada sirena que se oía a lo lejos la aterraba.

Sólo quería que Nick regresara, sano y salvo.

Atormentada por lo podía suceder, decidió ocupar su tiempo en algo y empezó a limpiar la casa. Cuando por fin oyó los pasos en la escalera, estaba fregando el suelo de la cocina. Dejó la fregona y corrió a toda prisa hacia la puerta.

— Nick, oh, Nick...

Freddie se arrojó a sus brazos.

— Te dije que te marcharas a casa.

— No me importa lo que dijeras. Estaba tan asustada... oh, estás herido.

Nick tenía sangre en la cara, y un ojo bastante morado. Su ropa estaba arrugada y marchada igualmente de sangre.

— Tienes que ir al hospital.

— No necesito ir a ningún hospital. Y no empieces con ningún discursito. Ya he tenido bastante con Zack. Márchate a casa, Fred.

Freddie no dijo nada. Se dirigió al cuarto de baño y sacó un antiséptico, algodón y algunas vendas. Cuando Nick supo lo que pretendía, espetó:

— No necesito que hagas de enfermera.

— Límitate a estarte quieto. Supongo que tendría que preguntarme por el aspecto de tu oponente... No tenía mucho sentido que fueras a buscarlo.

— Eso es asunto mío. Marla significó algo para mí en el pasado. Y aunque no fuera así, cualquier hombre que se dedique a pegar a una mujer merece una paliza.

Freddie empezó a limpiar sus heridas.

— Tal vez tengas razón, pero no estoy de acuerdo con el método que has elegido. Esto va a dolerte...

— Preferiría que te marcharas a casa.

— Pues no tengo intención de hacerlo. Oh, Dios mío... mira tus manos. Mira lo que has hecho con tus manos. Maldito idiota, ¿no pudiste golpearlo con otra cosa?

Las preciosas manos de Nick estaban hinchadas y llenas de heridas.

— Digamos que se estrellaron en su boca varias veces.

— Típico en ti. Si no puedes resolver un problema, tumbalo. Debiste llamar a Alex.

— No me presiones. Ya oíste a Marla. No va a presentar cargos contra él.

— Pero está en el centro de acogida, ¿no es verdad?

— Sí, claro. Lamentablemente, Reece seguirá libre. Pero esta vez se cuidará mucho de acercarse a ella. Intentó matar a mi propio hermano una vez y pasó cinco años en la cárcel. Pero no ha servido de gran cosa.

— Estuvo a punto de matarte entonces. Podría haberlo hecho ahora.

— Pero no ha sido así. Así que cállate.

Nick se levantó y caminó a la cocina. Sacó la caja de aspirinas, pero sus manos estaban tan hinchadas que no podía extraer ninguna.

Freddie se acercó y la sacó por él. Después llenó un vaso de agua para que la tomara.

— ¿Quieres de verdad que me marche, Nick?

— Sí. Si quieres hacer algo por mí, vete a casa. Déjame solo.

— Sí, claro, debí recordar que algunos tipos prefieren quedarse solos para lamerse las heridas.

Freddie se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. En aquel momento, entró Zack. La mujer pasó a su lado y dijo:

— Ten cuidado, creo que tiene la rabia.

— Freddie...

Zack no consiguió detenerla. Se dirigió a la cocina y preguntó a su hermanastro:

— ¿Qué has hecho para que se marchara llorando?

— Nada — contestó —. Márchate, Zack. No estoy de humor para nada.

— Siéntate, Nick, o te caerás. No estás en muy buen estado.



Nick obedeció y se sentó en la silla de la cocina.

Zack lo miró. Freddie había limpiado sus heridas, pero a pesar de todo tenía un aspecto lamentable.

— Te dio unos cuantos golpes, según parece.

— Pero él se llevó unos cuantos más.

— Quítate la camisa. Quiero ver en qué estado te encuentras.

Nick no tenía fuerzas para oponerse, así que dejó que se la quitara. Y en poco tiempo, su hermanastro confirmó lo peor.

—Creo que tienes algo más que unos cuantos golpes, Nick. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así?

— Tenía que hacerlo.

—¿Tienes algún linimento por aquí?

— Creo que hay algo bajo la pila.

Zack lo localizó y terminó el trabajo de Freddie.

—Mañana te sentirás bastante peor que ahora.

— Justo lo que necesitaba oír. Anda, enciéndeme un cigarrillo. He perdido mi paquete.

Zack sacó un cigarrillo, lo encendió y se lo dio:

—Espero que ese canalla tenga tan mal aspecto como tú.

— Oh, no te preocupes, su aspecto es bastante peor.

—Me alegro. Casi me sorprende que tuvieras fuerzas para pelearte con Freddie.

—No me he peleado con ella. Sólo le pedí que se marchara. No debió involucrarse en este asunto.

— Tal vez no. Pero sabe cuidarse de sí misma.

Dos días más tarde, Freddy estaba segura de que Nick la estaba evitando. Sin embargo, decidió ir de todas formas a su casa. No esperaba encontrar la puerta cerrada con llave. Por suerte, Zack le aseguró que estaba dentro, descansando.

Cansada de preocuparse por él, se marchó. Y puesto que no podía trabajar, pensó que podría dedicar su tiempo a otras ocupaciones.

Le divertía llevar juguetes al centro de mujeres maltratadas. Marla estaba bastante nerviosa, pero los niños estaban mucho más tranquilos. Y Freddie obtuvo una gran recompensa a sus esfuerzos cuando, un día, Carlo le sonrió.

Pensó que sólo necesitaban un poco de tiempo y cariño, y se preguntó qué necesitaba Nick. Al parecer, no la necesitaba precisamente a ella. Al menos por el momento.

Así que estaba dispuesta a mantenerse a cierta distancia mientras pudiera.

Al llegar a Nueva York pensó que todo iba a resultar muy sencillo. Pero la realidad, como siempre, había sido muy diferente a lo esperado. Una sombra del pasado se había interpuesto en su camino.

Suspiró y abrió el portal del edificio en el que vivía. De repente, alguien la agarró por detrás y ordenó:

— Sigue andando. Y no te muevas. Tengo un cuchillo en tu espalda. Supongo que no querrás que lo use.

Freddie intentó mantener la calma.

—El dinero está en el bolso. Puede llevárselo.

— Ya hablaremos de eso. Ahora, llama al ascensor o te atravieso ahora mismo.

Freddie obedeció, aterrorizada. Cuando entraron en el ascensor, pudo ver su rostro.

Era Jack.

— Tú eres amigo de Nick... Estaba con él la noche que te dio el dinero. Si necesitas más, te lo daré.

— Me darás algo más que dinero. Es una cuestión de honor, pequeña.

— No lo comprendo...

La puerta del ascensor se abrió cuando llegaron al piso donde vivía.

— Ahora vamos a dirigirnos tranquilamente a la puerta de tu casa. Y no pretendas engañarme, porque sé cuál es. Luego abrirás la puerta, y entraremos.

— A Nick no le gustaría que me hicieras daño.

— Peor para él. Si intentas sacar alguna cosa de ese bolso, que no sean las llaves, te apuñalo.

Freddie sacó las llaves, con movimientos deliberadamente nerviosos. Pensaba que alguien podría oír lo que estaba sucediendo si ganaba tiempo.

—Muévete.

Cuando por fin abrió la puerta, Jack la empujó al interior de la casa y cerró la puerta.

—Muy bien, ya estamos solos. Siéntate en esa silla. Nick no debió pegar esa paliza a Reece. Un miembro de la banda siempre es un miembro de la banda.

—¿Reece te ha metido en esto? Jack, tienes que hacerlo. Te está utilizando.

—Es mi amigo, no como otros, que han olvidado ya los viejos tiempos.

Freddie habría sentido lástima por aquel hombre si no la hubiera estado amenazando con una navaja.

—Si me haces daño, serás tú quien pagues las consecuencias. No Reece.

—Ya me preocuparé yo de eso. Y ahora, quítate la ropa.

Frederica lo miró, aterrorizada. Jack notó su miedo y sonrió.

—Es posible que antes de que haga lo que tengo que hacer nos divirtamos un poco. Desnúdale, pequeña.

Freddie supo entonces que tenía intención de violarla y matarla después. Y que se divertiría haciéndolo.

—Por favor, no me hagas daño...

—Haz lo que te digo y nadie te hará daño mientras se humedecía los labios —. Desnúdate o empezaré a cortarte.

—No me hagas daño — repitió—. Haré lo que quieras, lo que quieras.

—Seguro.

Freddie decidió usar un truco. Miró hacia la puerta del dormitorio, y Jack hizo lo mismo. Eso fue todo lo que necesitaba. Con todas sus fuerzas, arrojó las llaves del piso a los ojos de su asaltante.

Jack gritó e intentó clavarle la navaja, pero Freddie le dio un buen golpe con la lámpara que había comprado días atrás.

La navaja cayó al suelo cuando Jack perdió el conocimiento. Frederica estuvo unos segundos observándolo.

Después, corrió al teléfono y llamó a Alex.

—¿Tío Alex? Necesito ayuda.

No se desmayó. Temía hacerlo, pero fue capaz de seguir las instrucciones de su tío y salir de la casa. Así que se encontraba en calle cuando legó la policía.

Alex apareció poco tiempo después.

—¿Te encuentras bien? — la abrazó—. ¿Te ha hecho daño?

—No, no lo creo, pero estoy algo mareada.

—Siéntate, cariño, siéntate aquí — dijo, mientras la llevaba hacia la escalera del edificio.

Acto seguido se dirigió a los agentes de policía y ordenó:

—Subid y detened al tipo que encontraréis en el piso por asalto a mano armada, intento de violación y cualquier otra cosa que se os ocurra.

—Dijo que Reece se lo había ordenado— dijo Freddie.

—No te preocupes, ya nos ocuparemos de eso. Ahora te llevaré al hospital. No te dejaré sola allí.

—No quiero ir al hospital —protestó—. Sólo me ha hecho un pequeño corte en el costado.

la tomó en brazos.

—No, por favor, no me lleves al hospital. No es nada serio. Duele un poco, pero dejará de sangrar enseguida.

En aquel momento, los agentes sacaron a Jack del edificio. Alex habría hecho cualquier cosa por su sobrina, pero no podía dejarla en su piso.

—Muy bien, como quieras. El bar está cerca, así que te llevaré allí. Pero si no me gusta el aspecto de esa herida, te llevaré al hospital.

—De acuerdo.

Freddie apoyó la cabeza en su hombro y sintió unos terribles deseos de dormir.

Uno de los policías se dirigió a Alex y comentó:

— Ese tipo necesita un médico, y urgentemente.

— Pues llamad a uno. Quiero que esté en perfecto estado cuando lo encierre.

Fred no recordó nada del corto viaje al bar, salvo la voz de su tío, que intentaba llamarla.

—No permití que me hiciera daño, tío Alex.

— Lo sé, cariño, y lo hiciste muy bien. Pero, ahora deja que me ocupe yo de todo.

Río se pegó un buen susto cuando Alex entró en la cocina. Rápidamente dio la voz de alarma.

—Siéntala aquí ahora mismo. ¿Quién ha hecho daño a mi pequeña? ¡Nick! ¡Baja ahora mismo, Nick! ¡Y trae una botella de brandy!

—Estoy bien, Río, de verdad — dijo Fred.

Alex suspiró aliviado cuando vio que el corte que había sufrido no tenía importancia.

—Bueno, bastará con un poco de alcohol.

Nick bajó enseguida, algo molesto por las órdenes de Río, puesto que no sabía lo que había pasado.

— ¿Qué diablos ocurre?—. En cuanto vio a Freddie, se sintió desfallecer.

— Venga, cariño, toma un poco de brandy— dijo Río.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Nick, desesperado —. ¿Has sufrido un accidente? ¿Fred? ¿Estás bien?

— Deja que se recobre — dijo Alex—. Anda, Freddie, tómate el brandy. Así, tranquila...

— Estoy bien...

— Tienes sangre... — dijo Nick —. Dios mío, estás sangrando...

— Ya nos estamos ocupando de eso — dijo Alex —. Quiero que vengas a casa conmigo, Freddie. Cuando te sientas mejor, te tomaré declaración.

— Puedo hacerlo ahora. De hecho, prefiero hacerlo ahora.

— ¿Declaración? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó el músico —. Maldita sea, Freddie, te dije que tuvieras cuidado...

— Tu viejo amigo, Jack, se interesó por dinero —dijo Alex.

Nick palideció.

— Jack — repitió —. ¿Dónde está ese canalla?

—Está detenido. Bueno, lo que queda de él— comentó Alex—. Y ahora, Freddie, cuéntamelo todo desde el principio.

— Estaba abriendo el portal de casa cuando...

Nick escuchó toda la narración, cada vez más desesperado, sintiéndose impotente. Pensó que todo era culpa suya. Al haber golpeado a Reece había puesto en peligro la vida de la mujer que amaba.

—Y luego te llamé — terminó Freddie —. Jack estaba sangrando. Sus ojos...

— Olvídate de él — dijo Alex —. Iré a tu casa y traeré lo que necesites. Puedes quedarte con nosotros tanto tiempo como quieras.

— Gracias, pero tengo que volver a mi piso— dijo —. No puedo tener miedo de vivir en mi propia casa, tío Alex. No pienso permitir que canalla interrumpa mi vida.

— Eres una cabezota — la besó—. Si cambias de idea, llámanos por teléfono.

Alex se incorporó y miró a los tres hombres que los rodeaban.

—Cuidad de ella. Voy a la comisaría para ocuparme de este asunto. Ah, y encargaos de que descansen un rato.

Cuando Alex se marchó, los tres hombres clavaron sus ojos en Frederica.

— Oh, vamos, no voy a morirme...

Nick no dijo nada. Se limitó a acercarse y a tomarla en brazos.

— No necesito que me lleves en brazos...

— Cierra la boca. Te llevaré arriba.

— Puedo ir a mi casa. Además, no quieres que esté aquí. ¿Crees que no lo sé?

— Te quedarás — insistió, mientras subía las escaleras —. Y descansarás hasta que te recobres.

Nick entró en el apartamento y la llevó dormitorio.

— No quiero quedarme contigo.

— No te preocupes. Te dejaré a solas. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Quieres que llame a Rachel, o a alguna otra persona?

—No, no — cerró los ojos, cansada —. No quiero nada.

— Entonces intenta dormir un rato —dijo, mientras cerraba la contraventana —. Si necesitas algo, llámame. Estaré en el bar.

Freddie cerró los ojos, esperando que se marchara. Y cuando por fin lo hizo, no los, abrió.

Nick no le había ofrecido el cariño que le había ofrecido Alex, ni la preocupación de Río y de Zack. Pero se había enfadado terriblemente. Estaba furioso por lo que le había sucedido, y eso demostraba que la quería.

No obstante, se conocían desde hacía tanto tiempo que su actitud no significaba, necesariamente, nada.

Por desgracia, no había hecho lo único en realidad deseaba. No la había abrazado como necesitaba. Y se preguntó si alguna vez lo haría.

## Capítulo 12

FREDDIE no creyó que pudiera conciliar el sueño, y se sorprendió bastante cuando despertó a la luz del día. No supo si alegrarse, sin embargo, cuando recordó lo había pasado y la razón por la que estaba sola, en la habitación de Nick.

Se quitó la venda de la herida y apartó la sábana. Tenía sed. El brandy que había tomado la noche anterior le había dejado la boca seca como el corcho.

Se dirigió a la cocina y tomó un vaso de agua. Se sentía bastante débil, y entonces recordó que no había comido nada desde la mañana anterior.

Abrió el frigorífico de Nick, sin esperar encontrar gran cosa, y sacó una chocolatada y una manzana, que devoró. Estaba sirviéndose otro vaso de agua cuando apareció Nick, con una bandeja.

El corazón de Nick se contrajo cuando la vio en la cocina, con aspecto frágil y desvalido. Al pensar en lo que le había pasado, se estremeció e intentó disimularlo con un tono de voz neutro.

— Ya veo que te has levantado...

— Eso parece — dijo, de forma distante.

— Río pensó que tal vez querrías comer. Tienes mejor aspecto.

— Estoy bien.

— Ya.

— He dicho que estoy bien. Tú eres el que parece haber sido atropellado por un camión.

— Yo busqué la pelea, pero tú no. Y ambos sabemos quién tiene la culpa.

— Reece.

— Reece no habría hecho nada contra ti de no haber sido por mi culpa. Y si no hubieras estado conmigo, Jack no habría llegado a conocerte.

— Ya veo. Como siempre, tú eres el centro del mundo. Según tu lógica, me atacaron e intentaron violarme porque estaba caminando contigo por la calle, una noche.

Nick se quedó helado al pensar en lo que podía haberle ocurrido.

— No tiene nada que ver con la lógica. Reece quería que pagara por lo que le hice, y encontró un modo de vengarse. No puedo hacer nada, porque Alex...

— ¿Hacer? ¿Y qué quieres hacer? ¿Volver a pegar a Reece? ¿Dar una paliza a Jack? ¿Te parece una forma correcta de actuar?

— No, supongo que no. Pero, de todas formas, tú y yo tenemos que hablar. Creo que, cuando te recuperes, será mejor que trabajes en casa. Te enviaré las partituras.

— ¿Qué quieres decir?

— Lo que acabo de decir. Creo que será mejor que trabajáramos separados y, desde luego, no quiero que vengas aquí.

— Comprendo — dijo —. Supongo que te refieres a lo profesional y a lo personal.

— Lo siento.

— ¿De verdad? Qué amable por tu parte. Me dices que me marche, así, de repente... Nick, te he amado toda la vida.

— Y yo también te amo. Pero es lo mejor para los dos.

— Tú también me amas... ¿cómo te atreves a burlarte de mí?

— Mira, Fred, he cometido un error y estoy intentando arreglarlo. Creo que confundes los sentimientos con el sexo.

Freddie tardó unos segundos en hablar, y cuando lo hizo, estalló.

— ¿Crees que sólo era una cuestión de atracción sexual? Pues no es así. Y lo sabes de sobra. Era la única forma que tenía de acercarme a ti. Pero también era algo importante. Hice todo lo posible con tal de acercarme a ti, con tal de que te fijaras en mí. Lo planeé todo, paso a paso, hasta que...

— ¿Lo planeaste? —preguntó, asombrado—. ¿Viniste a Nueva York para acostarte conmigo? ¿Quieres decir que todo ha sido un juego para ti?

Freddie abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. De repente, su actitud le parecía fría y calculadora. Pero su intención no había sido esa.

— Sí, claro — continuó él—. Supongo que es lógico. Estás acostumbrada a obtener todo lo que quieres y eres capaz de hacer cualquier cosa para lograrlo.

— Sí —dijo, avergonzada—. Quería que me amaras.

— ¿Y cuál es el resto del plan? ¿Pretendes que me case conmigo, que tengamos hijos?

— No tenía intención de engañarte.

— Puede que no fuera tu intención, pero ése era tu objetivo.

— Sí — murmuró.

— Ya. La lista de objetivos de Freddie. Ir Nueva York, trabajar con Nick, acostarse con Nick, casarse con Nick y formar una familia, la familia perfecta — dijo, con amargura—. Y todo estaba a punto de salir como tú querías. Pues bien, siento decepcionarte, pero no estoy interesado.

— Comprendo.

Fred quiso levantarse, pero Nick lo impidió.

— ¿Crees que es tan fácil? Quiero que mires bien al tipo con el que querías casarte. No soy tan distinto del individuo que estuvo a punto de matarte. Todos lo saben. Incluso la familia lo sabe, ¿verdad? La familia de la que has sacado todas esas fantasías. ¿No es cierto, Fred?

Freddie se sentía tan humillada que estaba a punto de llorar.

— ¿Cuántas personas crees que hay como los Stanislaski? — preguntó Nick—. Muy pocos Fred. En cambio, fíjate en el mundo en que vivo. Mujeres maltratadas, niños asustados, borrachos que se pelean en los bares... hasta hombres que se dedican a violar a mujeres inocentes. ¿Y tú quieres formar una familia con eso?

— Tú no tienes la culpa de lo que pasó con Marla, ni conmigo.

— ¿No? Yo soy la amenaza. Puede que haya escapado de ese mundo, pero sólo gracias a la familia. ¿Y qué crees que dirían si supieran que me acuesto contigo?

— No seas ridículo. Te quieren.

— Sí, claro, y yo les debo muchas cosas. ¿Crees que acostarme contigo es una buena forma de pagar lo que han hecho por mí? Además, pareces estar convencida de que quiero casarme y tener hijos. Pues no es así.

Ni siquiera sé quién era mi padre... pero sé quién soy, y no pienso olvidarlo. Me importas tanto que no puedo permitir que las cosas sigan por ciertos caminos.

— Te importo, y sin embargo estás a punto de romper nuestra relación.

— Exacto. No debí permitir que las cosas llegaran tan lejos... me engañaste, y yo perdí el control. Por el bien de la familia, será mejor que olvidemos lo que ha pasado.

— ¿Olvidar?

— Olvidarlo todo. No pienso poner en peligro tu seguridad y, desde luego, no quiero herir a la familia. Son todo lo que tengo, las únicas personas que se han preocupado por mí.

— Pobre Nick — se burló—. Pobre Nick. Crees que eres el único que conoce lo que es el rechazo, pero te equivocas. Yo también lo conozco.

— Eso no es cierto.

— Mi madre nunca me quiso.

— Tonterías. Natacha...

— Me refiero a mi madre biológica.

Nick quedó en silencio durante unos segundos. Resultaba muy fácil olvidar que Spencer había estado casado antes.

— Murió cuando eras una niña. No sabes lo que sentía por ti.

— Lo sé. Mi padre no me lo habría dicho nunca, pero empecé a escuchar a hurtadillas las conversaciones que mantenía con mi hermana, o con Natacha. Sé que para ella sólo fui un error, algo que no deseaba. Por eso me abandonó. Pero he aprendido a vivir con ello.

— Lo siento, Fred, no lo sabía... Nadie me ha contado nada sobre ella. Pero eso no cambia lo que ha sucedido entre nosotros.

— No, no cambia nada. Tú no quieres que cambie nada.

Freddie había empezado a llorar.

— Sabías que estaba enamorada de ti —continuó—. Y sabes que haría cualquier cosa para que fueras feliz. Pero no quieres comprometerte con nadie, Nick.

— Estás demasiado alterada para hablar. Iré a buscarte un taxi.

— No irás a ninguna parte. Me iré cuando tenga que marcharme. Puedo cuidar de mí misma, como demostré ayer. No te necesito. Puedo vivir sin ti, Nicholas, así que no tienes que preocuparte por nada. Pero pensé que podías amarme. Lamentablemente, me equivoqué. No eres capaz de amar. Quería tan poco de ti... tan poco que me siento avergonzada.

— Fred...

— Olvídalo. Ni una sola vez me dijiste que me amaras. Ni lo demostraste, excepto en la cama. Pero no basta con eso. Nunca me dijiste una palabra dulce. Ni siquiera un simple cumplido. Ni flores, ni música, ni cenas románticas... Yo hice todo el trabajo.

— No me comporté de forma romántica porque las cosas se complicaron muy deprisa —mintió—. No puedo darte lo que necesitas.

— Eso está bastante claro. Y será mejor que me marche. Así que haremos lo que tú mismo has sugerido. Nos olvidaremos de todo.

— Fred, espera un momento...

— No me toques —dijo, cuando intentó detenerla—. Terminaremos el musical y, cuando estemos en presencia de la familia, disimularemos para que nadie sospeche lo que ha pasado. Pero no quiero volver a verte.

— Pero si vives a tres manzanas de aquí...

— Eso puede cambiarse.

— ¿Vas a volver a casa?

Freddie lo miró con frialdad y contestó, antes de marcharse:

— Ni lo sueñes.

Nick pensó emborracharse. Era una solución bastante fácil, y no habría hecho daño a nadie, pero no le apetecía. No consiguió dormir en toda la noche y la música que escribía tampoco era particularmente buena.

Había hecho lo que tenía que hacer, pero se sentía muy mal.

Pensó que Fred no tenía ningún derecho a atacarlo. A fin de cuentas había confesado que todo formaba parte de un plan premeditado. La única víctima era él y, a pesar de todo, había hecho lo necesario para protegerla hasta el final.

De repente, se imaginó casado y con hijos y le pareció una perspectiva más que atractiva. Tal vez una locura, pero una locura atractiva.

Por desgracia, ya no servía de gran cosa. Freddie ya sólo sentía desprecio por él.

Ahora que todo había terminado, comprendía que había cometido un grave error. Había tenido la oportunidad de vivir con la mujer que amaba, pero se había comportado como un estúpido. Siempre la había querido. Si deseaba contar algo a alguien, corría a compartirlo con ella. Si estaba triste, su voz bastaba para animarlo.

Toda la vida habían sido amigos, y cuando descubrió que podían ser algo más, hizo lo posible por evitarlo. Por si fuera poco, Frederica tenía razón al decir que nunca había tenido un gesto amable, ni una palabra, con ella. No la había cortejado, y ahora, la había perdido.

Echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Pero intentó convencerse de que Freddie estaría mejor sin él.

En aquel instante, alguien llamó a la puerta. De inmediato, pensó que era ella, que había regresado. Pero no fue así.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Rachel?

— Visitarte, nada más. No tengo que ir al juzgado hasta dentro de un par de horas— dijo, mientras se sentaba en una silla—. Siéntate a mi lado, Nick. Quiero hablar contigo.

— ¿Hay algún problema?

— Sí, tú. Según creo. Siéntate.

Cuando lo hizo, Rachel declaró:

— Nick, sabes que te quiero mucho.

—Sí, claro.

— Sólo quería dejarlo claro antes de decirte lo estúpido que has sido. Estúpido, idiota y desconsiderado.

— ¿A qué viene eso?

— Anoche estuve con Freddie.

— ¿Cómo se encuentra?

— En lo relativo al asalto que sufrió, bastante bien. Pero no tan bien con relación a ti.

— Eh, espera un momento... yo no la he atacado.

— Le has roto el corazón, Nick.

— Mira, Rachel, nos acostamos unas cuantas veces. Y cuando me di cuenta del error que estábamos cometiendo, di por finalizada nuestra relación.

— No insultes mi inteligencia, ni la inteligencia de Freddie, ni la tuya.

Nick cerró los ojos, cansado, y decidió olvidar su orgullo y decir la verdad.

— La amo. No me había dado cuenta de cuánto la quería hasta que se marchó.

— ¿Te has molestado en contárselo?

— No de la forma que necesitaba. No soy muy bueno con esas cosas, ni estaba preparado —dijo, mientras caminaba por la habitación, nervioso—. Además, Freddie lo planeó todo desde el principio.

— Y eso hirió tu orgullo. Lo que demuestra que eres un perfecto idiota. Otros hombres se lo habrían tomado como un cumplido. Pero tú te limitaste a echarla de tu vida.

— Se marchó por decisión propia.

— ¿Y quieres perderla para siempre? Si te atreves a decirme que no eres suficientemente bueno para ella, te aseguro que te dará una bofetada.

— No sé si puedo darle lo que necesita —confesó.

— Pues si no puedes, no pasa nada. Ella lo comprenderá. De todas formas, ya no está enfadada. Ha estado llorando toda la noche, y creo que ahora estaría dispuesta a perdonarte.

— Quiero que vuelva —dijo, asustado—. Quiero que regrese conmigo.

— Entonces, haz algo para lograrlo.

Rachel se levantó y lo besó en la mejilla.

— La pelota está en tu tejado, Nick.

Nick no estaba seguro de que pudiera hacerlo. Mientras caminaba hacia la casa de Freddie no dejaba de pensar en ello. Iba a tener que hacer un gran esfuerzo para que una simple escena valiera por todo un ritual de cortejo.

Cuando llegó al edificio alzó la mirada y se dirigió a la escalera de incendios.

— ¿Adónde crees que vas, Le Beck?

Nick reconoció inmediatamente la voz del policía.

— ¿Qué tal estás, Mooney?

— Acabo de preguntar que a dónde vas.

— Necesito subir a esa escalera, Mooney.

— ¿De verdad?

— ¿Ves aquella ventana? La mujer que amo vive allí.

— La sobrina del capitán Stanislaski vive en esa casa. Y según parece, tuvo un grave problema.

— Lo sé. Se trata de ella. Y ahora, está algo enfadada conmigo.

— Ya.

— Estropeé las cosas entre nosotros y quiero arreglarlo. No permitiría que entrara por la puerta principal.

— ¿Y crees que voy a permitir que te cueles por la ventana de la casa de una señorita?

— Mooney, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos?

— Demasiado —contestó, aunque sonriendo un poco—. ¿Qué pretendes?

Nick le contó lo que había pensado, y cuando terminó, el policía sonreía de oreja a oreja.



— Muy bien, dejaré que lo intentes. Pero, si la dama no se muestra receptiva, bajarás de inmediato.

—Trato hecho. Pero podría tardar un buen rato... ten en cuenta que es muy obstinada.

— Todas lo son. Venga, te ayudaré a subir.

Con la ayuda del agente, Nick consiguió subir a la escalera. Y al cabo de unos minutos, llegó a la altura de la ventana de Freddie.

Nick llamó al cristal y Fred no tardó en abrir. Pero no lo miró, precisamente, con buenos ojos.

— Fred, quiero...

Frederica cerró la ventana de golpe y echó el pestillo.

—¡Vamos, Nick! —exclamó el policía, desde abajo.

Un hombre que pasaba por la calle se detuvo junto al policía y le preguntó:

— ¿Qué sucede?

—Ese chico está intentando seducir a una dama.

Nick se dijo que Frederica estaba enfadada y que sólo tenía que conseguir su atención. Así que sacó el ramo de flores que llevaba escondido, esperando que surtiera efecto, y volvió a llamar.

— Abre, Fred, te he comprado unas flores... son rosas amarillas, tus flores preferidas— añadió, desesperado.

Sin embargo, Freddie no abrió.

— ¡Cada vez te queda menos tiempo, Nick!

— ¡Cállate, Mooney!

Para entonces se había reunido una pequeña multitud en la calle, pero Nick no hizo demasiado caso. Sacó las velas que había llevado, las puso en el alféizar y las encendió. Después, empezó a hablar en voz alta para que Fred pudiera oírlo.

— Fred, ¿te he dicho alguna vez lo bella que estás a la luz de las velas? ¿Te he dicho cómo brillan tus ojos y tu piel? En realidad, estás preciosa con cualquier luz, de día y de noche. Debí decírtelo. Debí decirte muchas cosas.

Nick se detuvo un momento antes de continuar.

— Tenía miedo de arruinar tu vida, y lo compliqué todo innecesariamente. Permite que corrija mi error. Deja que te diga todo lo que debí decir en el pasado. Como que me vuelve loco tu aroma. Estás todo el tiempo en mi interior, incluso cuando no estoy a tu lado.

— Ésa es buena — dijo Mooney.

—Abre la ventana, Fred. Necesito tocarte.

Ni siquiera estaba seguro de que lo escuchara, pero continuó de todas formas. Olvidó su orgullo y empezó a cantar *It Was Ever You*, uno de los temas que habían compuesto juntos.

Fred no tardó en aparecer.

— Basta, estás haciendo el ridículo y me estás poniendo en evidencia. Quiero que...

— Te amo.

— Márchate, Nick.

— Siempre te he amado, Freddie. Me comporté como un estúpido al permitir que te marcharas. Pero necesito que me perdones, que me des otra oportunidad. No soy nada sin ti.

Freddie derramó su primera lágrima.

—¿Por qué estás haciendo esto? Ya he tomado una decisión.

— Debí hacerlo hace mucho tiempo. No me abandones. Dame una oportunidad.

Nick tomó las flores y se las ofreció.

Después de un momento de duda, la joven las aceptó.

—Nick, yo...

—Tenía miedo de amarte — murmuró—. Porque era una sensación tan profunda, tan enorme, que pensé que me tragaría. Y temía demostrarte mi afecto.

Freddie miró las flores y después, volvió a mirar a Nick. Siempre había soñado con observar aquel brillo en sus ojos. La ternura, la fuerza y el amor.

— Nunca quise que fueras distinto, Nick. Me gustas tal y como eres.

— Sal — dijo, extendiendo su mano para que la tomara —. Ven a mi mundo.

Frederica movió la cabeza en gesto negativo y rió.

— De acuerdo, pero es posible que nos arresten.

— No hay peligro. Tengo a un policía vigilando.

Cuando salió a la escalera, Fred miró hacia abajo. Además del agente de policía, había varios curiosos que contemplaban con interés la escena.

—Nick, esto es ridículo. Podemos seguir hablando en casa.

— Pero prefiero que lo hagamos aquí — dijo, decidido a ser romántico con ella —. Además, no hay mucho que decir. Sólo dime que me amas.

Fred acarició su mejilla.

— Te amo.

— ¿Me perdonas?

—No tenía intención de perdonarte. Nunca. Había decidido seguir mi vida sin ti.

—Tenía miedo de que lo hicieras. Pero... ¿me perdonas ahora?

— No me has dejado otra opción — contestó, llorando —. ¿En qué estabas pensando cuando decidiste encender unas velas y ponerte a cantar antes del mediodía?

— Bueno, pensé que había llegado el momento de que te cortejara. ¿Quieres que siga con mi plan?

—Quería disculparme por eso...

— Pues espero que no lo hagas — dijo, besando su mano —. Me alegra mucho que planearas que me enamorara de ti, y no pienso olvidarlo en toda mi vida. Pero necesitaré mucho tiempo para demostrarte mi gratitud. Y espero que me des esa oportunidad. Cástate conmigo, Fred.

Entonces, sacó una cajita que contenía un anillo de diamantes. Acto seguido, añadió:

—Nadie te ha amado como yo te amo. Y nadie lo hará, nunca.

Freddie se dijo que aquello no era ningún sueño, ni una fantasía, ni un paso más en un plan previamente trazado. Era real, y tan perfecto como emocionante.

—Sí, me casaré contigo, Nick.

Fred rió y se arrojó a sus brazos.

— Parece que el chico lo ha conseguido al fin — comentó el policía.

El agente Mooney se permitió el placer de observar a la pareja que se estaba besando cinco pisos más arriba. Pero, pasados unos segundos, blandió su porra y disolvió la pequeña multitud que se había formado.

— Muy bien, márchense. Necesitan un poco de intimidad.

El agente se marchó, silbando. Sin embargo, se dio la vuelta y sonrió cuando la mujer lanzó el ramo de flores al cielo. Mooney pensó en Nick Le Beck y se dijo que había recorrido un largo camino.

## Epílogo

EL RITMO DE BROADWAY Por Ángela Browning.

*Después del grandioso estreno que cosechó anoche el musical First, Last and Always, protagonizada por la luminosa Maddy O'Hurley y por el delicioso Jason Craig, nadie puede dudar del éxito de las dos estrellas en el Great White Way. Los espectadores quedaron encantados con la obra, desde la colorista obertura hasta el romántico número final. La señora O'Hurley, en particular, demostró su gran categoría y su perspectiva de los personajes con el cautivador retrato de la figura de Caroline, que evoluciona desde la ingenuidad inicial a la madurez de una mujer.*

*Aunque las dos estrellas mencionadas iluminaron con su brillo el escenario, fue la música, sin embargo, la responsable del éxito. Desde anoche, Broadway tiene dos nuevas estrellas. El equipo formado por Nicholas Le Beck y Frederica Kimball ha creado una obra que va directamente al corazón. Créanme. Anoche hubo muy pocas personas que no llorara con la interpretación de It Was Ever You. La música, y las letras, son los latidos de cualquier musical, y el corazón de la obra mencionada late con un espíritu pesco y lleno de energía. El debut del señor Le Beck, con Last Stop supuso todo un éxito reafirmado ahora con First, Last and Always.*

*En cuanto a su socia, la señorita Kimball, no le anda a la zaga. Sus letras vacilan entre la poética al cinismo, pasando por la ironía, y conectan tan bien con la música de Le Beck que resulta difícil averiguar qué hicieron en primer lugar. Como todas las grandes colaboraciones artísticas, el trabajo conjunto de los dos autores carece de puntos débiles.*

*Tal vez se deba a que el equipo formado por Nick Le Beck y Frederica Kimball va más allá de lo puramente profesional. Casados hace tres meses, la flamante pareja tiene muchas razones para sonreír después del exitoso estreno de anoche. Yo, por mi parte, les deseo un larga, feliz y productiva relación.*

—¿Cuántas veces vas a leer ese artículo?

Freddie suspiró. Estaba sentada, con las piernas cruzadas, sobre la cama sin hacer, y tenía copias de todas las entrevistas y artículos a su alrededor. Hacía tiempo que se había deshecho el moño había lucido en el estreno, y su pelo caía, suelto. En cuanto el vestido negro que había llevado en el estreno, yacía en el suelo, en el lugar donde Nick lo había dejado cuando se lo quitó.

Habían regresado poco después del alba, algo exaltados por la mezcla del champán, el éxito y un sano deseo.

—Ha sido maravilloso — dijo ella.

— Gracias.

Fred rió, lo golpeó con el periódico y miró su anillo de boda, que brillaba bajo la luz del sol que entraba por la ventana. Aún sentía una intensa alegría cuando lo veía en su mano.

— No me refería a eso, aunque tampoco estuvo mal. Vaya noche — dijo, cerrando los ojos como para recordarlo —. La gente, las luces, la música, los aplausos... Me encantan los aplausos. ¿Recuerdas que la gente se levantó a aplaudir cuando terminaron de interpretar I'm Levaing You First?

Nick se cruzó de brazos y sonrió. Freddie estaba preciosa, vestida con una de sus camisetas, con el pelo revuelto y sus ojos brillando.

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

—Sí, claro. Por eso me rompiste todos los dedos de la mano mientras la apretabas.

— Sólo intentaba evitar que corrieras al escenario para saludar al público.

— Me apetecía hacerlo, la verdad —confesó—. Tenía ganas de saltar y bailar. Les gustó mucho, Nick. Les gustó lo que hicimos juntos.

—A mí también me gustó. Me encantó sentarme en la primera fila y escuchar lo que habíamos creado en mi viejo piano. Y me encantó recordar lo que nos sucedió mientras escribíamos las partituras.

—Fue la época más excitante de toda mi vida. Y anoche lo hizo aún más especial. Todo el mundo parecía maravilloso. Toda la familia. Casi fue como el día de nuestra boda, Y tú estabas casi tan nervioso como entonces.

—Y tú, igualmente bella.

Freddie se ruborizó. No estaba acostumbrada a que Nick dijera ciertas cosas con tanta facilidad.

— Fred, te amo.

Frederica apretó su mejilla contra la mejilla de Nick.

—Todo es tan maravilloso... sabía que lo sería si esperaba lo suficiente. Y de algún modo sé que las cosas mejorarán aún más. Formamos un equipo, Nick.

—Y con mucho éxito. Le Beck y Kimball. Las nuevas estrellas de Broadway.

Fredie rió y acarició su cuello.

— Esta vez te toca leerlo a ti.

Nick metió las manos bajo la camiseta de Freddy y preguntó:

— ¿Ahora?

— No, después — respondió, en un murmullo.

Frederica rió y rodó con él sobre las notas de prensa.

**FIN**